JÉSSICA MACEDO



Grupo Editorial Portal

El JUGUETE del Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO IX

JÉSSICA MACEDO

El JUGUETE del Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO IX

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Giovane Bellucci aprendió desde pequeño que podía tener lo que quisiera. Como un príncipe de la mafia, conoce las reglas del juego. Experto en tecnología, se ocupa de los negocios familiares y es el hacker de la mafia.

Gabriela da Silva es una extranjera en tierras italianas. Trabajaba para una gran empresa de tecnología después de haberse graduado en la universidad de Roma. Todo lo que más deseaba era construir una vida en el país que la apasionaba.

Ya había escuchado rumores sobre la familia Bellucci, pero no tenía idea de lo arriesgado que era estar cerca de ellos hasta que llamó la atención del jefe.

Convertirse en el juguete de un mafioso podría ser solo el comienzo de una vida muy peligrosa para la que no estaba preparada.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para mi querida lectora Gabriela ♡



Giovane

Capítulo uno

Desenfundé mi arma, mirando a un lado y a otro en busca de mi enemigo, había tres rehenes detrás de mí que debían ser llevados sanos y salvos al punto de encuentro donde me esperaba un grupo especial.

Estaba solo en un edificio abandonado, con las paredes grises pintadas de punta a punta. Había calculado que al menos diez soldados enemigos me matarían si cometía un solo error.

—Vengan conmigo. —Hice un gesto a los rehenes para que me siguieran por una empinada y estrecha escalera que conducía a la planta baja del edificio.

En cuanto llegamos a la planta baja, se abrió la puerta de incendios y apareció uno de los soldados. Estaba tan cerca de mí, pegado a mi brazo, que no tenía ángulo para disparar. Le di un

codazo, haciéndolo tambalear hacia atrás, pero trató de golpearme. Esquivé su puño y lo empujé por el pecho, haciendo que perdiera el equilibrio. Entonces apunté y le disparé entre los ojos, terminando con él al instante.

Sentí que uno de los rehenes me tiraba de la chaqueta y, en cuanto me di la vuelta, vi aparecer a un soldado en lo alto de la escalera. Apuntó con su arma en nuestra dirección, pero yo fui más rápido y le disparé antes de que pudiera alcanzarme.

—¡Vamos! —Animé a los rehenes a seguir bajando.

Quedaba un tramo más de escaleras antes de llegar por fin a la planta baja y poder sacarlos a salvo del edificio.

Estaba completamente concentrado, atento a cada sonido, a cada señal, para que nadie me agarrara desprevenido. De repente, sentí un tirón brusco en mi cabeza. Mis gafas de realidad virtual fueron arrancadas con violencia y cayeron al suelo.

—¡Dejá de jugar a esa mierda! —gruñó Thiago, que estaba a mi lado.

Gruñí, enseñándole los dientes como una bestia.

Ettore, mi hermano mayor, estaba justo detrás de mí y me miraba con una postura firme.

—Tenemos trabajo que hacer.

—Solo dime qué hay que hacer —respondí, encogiéndome de hombros mientras me quitaba el chaleco de realidad virtual y guardaba la pistola de juguete en un casillero.

—Estamos siguiendo a un remanente de la familia Nuvoletta y necesitamos saber si representan una amenaza o no. Si lo son, Thiago se encargará de ellos.

Mi primo esbozó una sonrisa malévola, como si lo estuviera deseando.

—¿Realmente necesitan borrar a toda la familia del mapa?

—Eso nos lo tienes que decir tú, hermanito. —Ettore me apretó el hombro.

—De acuerdo. Solo dame nombres o algunos datos de referencia que pueda usar.

—Toma —dijo Thiago, golpeando mi pecho con una hoja arrugada.

Lo tomé y me quedé mirándola unos instantes.

—Sabes que puedes enviarme un mensaje al móvil, ¿verdad? —Le miré con los ojos entrecerrados.

—Seguro que aún eres capaz de leer un trozo de papel con información escrita a bolígrafo.

—Sí, claro —contesté, torciendo los labios.

—¡Genial! Llámame cuando tengas algo.

—De acuerdo.

Acerqué mi sillón de cuero con tapicería personalizada y me acomodé frente al ordenador.

No es que no disfrutara de mi papel en la mafia, todos éramos engranajes para que la máquina funcionara bien, pero había veces que Thiago me ponía de los nervios. Como si ir por ahí quitándole la vida a la gente fuera mucho mejor que saberlo todo sobre informática.

Yo tenía entrenamiento, claro, era esencial para todos. Sin embargo, solo me involucraba directamente en las operaciones cuando toda la familia estaba en riesgo. En general, mi trabajo consistía en mantenernos un paso adelante, rastreando amenazas y vigilando.

Desde que los napolitanos atacaron a mi familia cuando Dante se hizo cargo, se convirtieron en nuestro principal objetivo. El Don quería que fueran castigados categóricamente para que sirvieran de ejemplo al resto de nosotros, nadie desafiaba a los

Bellucci y vivía para contarlo. Esta era una tarea que a Thiago le gustaba hacer bien.

Abrí la hoja arrugada y leí la letra tosca de Thiago. Habría sido mucho más fácil recibir un mensaje, pero él parecía disfrutar haciéndome la vida difícil. Ingresé los datos rápidamente en la computadora y arrugué el papel, lanzándolo hacia la papelera al otro lado de la sala.

Quizás, si no fuera tan bueno con las computadoras, habría probado suerte en el básquet. Me reí de mi propia ocurrencia mientras continuaba con la búsqueda. Esperaba encontrar algo relevante antes de que terminara el día.



Capítulo dos

Dejé de hacer lo que estaba haciendo y levanté la vista de la pantalla del ordenador cuando oí el ruido de las puertas del ascensor al abrirse.

Mi corazón se aceleró antes de verlo caminar por el pasillo. Giovane Bellucci, el rubio alto con músculos que asomaban a través de su ajustado polo, siempre estaba en mis sueños y también fuera de ellos. Mi enamoramiento por uno de los herederos y líderes de esa empresa había comenzado meses atrás, desde que fui seleccionada como trainee de ciencia de datos en esa compañía de tecnología.

Hacía dos años que me había mudado de Brasil cuando conseguí una plaza de posgrado en la Universidad de Roma. Estar en la capital italiana era la realización de un sueño y conseguir un trabajo que me mantuviera allí era lo más importante. Por mucho

que extrañara a mi familia y a mis amigos que había dejado atrás, no tenía ninguna intención de volver a vivir en Brasil.

—No lo mires tanto, o te va a descubrir—comentó Rosa, una compañera del programa de trainee que había entrado conmigo a la empresa.

—No lo estoy mirando. —Intenté disimular, girando la cara mientras él salía de mi campo de visión.

—¿Ah, no?

Negué con la cabeza.

—No engañas a nadie.

—Que yo sepa, no es delito mirarlo.

—Te recomiendo que solo lo mires. Lo mejor que puedes hacer es mantenerte lejos de él y de su familia.

—Como si él tuviera ojos para mí… —refunfuñé.

—Te hablo en serio, Gaby.

—¿Por qué?

—¿De verdad no sabes?

—¿Qué se supone que debería saber? —Me giré para mirarla con curiosidad.

—No puedo creer que no lo sepas.

Negué con la cabeza. Puede que lo supiera, pero seguía sin tener ni idea de a qué se refería en concreto.

—¿Tiene novia? No lleva alianza como los demás.

—Ojalá fuera eso.

—¿A qué te refieres?

—Ven aquí. —Se agarró al brazo de mi silla y la acercó, inclinándose hacia mí y bajando varios tonos la voz—. No eres

italiana, si lo fueras sabrías de la fama de la familia Bellucci. Son rumores, pero sabes que toda historia tiene algo de verdad.

—¿Qué historia? —Tenía curiosidad.

—Son el corazón de la mafia.

—¿Mafia? —Abrí los ojos con sorpresa—. ¿La mafia, como las películas?

—¡Sí! No puedo creer que nunca hayas oído hablar de él.

—Bueno, ya he visto El Padrino.

—Para que quede claro, son los jefes de Italia. Tienen todo el país en la palma de sus manos.

—Quieres decir que esta empresa... —No me dejó terminar la frase.

—Quiero decir que todo está relacionado con ellos y con actividades que no son tan correctas.

—¿La policía no hace nada?

—La policía también come de su mano, cariño. —Rosa se rió —. Por muy bueno y sexy que sea, no te metas con Giovane Bellucci si no quieres atraer problemas a tu vida.

—Lo recordaré.

—Es bueno que lo recuerdes.

La dejé y volví a mi ordenador, tenía trabajo que hacer y aún quería conservar mi empleo, incluso después de la revelación de mi colega.

La mafia italiana era una historia que daba la vuelta al mundo. Era evidente que yo había oído hablar de ellos, pero creía que no eran más que un cuento.

Hombres poderosos controlando el submundo de Italia sonaba más a leyenda que a realidad. Sin embargo, con mis

conocimientos en tecnología e información, sabía muy bien que lo que parece evidente muchas veces es solo la punta del iceberg.

Aquel chico de sonrisa encantadora, pelo rubio como rayos de sol y músculos ocultos bajo la ropa podía esconder mucho más. Tenía mariposas en el estómago y sería mucho más fácil si pudiera ahuyentarlas, pero no era tan sencillo.



Capítulo tres

Aceleré mi moto, colándome entre los veloces vehículos de la capital italiana. El edificio de la empresa era el más alejado de la parte histórica de la ciudad, siempre llena de turistas durante todo el año, sobre todo cuando el Vaticano organizaba actos. Estábamos en periodo de cuarentena, pero peregrinos de todo el mundo hacían sus peregrinaciones y se sentían atraídos por el centro del catolicismo, como si ir allí, arrodillarse y pagar unos diezmos bastara para limpiarse de todos los pecados acumulados durante todo el año.

Si le dijera eso a mi abuela, sin duda se pondría furiosa, discutiría conmigo y me aseguraría que Dios era una fuente inagotable de amor y perdón. Realmente tenía que serlo para hacer la vista gorda ante todo el comportamiento de mi familia.

No respeté el semáforo, acelerando cuando los demás vehículos se detuvieron y siguiendo por delante de los que venían de

lado. Uno de ellos tocó la bocina, temeroso de atropellarme, pero lo ignoré por completo y seguí mi camino.

Una de las ventajas de ser el último hijo era que la atención apenas se centraba en mí. Al ser el menor de la familia, enemigos y aliados no me consideraban tan importante como a mi primo Dante, por ejemplo. Aunque siempre recurrían a mí cuando me necesitaban, no tenía una posición destacada. Como resultado, los focos apenas se centraban en mí, lo que me permitía llevar una vida menos regimentada.

Sin enemigos pisándome los talones, disfrutaba de mayor libertad. Podía moverme solo y hacer cosas que mis primos no tenían permiso. Y, para ser sincero, eso me venía bastante bien.

Aceleré un poco más, alcanzando los 150 kilómetros por hora. La moto planeaba con una estabilidad impresionante, inclinándose suavemente de un lado a otro. Mi casco era completamente cerrado, y la ropa de cuero bloqueaba el viento, así que apenas lo sentía.

Mi madre se desesperaba cuando me veía en moto, intentaba convencerme de que no actuara de forma tan temeraria, pero yo estaba en la cima de mi vida, cuando la adrenalina me llamaba y la buscaba dentro y fuera de los ordenadores.

Al llegar al edificio donde vivía con mis padres, reduje la velocidad y entré a la cochera. Estacioné la moto, me bajé y apoyé el casco en el asiento antes de guardarlo en el compartimiento trasero. El equipo que usaba había sido diseñado por nosotros en la empresa; era blindado, aunque no resistiría balas perforantes. Usarlo siempre era mi excusa perfecta para convencer a mi madre de que no era tan irresponsable.

Sentí el celular vibrar en el bolsillo y respondí con un auricular pequeño e inalámbrico que llevaba en el oído.

—¿Aún no tienes nada, Giovane? —Thiago refunfuñaba al otro lado de la línea.

—Si prestaras más atención a tu móvil, verías que ya he enviado los mensajes a tu teléfono.

—¿Y no avisas?

—¿Es necesario?

Thiago bufó al otro lado y cortó la llamada.

—Idiota —murmuré mientras caminaba hacia el ascensor y presionaba el botón para subir al piso de mis padres.

Hacía un par de años que venía considerando comprar mi propio apartamento, como habían hecho mis hermanos. Tendría más libertad y podría llevar chicas sin preocuparme por las interrupciones de mi madre o el llanto de mis sobrinos. Sin embargo, cada vez que tocaba el tema, mi mamá se ponía dramática, como si fuera el fin del mundo que su único hijo soltero la dejara. Los italianos ya eran familiares intensos, pero una italiana con raíces gitanas era peor. Después de tantos años, ella aún soñaba con que viviéramos todos juntos en una casa enorme, como hacía su familia.

Para ser sincero, todavía no entiendo cómo no había convencido a mi papá de mudarse a la mansión Bellucci con mis tíos. Pero él disfrutaba de su propio espacio, al igual que nosotros.

En cuanto se abrieron las puertas, recorrí el largo pasillo moderno y sofisticado, muy diferente de las zonas más antiguas de la ciudad, y abrí la puerta con mi huella dactilar. El picaporte giró y entré sin dificultad.

—¡Tío Gio! —Valentina vino corriendo hacia mí y me rodeó las piernas con los brazos.

En cuanto vi a mi sobrina, supe con certeza que mi hermana estaba allí. Me incliné para tomar a la pequeña antes de ver a Nina sentada en el sofá junto a mi madre.

—Buenas noches —les dije con una sonrisa.

—Estaba hablando con tu hermana sobre ti.

—¿Ah, sí? —levanté una ceja mientras acomodaba a la niña en el regazo de su mamá—. ¿Y sobre qué?

—Sobre que eres el único de la familia que sigue soltero —dijo Nina entre risitas.

—No es algo que quiera cambiar por el momento. —Me encogí de hombros.

Conocía bien las reglas: o esposa o amante. El matrimonio era para siempre, y las infidelidades, imperdonables. ¿Para qué atarme a alguien si podía tener a quien quisiera, cuando quisiera, sin compromisos ni dramas?

—Me encantaría tener niños correteando por esta casa —suspiró mi madre.

—Ya tienes —le recordé—. Excepto yo, los otros tres hijos ya te dieron nietos.

—Pero no los veo todos los días.

—También me mudaré si algún día me caso.

—Tú no harías eso... —dijo ella, haciendo un puchero enorme.

—También necesitaremos nuestro propio espacio.

—Pero este apartamento es demasiado grande solo para tu padre y para mí —protestó, con tono lastimero.

—También podrían mudarse a un lugar más pequeño.

—Giovane...

—Voy a darme una ducha. —Pasé junto a ellos y me fui a mi habitación, dejando a mi madre compartiendo su drama con Nina.

Por mucho que fuera el más joven, era un hombre y, a los veintitrés años, necesitaba estar en mi propio espacio. Ya no era el bebé que mi madre había imaginado.

Me quité la camiseta, la tiré al cesto de la ropa sucia e hice lo mismo con el resto de la ropa. Me di una ducha rápida y me puse solo unos pantalones cortos antes de volver a sentarme frente al ordenador.



Capítulo cuatro

—¡Eh, espera! —Entré a mi pequeño departamento, ese que había alquilado desde que llegué a Roma, y mi gata ya estaba enredándose entre mis piernas, frotándose contra mi pantorrilla casi al punto de tirarme al suelo.

—*¡Miau!*

—Espera, Mila. —Me mantuve en equilibrio hasta que dejé mi bolso en el sofá y cerré la puerta.

La gata tricolor se cruzó en mi camino cuando iba rumbo a la universidad durante mis primeras semanas en Roma. Desde entonces, empezó a seguirme y nos volvimos inseparables. Gané una compañera de cuarto... y una nueva responsabilidad, pero no la cambiaría por nada del mundo.

En los días más solitarios, la tomaba en mi regazo y la abrazaba fuerte, sintiéndome la persona más feliz del mundo por tener su compañía.

Cambiarme de país tenía sus consecuencias. Llevaba tres años sin pasar Navidad con mis padres y dudaba mucho que pudiera viajar este año. Aunque ganaba en euros, mi sueldo apenas alcanzaba para sobrevivir: pagar el alquiler, las cuentas, la comida... y guardar algo para emergencias.

—*¡Miau!*

—¡Ya entendí, Mila!

Corrió delante de mí y me enseñó el comedero, que estaba vacío. Fui al armario y tomé un poco de comida para gatos para rellenarlo.

A veces pensaba que esa gata era más lista que yo.

Mientras ella comía, volví a la sala y me dejé caer en el sofá, fijando la vista en el techo blanco. Ese día había llegado más tarde de lo normal, distraída por la conversación que tuve con Rosa.

La Bellucci... La mafia... Y mi peligrosa atracción por el más joven de la familia.

Para mí no era más que un playboy millonario que disfrutaba de la vida como lo harían otros en circunstancias similares, pero parecía que me equivocaba al respecto*. ¿Qué más podía haber detrás de esa vida de soltero?*

Debería haberme duchado, pensado qué pediría para comer o haber ido a la cantina de la esquina por un buen plato de pasta, pero en lugar de eso me senté en la mesita y abrí el portátil.

Escribí su nombre en un buscador, pero había muy poca información. Algunas cosas sobre la familia, varias etiquetas que apuntaban a la familia Bellucci, pero ninguna de ellas hablaba mucho de la vida del menor. Algunas fotos de actos benéficos e incluso una de su bautismo, cuando era muy pequeño.

Para ser un hombre tan experto en tecnología, no se exponía mucho en Internet; quizás ése fuera su secreto. Aquellos con habilidades podían esconderse muy bien. Pero eso no fue suficiente para detener mi búsqueda, intenté acceder a una zona más oscura de internet, bajando por el iceberg, aunque sabía que podía ser cada vez más peligroso.

—¡Maldita sea! —refunfuñé con rabia al darme cuenta de que había buscado tan a ciegas que ni siquiera me había molestado en ocultar mi dirección IP. Era tan peligroso como pasearse por un barrio peligroso con un collar de oro al cuello.

Intenté salir rápido y reforzar el firewall, pero ya era tarde. Alguien había detectado mi rastro. Un bloc de notas se abrió de golpe en mi pantalla, sin que yo lo hiciera.

Jugar con fuego es peligroso.

Me empezaron a temblar las manos, no podía escribir que había sido un error mío. Nadie entró accidentalmente en la *Deep Web* .

Apuesto a que no conoces las reglas de este juego, Gabriela.

Fuera quien fuese, sabía mi nombre y probablemente ya tenía acceso a toda la información de mi ordenador. Intenté actuar lo más rápido que pude procesar, tecleando líneas de código para expulsar al intruso que había pirateado mi ordenador. No tenía ni idea de quién podía ser, pero probablemente no quería que obtuviera información sobre la familia Bellucci.

Eres buena, pero no tanto...

Hiciera lo que hiciera, el hacker del otro lado era mucho más hábil que yo. Durante unos minutos, nos enredábamos en una batalla frenética, con mis dedos chocando locamente contra el teclado del ordenador. Él actuaba y yo contraatacaba, pero me di cuenta de que era una batalla perdida; conseguía esquivar todos los obstáculos que le ponía en el camino. Finalmente, cerré la tapa del portátil y lo giré sobre la mesa, sacando la batería, con la esperanza de que fuera suficiente para mantenerlo alejado.

El corazón me latía aceleradamente en el pecho y me pasé la mano por la frente, dándome cuenta de que un sudor frío me recorría las sienes.

Quería fingir que no, pero podía meterme en un buen lío solo por seguir un estúpido impulso. Rosa me había advertido que me alejara de ese hombre, pero me involucré de todos modos.

Me sobresalté cuando empezó a sonar mi móvil, podría haber sido cualquiera, incluso mis padres diciendo que me extrañaban, pero me asusté de todos modos. Me levanté de la silla y, tambaleándome, abrí el bolso que había tirado en el sofá. No reconocí el número en el identificador de llamadas, pero me arriesgué a contestar de todos modos.

Otro error...

—Gabriela Ferreira da Silva. Nombre interesante.

Tragué saliva al escuchar la voz masculina al otro lado de la línea. Sonaba extrañamente familiar, pero no me atreví a decir quién era.

—Veintitrés años, brasileña, trabajas para mí. Interesante...

—Gio... Giovane... —tartamudeé su nombre, completamente perpleja.

—Me pregunto qué esperabas encontrar buscándome en la *Deep Web*.

—No sé...

—Sí lo sabes. —Su tono era firme, indiscutible—. Estoy seguro de que una científica de datos con tus habilidades sabía perfectamente lo que hacía. Solo que fuiste un poco amateur al no ocultar tu información. ¿Pensaste que nadie te estaba vigilando?

—Yo... yo... —balbuceé, incapaz de hacer algo. De todas las posibilidades que se me pasaron por la cabeza, desde luego ninguna incluía que Giovane me llamara.

—¿Alguien te ha dormido la lengua?

—No... no.

—Eso es lo que parece.

—Lo siento. —Tragué saliva.

—Solo me disculparé si abres la puerta.

—¿La puerta? —No entendí exactamente de qué hablaba hasta que me acerqué y miré el pasillo a través de la mirilla.

Casi me caigo de espaldas cuando vi su mechón rubio y sus ojos azules.

¿Qué demonios estaba haciendo ese hombre aquí?

—¿Me vas a dejar esperando aquí afuera toda la noche? —Su voz llegó de nuevo por el teléfono, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

No abras la puerta, Gabriela, me advertí. Pero ya era demasiado tarde. Mis dedos giraron la llave, y la perilla se movió casi sin que pudiera evitarlo.

Empujó la puerta y entró sin esperar a que le invitara a pasar. Sus ojos recorrieron rápidamente mi departamento y luego se giraron hacia mí.

—Es un lugar... agradable —dijo con cierto esfuerzo, como si no fuera lo que esperaba. Conociendo el lujo al que seguramente estaba acostumbrado, este diminuto departamento debía parecerle una broma.

—Gracias —dije torpemente, aún incapaz de encontrar las palabras adecuadas, en una mezcla de miedo, tensión y adrenalina.

Todo por espiar a este tipo durante unos minutos y no sacar nada útil… y ahora lo tenía en mi casa.

Giovane seguía mirándome, con aire de curiosidad. Llevaba el pelo un poco revuelto y vestía un traje de cuero negro, como si acabara de bajarse de una moto.

—Nunca me había fijado en ti. —Se acercó más y tocó mi mentón, obligándome a levantar la mirada para encontrarlo—. Eres bastante bonita.

—Gracias. —Mis mejillas se sonrojaron ante su cumplido. No esperaba que actuara así, por muy disparatada que fuera la situación.

Giovane quizás no se había fijado en mí antes, pero yo sí lo había notado cada vez que cruzaba los pasillos antes de desaparecer en algún rincón de ese enorme edificio.

—No has respondido a mi pregunta, Gaby. ¿Puedo llamarte así?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Entonces dime, ¿por qué estabas husmeando sobre mí?

—Curiosidad.

—¿Curiosidad por qué?

—Por ti.

—¿No habría sido más fácil preguntarme directamente? —Se acercó aún más, y mi corazón se disparó.

—Nunca habíamos intercambiado una sola palabra.

—Tienes razón, pero estoy aquí ahora. Y debo admitir que despertaste mucho mi interés al meterte donde no debías.

—No era mi intención molestarte.

—En absoluto. —Soltó una pequeña carcajada que me produjo escalofríos—. Me hizo la noche mucho más divertida.

Me quedé paralizada y volví a tragar saliva.

—Vives aquí sola, ¿verdad? —Me pasó los dedos por la línea del cuello hasta el primer botón de la camisa.

—Con mi gata.

¡Mala respuesta!

El malicioso brillo en su sonrisa se hizo aún más evidente.

—No creo que le importe mi presencia.

—¿Por qué?

—Bueno, has captado mi atención, Gabriela. Ahora quiero asegurarme de que estás preparada para las consecuencias.

—¿Consecuencias?

¿Qué habrá querido decir con esa palabra?

—Sí, ser mi juguete por el resto de la noche.

—¿Cómo?

Rosa me había advertido que no debía meterme con ese hombre, pero ya estaba metida en un lío monumental.

Giovane me agarró la cara y acercó mi boca a la suya.

—¡Mierda, espera...! —No logré decir nada antes de que su lengua invadiera la mía. Esto era una completa locura. Debía estar soñando, y no precisamente un sueño normal.

Me agarró de la cintura con una mano y me hizo dar pasos hacia atrás hasta que mi columna chocó contra el lateral de la mesita de mi diminuta habitación.

Debería despertarme, ¿no?

Me estremecí cuando me mordió el labio inferior y sus manos bajaron hasta mi culo, apretándolo por encima del pantalón de vestir.

Subí las manos a sus hombros e intenté apartarlo, pero me dio una palmada en el culo y mis ojos se abrieron de par en par.

—Silencio...

Debería haber gritado, salido corriendo y suplicado ayuda, pero hice exactamente lo que él quería que hiciera: me quedé callada.

Cuántas veces había pensado, soñado e imaginado cómo sería saborear la boca de aquel hombre, experimentar sus manos recorriendo mi cuerpo, pero ni una sola vez me lo imaginé entrando en mi casa y diciéndome que yo era su juguete.

Eso era demasiado loco incluso para un sueño.

Mientras su lengua devoraba la mía y sus dientes marcaban mis labios, sus manos recorrieron mi cuerpo hasta encontrar mis tetas, apretándolas. Yo seguía completamente vestida, pero sentía como si Giovane hubiera tocado directamente mi piel.

—Eres deliciosa —dijo contra mi boca, mientras empezaba a desabotonar mi camisa.

¿De verdad iba a dejarme desnuda?

Escuché a Mila, mi gata, maullar desde algún rincón, pero no podía concentrarme en nada más que en lo que estaba ocurriendo.

"Serás mi juguete..."

¡Dios mío! No tenía ni idea del lío en el que me había metido.

Giovane tiró mi camisa al suelo y deslizó los tirantes de mi sostén, bajándolos hasta que mis pechos quedaron expuestos. Sin perder tiempo, envolvió uno de mis pezones con su boca, chupándolo y mordiéndolo suavemente. El placer mezclado con un toque de dolor hizo que mis piernas flaquearan.

Había tenido un novio antes, además de una experiencia sexual desastrosa, pero nunca un hombre había irrumpido en mi casa y me había tomado de esta manera. Lo peor era que yo había fantaseado tanto con él que, en este momento, parecía que esto era exactamente lo que quería.

Estaba metida hasta el cuello en este lío, y ahora él iba a echarme un polvo...

—¡Ahhh! —Un grito escapó de mis labios cuando mordió mi pezón con más fuerza, aprovechando mi distracción para bajar mis pantalones.

Giovane me desnudó tan rápidamente que ni siquiera me di cuenta de que mi tanga había acabado en la alfombra.

Yo era una nerd de manual: tímida, reservada y con habilidades sociales limitadas. Tener sexo con alguien con quien apenas había cruzado un par de palabras no estaba, ni de lejos, en mi lista de cosas por hacer.

Apartó la boca de mis tetas y levantó la cabeza, mirándome a los ojos. Pensé que en aquel momento se mostraría un poco más cariñoso, pero estaba muy equivocada.

—Ponte de rodillas —ordenó, su tono era firme e inapelable—. Quiero ver si esa boquita sabe cómo chupar una verga.

Abrí aún más los ojos, completamente sorprendida. ¿De verdad estaba usando esas palabras?

—Vamos, Gaby... —Él tomó mi mano y la colocó sobre el bulto que sobresalía en sus pantalones.

Por un instante, consideré gritar, pero para cuando me di cuenta, ya estaba salivando y mis rodillas cedían, obedeciendo su orden.

Giovane no era solo mi jefe; era el jefe de mi jefe, la figura más poderosa de la empresa donde trabajaba, aunque apenas tenía

mi edad. Sin embargo, dudaba que toda esa autoridad se limitara a lo profesional.

Rosa tenía razón: me había metido con el tipo equivocado. Había provocado a un león, y ahora ese león estaba con su verga en mi cara. No había escapatoria.

—Abre la boca. —Me agarró del pelo y obedecí.

Su miembro se deslizó sobre mi lengua hasta tocar mi garganta y pude sentir sus venas. Era más grande y grueso de lo que habría imaginado antes de verlo abrir sus pantalones.

Cerré los labios alrededor de él, y por un momento, fue como si me viera desde fuera de mi cuerpo, arrodillada ante Giovane Bellucci, con mis manos en su cintura, mientras él entraba y salía de mi boca. La sensación ardía entre mis muslos, y cuanto más lo hacía, más saliva producía.

Mis gemidos eran inaudibles porque la verga que entraba y salía de mi boca me silenciaba.

Giovane dejó escapar unos sonidos bajos que indicaban que también estaba disfrutando de lo que estaba ocurriendo entre los dos.

Seguía sin reaccionar, no era algo que me esperara, pero al mismo tiempo me dejé llevar.

—Buena chica. —Me tiró del pelo hacia atrás y me hizo parar —. ¿Dónde está tu habitación?

Hice una señal con el dedo, aún recuperándome de lo que acababa de ocurrir.

—Vamos. —Giovane me ofreció su mano para ayudarme a ponerme de pie.

Ya había dejado atrás cualquier consecuencia y simplemente me dejé llevar por él, permitiendo que me guiara hasta mi propia

habitación y me dejara caer sobre mi cama. Caí boca abajo y sentí el peso de sus manos sobre mis nalgas.

¡Ah, era fuerte!

Giovane me agarró por la cintura y me hizo levantar las caderas para que me pusiera de rodillas. Sus dedos se hundieron en mi culo y yo puse los ojos en blanco, agarrando la colcha que había dejado fuera por la mañana.

Sentí la rodilla de Giovane hundirse en el borde de mi colchón justo antes de que su verga entrara en mí. No estaba preparada, y él no se tomó la molestia de advertir nada. Entró en mí como si lleváramos años siendo amantes.

Por supuesto que había imaginado involucrarme con ese tipo, solo que no pensé que sería así.

Solté otro gemido cuando Giovane me agarró del cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás. Con la otra mano en mi cintura, me mantenía completamente bajo su control, a merced de sus movimientos.

¡Increíble!

—¡Ay! —exclamé.

Sentí que algo crecía tan intensamente en mi interior que perdí la cordura, si es que no la había abandonado ya hacía mucho tiempo.

Su cuerpo chocó con el mío mientras me cabalgaba y sentí cómo cada parte de mí se arremolinaba en un éxtasis cada vez más intenso.

Mi piel sudaba en contacto con la suya y mis manos temblaban mientras luchaba por soportar el peso de mi cuerpo, hasta que me incliné completamente hacia delante y Giovane me soltó el pelo, agarrándome de nuevo la cintura con ambas manos.

La forma en que tiraba de mí hacia su cintura era demencial y nada suave. Me hizo experimentar velocidad y fuerza. Por más que yo no fuera virgen, estaba segura de que al día siguiente estaría completamente dolorida.

Giovane no se detuvo, ni siquiera para cambiar de posición o darme un respiro, hasta que su líquido caliente se derramó en mi interior. Tras unas cuantas embestidas, bajó la mano y tocó mi clítoris, haciéndome llegar al orgasmo casi de inmediato.

Me desplomé sobre la cama, jadeando, con el pecho agitado por la sensación de que me había atropellado un camión. Solo que era rubio, alto, fuerte y muy imponente.

—Ha sido un placer conocerte, Gaby —dijo su voz, mientras yo seguía inmóvil, demasiado débil para moverme. Luego añadió con frialdad—. Pero te daré un consejo... No te metas en asuntos que no son de tu incumbencia.

En ese momento supe, con total claridad, que había cruzado la línea al atraer la atención de un hombre muy peligroso. Y las consecuencias podrían ser mucho peores que convertirme en su juguete por una sola noche.



Capítulo cinco

Después de dejar el departamento de Gabriela, volví a mi moto, que estaba aparcada delante del edificio donde vivía.

Era impresionante que ella llevara meses trabajando en la empresa y yo no recordara haber visto su cara ni una vez. Claro, con tantos empleados era normal que la mayoría me resultara irrelevante. Gabriela apenas estaba aprendiendo y estaba lejos de ocupar un puesto lo suficientemente importante como para tratar directamente conmigo.

Pero, al parecer, fue lo bastante ingenua como para husmear información sobre mí y mi familia. Una de mis responsabilidades era protegernos en internet: limpiar nuestros rastros y evitar que algo pudiera usarse en nuestra contra. Para eso, tenía un sistema de alarmas y bots que vigilaban la red, listos para detectar a cualquier curioso.

Por eso fue una sorpresa encontrar a una empleada intentando obtener información sobre mí. No era como si el "Bellucci al que nadie le presta atención" despertara interés por sí solo, así que estaba claro que sus intenciones iban más allá de una simple curiosidad. Me imaginé que, después de un buen polvo, esa intriga se le habría pasado.

Tengo que admitir que esa noche no estaba buscando sexo, pero fue una excelente excusa para escapar de mi madre y mi hermana, y dormir más a gusto.

La principal ventaja de ser soltero era que podía tener a quien quisiera, cuando quisiera. En un momento en que mis hormonas estaban completamente desquiciadas, vibrando por una vagina caliente y apretada como aquella.

Tuve mucho sexo con prostitutas, era más fácil, llamaba menos la atención y los límites estaban claros, pero tener sangre fresca siempre era genial.

Era obvio que no tenía ninguna intención de relacionarme con Gabriela, ni le había dado esperanzas de hacerlo. Solo fue sexo, nada más. Y, según los rumores que quizás hubiera oído sobre mi familia, sabría que un Bellucci siempre consigue lo que quiere.

Encendí la moto y conduje de vuelta al apartamento de mis padres. Cuando llegué, Nina ya se había ido y mi madre estaba en su cuarto, durmiendo. Mi padre, en cambio, seguía despierto, sentado en la sala viendo la repetición de un partido de fútbol.

—¿Dónde estabas? —me preguntó, con expresión tensa y mirada seria.

—Ocupándome de algunos asuntos.

—Espero que no te hayas metido en problemas.

—Claro que no.

—Ya hemos tenido suficiente con lo que pasó con tus hermanos en los últimos años.

—Deberías preocuparte por ellos y no por mí, papá.

—¿Ah, sí? —Enarcó una ceja, reforzando su mirada suspicaz.

—Buenas noches, papá. —Lo saludé con la mano y entré en mi habitación.

El hecho de que todos los demás hubieran metido la pata no significaba que yo fuera a repetir la historia.



Capítulo seis

Mi vagina palpitaba por la mañana con una ligera sensación de ardor que me recordaba que Giovane Bellucci había estado en ella, y no de la forma más cariñosa. Si no fuera por esa sensación, habría creído que la noche anterior fue solo un sueño alocado. Cuando me levanté, lo único que vi en la sala fue a mi gata, y él se había esfumado como un fantasma.

Me sentí como un juguete que él había usado y tirado.

¿Pero qué esperaba, después de que Giovane me dijera que sería su juguete? ¿Promesas de amor eterno y sentirme la mujer más especial del mundo?

¡Qué ilusa!

Sacudí la cabeza, dándome cuenta de lo estúpida que había sido. No por nada dicen que hay que tener cuidado con lo que se

desea. Tuve unos minutos de atención del hombre que llevaba meses deseando, y él me usó como si fuera una muñeca inflable.

Quizás estaba siendo un poco exagerada, porque en el fondo había disfrutado del sexo, por poco cariñoso que hubiera sido. Nunca nadie me había tocado de esa manera, y la excitación que me provocó fue increíble. Aun así, me sentía culpable, como si tuviera una resaca moral.

Giovane Bellucci no era el hombre con el que debía meterme.

Lo mejor que podía hacer era seguir su consejo: mantenerme alejada de asuntos que no me incumbían, ir al trabajo, cumplir con mis responsabilidades y fingir que aquella noche nunca ocurrió.

Me cambié de ropa, limpié la bandeja sanitaria de mi gata y puse más agua en su fuente antes de salir de casa. Había olvidado hacer las compras y no tenía nada para desayunar, así que paré en una panadería camino al metro y compré un croissant. Me quedé mirando la vitrina de helados, pero era demasiado temprano para algo fresco, además de que hacía frío y no quería enfermarme.

El metro estaba lleno esa mañana y no encontraba sitio para sentarme, así que me apoyé en uno de los postes y lo siguiente que supe fue que mi mente divagaba, llevándome de vuelta a la noche anterior, cuando Giovane me puso de rodillas y me la metió en la boca.

Me humedecí los labios, intentando recordar su sabor, pero todo lo que pude saborear fue pasta de dientes y el resto del croissant.

—Basta, Gaby —murmuré para mis adentros, y un tipo que estaba cerca de mí se dio la vuelta para mirarme como si estuviera loca.

Por suerte, llegué a mi estación y bajé.

Olvidar aquella historia sería mucho más difícil de lo que hubiera imaginado. Abracé mi bolso y caminé hacia la entrada de la

empresa.

Atravesé los molinetes electrónicos y me dirigí directamente a mi escritorio. Ni siquiera me detuve en la despensa para comprar un bocadillo o un café recién hecho, como era mi costumbre todos los días.

Encendí la computadora, decidida a concentrarme en el trabajo, pero me era imposible mantener la mente en su lugar. Había conseguido algunas horas de la atención de Giovane Bellucci, y ahora estaba lidiando con las consecuencias.

¡Me acosté con él!

Bueno... En realidad, fui su juguete...

—¡Buenos días!

Me sobresalté cuando Rosa se sentó en su silla junto a mí y colocó una taza de café en el posavasos con un personaje de dibujos animados de los años ochenta que le encantaba.

—Buenos días...

—¿Te encuentras bien? —Se giró hacia mí, fijándose en mis facciones.

—Sí. —Sacudí la cabeza demasiadas veces, lo que podría haber delatado que me pasaba algo muy malo.

—¿Estás segura? —Se mordió el labio inferior.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Bien... —Encendió su computadora—. ¿Pudiste resolverlo?

—¿Resolver qué?

—El problema de ayer, ese que te estaba complicando. Puedo ayudarte si me pasas los detalles.

—Probaré algunas cosas más que se me han ocurrido.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros y se inclinó para mirar la pantalla.

Mis modales eran tan extraños que cualquiera podría sospechar que algo iba mal. Tenía que solucionarlo pronto.

Respiré hondo varias veces y me levanté para ir a la cafetería a buscar un café. Tal vez un café fuerte y sin mucho azúcar podría ayudarme a concentrarme.

Una parte de mí se preguntaba si Giovane ya habría llegado, si nos cruzaríamos de nuevo o si actuaría como si nada hubiera pasado. Era lo más probable, en realidad.

—¡Gaby! —gritó Rosa, y me di cuenta de que casi había derramado el café sobre el teclado del ordenador.

—¡Ay, lo siento!

—¿Dormiste bien anoche?

—No lo creo.

De hecho, no dormí nada. Ni siquiera pude cerrar los ojos un solo momento en toda la noche.

¿Quién dormiría?

—¿Pasa algo con tus padres?

—No. Están bien.

—Entonces, ¿qué es?

—Solo una mala noche.

O no tanto...

—Tienes que concentrarte un poco o mejor avisa al jefe y vete a casa.

—Estaré bien.

—¿Segura?

Asentí otra vez, esperando convencerla... y convencerme a mí misma.

Entrecerró los ojos y acabó concentrándose en su trabajo. Tal vez debería contarle lo que había pasado la noche anterior, pero no sabía ni por dónde empezar y Rosa había sido muy clara al advertirme que me mantuviera alejada de Giovane.

Vamos a trabajar, Gaby...

Abrí la documentación del caso en el que estaba trabajando. Independientemente de lo que había pasado, necesitaba concentrarme en mi trabajo.

Tomé unos sorbos de mi café.

Yo era buena en mi trabajo y tenía que seguir así, porque necesitaba ese empleo para mantenerme en Roma.

Un mensaje empezó a vibrar en mi pantalla en el chat de los empleados, y supuse que podría ser de mi jefe o incluso del empleado que había hecho la solicitud. Sin embargo, me llevé un gran susto cuando vi el nombre…

Giovane:

Ven a mi oficina.

Gabriela:

¿Por qué?

Giovane:

Solo ven.

Gabriela:

¿Y mi trabajo?

Giovane:

Puedes esperar.

Ven...

Me quedé mirando aquel mensaje durante unos instantes que me parecieron horas.

¿Debería ir?

¿Qué pasaría si lo hacía? ...¿Y si no iba?

—¿Gaby? —me llamó Rosa y estaba segura de que yo volvía a parecer extraña.

—Enseguida vuelvo.

Frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de hacer ninguna pregunta, porque me escabullí entre las mesas del equipo y fui hacia el ascensor. Pisé dentro y miré los botones. Ni siquiera sabía cuál era el piso de su oficina; teníamos acceso restringido a las áreas del departamento donde trabajábamos.

Seguí mirando el panel del ascensor, hasta que comenzó a moverse solo. Retrocedí y me apoyé en la fría y metálica pared.

¿Qué estaba haciendo?

Las puertas se abrieron en otro piso. Era un pasillo largo, con varias puertas cerradas, pero al fondo, una de ellas estaba abierta. Supuse que era la oficina de Giovane, pero me dio miedo acercarme y encontrarme con una persona equivocada. Como si encontrarme con el menor de los Bellucci fuera una buena opción, después de lo que había pasado la noche anterior.

Caminé hacia la puerta con las piernas temblando y me apoyé en la manija, mirando hacia adentro.

—Señor... —la palabra salió completamente temblorosa de mis labios. Miré la enorme oficina, llena de equipos electrónicos, pantallas y lo que me pareció una interfaz de realidad virtual.

—Gaby... —Giovane movió su silla a un lado y salió de detrás de un escritorio con tres monitores, mirándome directamente—.

Cierra la puerta.

Tragué saliva y me estremecí aún más.

Tiré de la manija lentamente, y cuando cerré la puerta detrás de mí, fui consciente de que me estaba encerrando en una celda con un depredador.

—Ven aquí. —El tono era autoritario y firme de un modo que haría estremecerse a cualquiera.

¿En qué me había metido?

Ten cuidado cuando juegues con fuego, podrías quemarte. Recordé una de las cosas que solía decirme mi abuela. Nunca pensé que pudiera ser tan literal.

—Gaby —dijo con más énfasis, esperando a que respondiera a su orden.

Debería salir corriendo, regresar a mi mesa y hacer como si no estuviera pasando nada. Sin embargo, fui yo quien había buscado a Giovane, y ahora tenía que lidiar con las consecuencias, ¿no?

Me acerqué lentamente a él y apoyé la mano en la mesa de cristal oscuro.

—¿Necesita ayuda, señor?

—Quizás con mi cremallera... —Me dedicó una sonrisa pícara que me hizo sonrojar de pies a cabeza.

Abrí la boca y solo se me escaparon unos sonidos inaudibles en medio de mi asombro total.

Me quedé mirándolo unos instantes hasta que Giovane continuó.

—¿Y bien?

—Estamos en la empresa...

¿Qué podría pasarme si supieran que me estaba involucrando con él de una manera tan pecaminosa?

—En mi empresa.

Eso era cierto, pero no me hizo sentir mejor al respecto.

Ya no tenía paciencia para esperarme, así que se levantó y caminó hacia mí, poniendo fin a la distancia que nos separaba.

Sería una mentira decir que no lo deseaba, sin embargo, era lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que estaba en un camino muy peligroso.

Giovane tomó mi mentón y me obligó a levantar el rostro, encontrando mis ojos. Apenas tuve tiempo de razonar antes de sentir su mano libre agarrar mi cintura. La presión de sus dedos me hizo escapar un gemido.

Pensé que Giovane iba a besarme en ese momento, pero en lugar de eso me hizo darme la vuelta y poner las manos en el lateral de su escritorio. La mano que había estado en mi cara acabó en mi nuca y me apartó el pelo. Se me pusieron los pelos de punta cuando su aliento tocó mi piel.

Miré la puerta cerrada de su despacho, estábamos en plena jornada laboral, debería haber corrido, pero tenía las piernas completamente congeladas.

Solo pude emitir un gemido cuando me agarró los pechos, aún protegidos por la ropa, y me mordisqueó el cuello.

—Me gusta tu olor... —Giovane frotó su nariz contra mi piel y apretó aún más mis tetas de tal forma que me hizo frotar el culo contra el bulto de sus pantalones.

Me gustaba su tacto...

Era completamente rehén de sus manos tocándome y ya no podía pensar en huir, y mucho menos en las consecuencias de quedarme en aquella habitación con él. Giovane me mordió un lado del cuello y yo me retorcí, dejando escapar un gemido bajo.

Sus dedos desabrocharon mi camisa y la abrió, quitándomela y colocándola sobre uno de los monitores. Luego me subió la mano por la espalda y me abrió el sujetador, dejando libres mis pechos.

—Que buenas tetas... —Volvió a morderme el cuello y sus manos apretaron mis pezones erectos.

—Si alguien entra... —Tuve un pequeño atisbo de cordura mientras me tomaba cada vez más como rehén.

—No va a entrar nadie. —Me pasó la lengua por la oreja y me estremecí aún más, retorciéndome—. Y voy a penetrarte, en mi escritorio, en mi silla y donde yo quiera.

—Tengo trabajo que hacer.

—Te liberaré en unos minutos u horas... —Me apretó aún más fuerte los pezones de una forma que me hizo alucinar.

—¿Qué digo si me preguntan qué ha pasado?

—Que estábamos en una reunión. —Me pasó los dedos por el abdomen hasta los pantalones y me los bajó.

Sin ningún pudor, Giovane deslizó su mano dentro de mi tanga y manoseó mi vulva. Me revolví aún más mientras mi clítoris era estimulado con su dedo descarado.

Intentaba controlarme para no gemir, pero era muy difícil. Giovane era mandón, imponente, pero sabía exactamente lo que hacía.

El placer empezó a serpentear por mi vientre y no pude hacer otra cosa que rendirme. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro mientras me retorcía. Giovane siguió jugando conmigo, incendiando mi intimidad hasta que me acabé...

Me incliné hacia delante, apoyándome en la mesa, completamente temblorosa y extasiada. Volví la cabeza y vi a Giovane sonreír mientras se llevaba los dedos a la boca y lamía el líquido agrio que había quedado en ellos.

—Quítate el pantalón. —Me dio una palmada en la cola—. Quiero ver si sabes mover el culo.

Tuve poco tiempo para asimilar lo que quería mientras lo veía acomodarse en la silla y sacarse su dura verga de los pantalones y recorrerla con los dedos.

—Ven, Gaby.

Me quité los pantalones y cumplí su orden, sentándome de nuevo en su regazo. Sentí el roce de su miembro en el exterior de mi entrada. Había tenido la intención de revolcarme un poco primero, pero Giovane no tuvo mucha paciencia, simplemente me levantó y me metió la verga bien adentro, tirando de mí hacia atrás para encajarme todo lo que podía.

—Ahora puedes moverte. —Me dio una palmada en la parte expuesta de la cola.

¡Esto era una locura!

Estaba sentada desnuda en el regazo de Giovane en plena jornada laboral. Ni siquiera era la hora del almuerzo y él me estaba haciendo su comida.

—Más rápido, chica. —Me metió los dedos en el culo y me hizo rebotar.

Estaba sudando, perdiendo toda racionalidad mientras aquella verga me penetraba más y más profundamente.

La forma salvaje en que Giovane me la daba era completamente diferente a lo que yo estaba acostumbrada.

Él parecía un poco impaciente, me hizo levantar y me empujó contra la pared, donde apoyé las manos mientras lo sentía entrar con cada vez más fuerza. Había una línea muy delgada entre el placer y los azotes que hacían vibrar todo mi cuerpo.

No tenía ni idea de lo gruesas que eran aquellas paredes, pero mis gemidos probablemente la estaban poniendo a prueba.

Debería haber estado más callada, pero era imposible con él sometiéndome de aquella manera.

Su cuerpo sobre el mío, su boca en mi cuello, las sacudidas, las penetraciones y las bofetadas me estaban volviendo loca, y lo siguiente que supe fue que yo me estaba acabando de nuevo, y sentí el semen de Giovane casi en el mismo momento.

Su respiración se hizo urgente en mi nuca y tardó un rato en recuperarse antes de separarse de mí y alejarse.

—Hay un baño. —Indicó una puerta—. Puedes asearte antes de irte.

Me limité a sacudir la cabeza mientras intentaba recuperarme de lo ocurrido.

Recogí mi ropa esparcida por su oficina y fui al baño. Cerré la puerta detrás de mí, enfrentándome a mi imagen desordenada y al sudor que corría por mi rostro.

Tomé el papel y me limpié el semen que corría por mis muslos. Me lavé la cara con el agua del lavabo e hice lo posible por peinarme con las yemas de los dedos y recomponerme. No quería que nadie más que nosotros dos supiera lo que acababa de ocurrir.

En cuanto salí del cuarto de baño, Giovane ya había vuelto a su puesto y no me dijo nada.

Me retiré de su oficina ajustándome el cuello de la camisa, como si hubiera alguna pista de lo que habíamos hecho en el momento en que se abrieron las puertas del ascensor y vi a Nicolae Bellucci.

Él se fijó en mí, dejándome aún más nerviosa y siguió hacia la oficina de su hermano.

Me apresuré a salir de allí lo antes posible.



Capítulo siete

Estaba ajustándome el pantalón cuando la puerta de mi oficina se abrió.

Pensé que podría ser Gabriela de vuelta, pero tan pronto como levanté la cabeza, vi a mi hermano.

—¿Quién era la chica que estaba aquí? —Se cruzó de brazos y me miró con expresión seria.

—Una empleada. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué hacía ella aquí?

—Resolviendo algunas dudas.

—¿Contigo? —Frunció el ceño.

—¿Cuál es el problema?

—No te metas en líos.

—Todo está bien.

Nicolae mantuvo una mirada de sospecha, pero no insistió.

—¿Qué ocurre?

—Quiero saber cómo van los otros departamentos.

—¿Te aburres en el departamento financiero? ¿La familia no está trayendo suficiente dinero para mantenerte ocupado?

—Eso no es todo. También soy responsable del funcionamiento de esta empresa, igual que Ettore.

—Que está más preocupado por perseguir a nuestros enemigos que por estar aquí.

—Todos tenemos un papel que desempeñar.

—Ya lo sé.

Había crecido oyendo esa frase toda mi vida. Éramos una familia, pero funcionábamos como una organización.

—Mañana hay una reunión con los principales jefes de departamento, sería un gran placer que estuvieras con nosotros en lugar de estar encerrado en el sótano resolviendo asuntos de la mafia.

—Como si no te gustaran estos temas...

—Eso no fue lo que dije. —Sonreí con la comisura de los labios.

Cuando era más joven, hacía lo posible por ser parte de ellos, por participar en las misiones. Sin embargo, descubrí que disfrutaba de mi trabajo en la empresa, enfocándome en el desarrollo tecnológico e incluso en la parte administrativa, que había asumido tras el alejamiento de mi padre.

Él y mis tíos se jubilaron oficialmente hace poco más de un año y dieron a sus hijos los trabajos que tenían antes.

—¿Vas a ir a casa de nuestra abuela más tarde?

—¿Por qué razón? No es el típico domingo de almuerzo.

—El cumpleaños del tío Marco, ¿lo has olvidado?

—¡Ah, sí! Me pasaré más tarde.

—Está bien. ¿Necesitas algo?

Me limité a decir que no con un movimiento de cabeza. Sentía que Nicolae me estaba observando, como si de alguna manera estuviera vigilándome, pero hice como que no me daba cuenta.

Puede que fuera el más joven, pero tenía edad suficiente para cuidar de mí mismo.

—¿Y tú necesitas algo?

Negó con la cabeza.

—No te metas en líos, hermanito.

—Nos vemos más tarde. —Fingí ignorar su advertencia.

—Hasta luego. —Salió de mi despacho y se marchó.



Capítulo ocho

Volví a mi escritorio y me acomodé en la silla, sujetando el ratón y sintiendo temblar mis dedos, parecía imposible reprimirlos en aquel momento.

Inhalé y exhalé, tratando de controlar mi estado de ánimo lo mejor que pude.

—¿Dónde estabas? —Mi reacción de asombro lo delató todo, por más que intenté no demostrarlo.

—En el baño...

—¿Durante casi una hora? —Enarcó una ceja, mostrando que no estaba convencida.

—Sí...

—¿Qué está pasando realmente, Gabriela? —Dio la vuelta a su silla y me miró con firmeza.

—Nada... —No fue tan fácil escabullirse esa vez.

—Dime, insisto, quizás pueda ayudarte.

—No puedes...

—Si no es tu familia, ¿qué pasa entonces?

Tragué saliva, reflexionando sobre mis palabras y preguntándome si debía o no revelarle aquel secreto, sobre todo después de que me hubiera dicho que no me involucrara con aquel tipo. Cómo no iba a involucrarme con Giovane si era tan...

—No tiene importancia. —Intenté sacarla del tema de una vez por todas, pero no fue tan sencillo.

—Gabriela, si algo está pasando...

—Me involucré con él. —Lo solté como si ya no pudiera controlar lo que tenía atascado en la garganta.

—Él... —Necesitó un momento para reflexionar—. ¡Ay, Dios mío!

—¡Shhh! —Hice todo lo que pude para evitar que hablara a los cuatro vientos, especialmente estando en la empresa.

—Parece que tenías que esperar a que yo te diga que no debías acercarte. —Torció los labios como si fuera mi madre regañandome por alguna travesura.

—¿Qué crees que podría pasar? —Quería saber qué pensaba realmente al respecto.

—No lo sé, pero ciertamente no era algo que esperaba para ti. Eres demasiado correcta para involucrarte con un hombre como él.

—¿Y si no soy tan correcta como crees?

Rosa movió la cabeza negativamente, con la mirada todavía alerta y preocupada.

Había tenido sexo en la oficina con Giovane y, por la forma en que había sucedido, estaba segura de que no había ninguna promesa involucrada, pero en el fondo, mis instintos me decían que ella podría tener razón.



Capítulo nueve

Bajé de la moto en el garage de la mansión de los Bellucci, la buena y vieja casa de la abuela. Sin duda, era el lugar al que más frecuentaba en la capital italiana. Aunque era joven y tenía muchas ganas de salir y disfrutar, había reglas de la mafia que me impedían pasar las noches en clubes, discotecas y otros lugares donde me expusiera demasiado.

Aunque me considerara fuera de los focos, seguía siendo un Bellucci y podía ser utilizado como punto débil contra mi familia si me exponía demasiado.

Ajusté mi casco en el asiento y quité la protección de cuero, guardándola en el baúl. Debajo llevaba un pantalón de vestir y una camisa polo. Aunque mi familia apreciaba el buen y viejo traje, a mí me gustaba un estilo un poco más relajado. Solo usaba un blazer cuando estaba en la oficina.

Oí el sonido de la música mientras me acercaba a la entrada de la mansión. No era el sonido bullicioso de una discoteca, más bien música de fondo que podría utilizarse en los ascensores. Sin embargo, teniendo en cuenta al cumpleañero, no me sorprendió. El tío Marco era un hombre viejo y tradicionalista, como parecía necesario para un antiguo capo.

El salón de la mansión estaba lleno de otros hombres tan viejos como mi tío, bebiendo whisky y champán y charlando de temas que no me importaban.

La estructura milenaria que llamaban mafia tenía más brazos de los que podría contar, y las raíces más antiguas estaban sin duda en esa sala.

—¡Giovane! —Oí gritar a mi madre cuando entró por la puerta y caminó hacia mí, envolviéndome en sus brazos.

Como si no nos hubiéramos visto por la mañana y hubiéramos tomado un café juntos, dio un paso atrás, fijándose en cada una de mis facciones y me dedicó una sonrisa.

—Debería haberme puesto un algo más presentable.

—Me gusta esto.

—Es negro y sin vida.

—Mamá, solo a ti te parecen bonitos esos trajes que parecen trozos de cortina que lleva tu familia.

—¡Giovane!

—Solo dije la verdad. —Me encogí de hombros.

Movió la cabeza negativamente, dejando claro que no le gustaba cómo me expresaba, pero era cierto, ninguno de sus hijos había adoptado sus extravagantes y exagerados gustos gitanos. Nina, de niña, seguía vistiendo según los gustos de nuestra madre, pero no tardó en cambiar las faldas largas por los jeans.

—Estaba esperando a que llegaras. —Me rodeó los hombros con los brazos y no me dio buena espina su comentario, conociendo bien a mi madre, podía haber algo detrás.

Mis ojos recorrieron la habitación mientras me arrastraba y vi a mi tío Marco en compañía de su hijo mayor y su yerno ruso. Por muy imprevisto que pretendiera ser, la alianza que supuso el matrimonio de Pietra fue uno de sus principales logros. Rusos e italianos nunca habían estado tan unidos.

El hijo de mi prima sería pakhan en unos años y Dante ya estaba cerca del chico, viéndolo como uno de sus principales aliados para su gobierno. Sin mencionar que también mantenía una buena relación con su cuñado.

Él y yo éramos los únicos que no llevábamos un anillo dorado en la mano izquierda ni el peso de un matrimonio. No es que Dante estuviera libre, ya que el compromiso con Isabela Sforza, de Milán, ya estaba negociado y el matrimonio se celebraría cuando ella cumpliera veintiún años, como dictaba la tradición. O tal vez Dante rompiera el compromiso, como lo hizo Lorenzo el año pasado, pero considerando la elección de una esposa tan joven, dudaba que mi primo tuviera la intención de casarse tan pronto.

La dinastía Bellucci ya estaba más que asegurada, mis hermanos y primos tenían al menos un hijo correteando por aquella mansión como tanto le gustaba a mi madre. Yo no necesitaba involucrarme con nadie, por mucho que llevara el apellido Bellucci, no era la mejor moneda de cambio en un buen matrimonio de alianzas, como podrían haberlo sido mis hermanos, especialmente Nicolae, que tenía una posición más destacada en la maquinaria mafiosa.

Yo era solo el director más importante de la antigua empresa de mi padre que hackeaba a nuestros enemigos y desarrollaba armamento tecnológico, algo que para la mayoría de esos viejos de mierda no era tan relevante.

Mis juguetes, como decían mis primos, nos sacaban de muchos apuros, pero nunca lo admitían.

—¡Giovane!

—¿Qué pasa, mamá?...

—Esta es Graziela. —Me presentó a una chica que trajo a su lado.

La chica debía de tener dieciocho años, un poco más, quizás menos. Era rubia y tenía el pelo rizado, como las estatuas de ángeles que había visto en las iglesias a las que había ido desde niño. Su sonrisa era amable y sus ojos cobrizos añadían encanto a su inocencia.

Era una mujer hermosa, eso no podría negarlo, seguramente virgen. Lista para casarse con un hombre de una familia importante. Me encantaría tenerla en mi cama, tener sexo con ella una noche o dos. Pero sabía que una chica así era un verdadero problema. Era hija de la mafia, no podía involucrarme con ella solo por diversión, o tendría que enfrentar las consecuencias de una guerra. Así que cada vez que mi madre se acercaba con las "preciadas" que consideraba dignas de ser mi elegida, las rechazaba.

Si llegaba a tocar a esa muñequita, estaría jodido.

—Es un placer. —Sonreí y besé suavemente el dorso de su mano.

—El placer es mío. —Ella guiñó un ojo con elegancia y parecía emocionada por estar frente a mí. *Pobrecita*...

—Graziela es la hermana menor del nuevo capo de Nápoles y es la primera vez que está en Roma —divagó mi madre, mientras mis ojos continuaban fijos en la chica.

Era una bella trampa...

Necesitaba todo mi ingenio y sentido común para no caer en esa trampa.

—Estoy segura de que les gustaría conocerse mejor. —Mi madre acarició nuestros hombros.

No era la única que aprobaría ese matrimonio; creía que también sería una novia adecuada a los ojos de tío Marco. Pero en ese momento, no quería atarme a ninguna mujer, aunque fuera en un compromiso que podría llevar a un matrimonio en dos o tres años.

—Quizás en otra ocasión.

—Pero Giovane... —tartamudeó mi madre, descontenta con las palabras que dije.

—Tengo que ocuparme de algo muy importante con Ettore. —Vi pasar a mi hermano en compañía de su hijo y su mujer y me acerqué sigilosamente.

—¡Giovane! —el grito de mi madre se perdió entre los demás invitados a la fiesta.

—Ettore. —Me detuve delante de mi hermano y le sonreí con desgano.

—¿Escapando de una de las pretendientes perfectas de nuestra madre? —Se rió mi hermano mayor.

—No le digas eso, por favor.

—Yo no sería el causante de esta decepción, pero pensaría en esta chica, se ve muy bonita desde aquí.

Nedja dio un codazo a su marido.

—Estoy hablando de que mi hermano se case con ella, no yo.

—Hmm...

Acabé riéndome de su intercambio de miradas. Por muy divertido que fuera, no quería que una mujer me mirara así. Tenía mucho de lo que disfrutar, mujeres con las que involucrarme y divertirme, como con Gabriela...

Recordé a la empleada de la empresa con la que me había acostado esa mañana y la noche anterior. Era morena, con ojos y pelo castaños, un cuerpo precioso y la misma edad que yo. Lo mejor de todo es que no era de la mafia, no estaba en la lista de mujeres prohibidas con las que tendría que casarme antes de poder quitarle la ropa.

Aunque disfrutaba dándole placer, tampoco tenía intención de convertirla en mi amante ni de comprometerme de ningún modo que le diera algún poder sobre mi vida.

Podría tener sexo unas cuantas veces más, pero no lo convertiría en un hábito. Cualquier tipo de vínculo era muy peligroso en el mundo en el que vivía.

—¡Giovane, Ettore! —Escuché una voz más anciana y me giré, saliendo de mis pensamientos.

—Papá. —Moví la cabeza cuando pasó junto a nosotros y se acercó a sus hermanos.

Él no estaba tan decidido a que me casara como mi madre, pero dejaba claro que no deseaba que me metiera en problemas como lo habían hecho mis hermanos. Los tres que vinieron antes de mí ya habían hecho suficiente.

Puede que no tuviera la obligación de casarme con una buena hija de la mafia, pero esperaba no convertirme en una decepción para él.



Capítulo diez

Me senté en el sofá, comiendo un vaso de ramen instantáneo, mientras mi gata se acomodaba en mi regazo. Frotaba sus patitas contra mis piernas, buscando la mejor posición antes de echarse. Podría haber preparado pasta fresca o incluso hacer arroz con frijoles de los que traje de Brasil.

Cada cultura tiene su propia cocina, pero no hay nada como el sabor de casa. Sin embargo, ese día no tenía ganas de hacer nada. Si no hubiera sido por el hambre, ni siquiera habría calentado el agua para el ramen.

Recordé cuando nuestro jefe se acercó en el trabajo y nos preguntó a Rosa y a mí cómo íbamos con nuestros proyectos. En ese momento, habíamos tenido que dejar de hablar sobre mi enredo con uno de los dueños de la empresa. Todavía sentía mariposas en el estómago.

Rosa estaba preocupada por todo, y yo también, aunque tratara de disimularlo.

Tomé el móvil, inquieta en el sofá, lo que hizo que mi gata me reclamara por perturbar su tranquilidad.

Tomé algunas cucharadas más del ramen, que había quedado más aguado de lo que debía, y dejé el vaso en el brazo del sofá antes de enviarle un mensaje a mi compañera de trabajo.

Aunque llevaba ya un tiempo viviendo en Italia, no tenía muchos amigos. Me había distanciado de la gente de la universidad y básicamente iba del trabajo a casa sin detenerme o distraerme en otros lugares.

Gabriela:

¿Demasiado ocupada?

Rosa:

Esperando a que mi madre termine los ñoquis.

Gabriela:

Los ñoquis son deliciosos.

Rosa:

Especialmente con la receta de salsa pomodoro de mi abuela. Es divina.

Gabriela:

Llévame un poco mañana.

Rosa:

No es lo mismo que comerlo recién hecho, pero supongo que no me escribiste solo para invitarte a cenar con mi familia.

Gabriela:

No...

Rosa:

¿Pensando en lo que te dije?

Gabriela:

¿Cómo no pensarlo? Me dices que el tipo es mafioso...

Rosa:

¡No digas eso! Estamos tratando con genios de la informática. Pueden hackearnos y estar espiando.

Gabriela:

Ya me hackeó ayer.

Rosa:

¿Por qué?

Gabriela:

Estaba buscando información sobre él.

Rosa:

¡Estás loca!

Gabriela:

Por eso vino a buscarme y, cuando me di cuenta, ya estaba en mi cama.

Rosa:

No tienes ni idea de dónde te has metido.

Gabriela:

¿Tú sí sabes?

Rosa:

Crecí con todo el mundo diciéndome que tuviera mucho cuidado con esa familia. A mi padre casi le da un ataque cuando le dije que iba a trabajar allí y todavía piensa que

puedo terminar involucrada en cosas ilegales, aunque mi área no tiene nada que ver con negocios turbios.

Gabriela:

¿Estás segura de que hacen cosas ilegales?

Rosa:

Los miembros de la familia entran y salen todo el tiempo, y hay muchas zonas a las que no tenemos acceso.

Gabriela:

Pensaba que era porque se trataba de proyectos tecnológicos confidenciales.

Rosa:

Eso es lo que nos dicen.

Gabriela:

¿Crees que puedo desaparecer de su vista, así como así?

Rosa:

No sé...

Me quedé mirando el móvil que tenía en las manos y no volví a enviar ningún mensaje, y Rosa tampoco insistió. Ya me lo había advertido antes, pero acabé metiéndome en líos de todos modos.

Con suerte, Giovane se olvidará de mí.



Capítulo once

Durante la fiesta, me escabullí de mi madre y me dediqué a observar a las personas en la sala. La mayoría estaba más interesada en quedar bien con Dante, el nuevo Don. Todos querían mantenerse cerca de él para ganarse su favor. Había varios niños corriendo de un lado a otro, mientras sus madres intentaban controlarlos sin mucho éxito.

—¿Giovane?

Me sorprendió oír la voz de mi abuela. Estaba sentada en uno de los sillones. Probablemente sus piernas ya no funcionaban como antes y se cansó muy deprisa.

Cuando era niño, solía correr detrás de mí y evitar que me metiera en los armarios o me cayera del árbol del patio trasero, pero eso hace ya mucho tiempo.

—Sí, abuela. —Me acerqué e incliné la cara para oírla mejor.

—¿Puedes traerme un vaso de agua?

—¡Claro que sí!

Me acerqué a un camarero y le pedí que cumpliera su petición.

—Lo traerán pronto.

—Muchas gracias, cariño.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco cansada, pero feliz por tu tío. Tu abuelo estaría muy orgulloso de la familia si aún estuviera aquí.

—¿Ah, sí? —Solté una risita—. Varios de nosotros ya hemos metido la pata más de una vez.

—Pero al final todos encontraron su camino y la familia permaneció unida, que es lo más importante.

—Tienes razón. —Tomé su mano arrugada entre las mías y le acaricié el dorso.

Un camarero se agachó delante de mi abuela, le ofreció un vaso de agua y ella apartó su mano de la mía para tomarlo.

—Gracias.

—En absoluto, señora.

Mi abuela bebió unos sorbos de agua antes de girarse hacia mí.

—¿No te gustó Graziela?

—Así que también notaste la candidata que eligió mamá para mí.

—En realidad, fue idea de tu papá, pero tu mamá quiso presentarla de manera más sutil.

—Siempre lo sabes todo en esta casa, ¿verdad, abuela?

—Es mi papel. —Me dedicó una suave sonrisa—. ¿Y entonces?

—Es una mujer hermosa.

—Pero no te interesa. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Por el momento no quiero una prometida, y mucho menos una esposa.

—Solo ten cuidado.

—Estoy bien, abuela.

—A tus hermanos tampoco les interesaba y sabes muy bien lo que pasó.

—Es diferente.

—Siempre lo es hasta que es demasiado tarde. Sigue mi consejo y piensa de nuevo, Graziela será una excelente esposa.

—Me lo pensaré —mentí, solo para evitar discutir.

Terminó su agua y me pasó el vaso. Aproveché para levantarme y tomar un canapé de la bandeja de uno de los camareros.

La fiesta siguió a paso lento, como si nunca fuera a terminar. Cuando sentí que ya había cumplido con mi deber, me despedí de todos y subí a mi moto para volver a casa. Mis papás seguramente se quedarían a dormir en la mansión, lo cual me venía perfecto. Me gustaba estar solo y no tenía ganas de aguantar más presiones sobre aceptar una novia elegida por ellos.



Capítulo doce

Necesitaba ir a trabajar. No tenía opción: perder ese empleo estaba fuera de discusión, especialmente porque mi visa en Italia dependía de ese contrato. Además, hasta donde yo sabía, ni mi jefe ni mis compañeros -excepto Rosa- tenían la menor idea de lo que había pasado entre Giovane y yo.

Estaba asustada, con un dolor que empezaba en la boca del estómago y se extendía por todo mi cuerpo, haciendo que se me apretara el corazón. No quería involucrarme con la mafia ni con toda la estructura criminal.

Pero el deseo que sentía por ese hombre era salvaje, imposible de controlar. El peligro que representaba solo avivaba una comezón insoportable que recorría cada rincón de mi cuerpo.

—¡No, Gabriela! —me repetí en voz baja mientras me acomodaba en la silla para empezar la jornada de trabajo—. Esto tiene que parar.

—¿Cannoli? —Le ofrecí a Rosa una caja de pastelería, con la esperanza de que un poco de dulce aligerara el día y me quitara ese mal sabor de boca.

—¡Ah, gracias! —Se giró hacia mí y sonrió.

—¡Yo también quiero uno! —dijo un compañero de trabajo que estaba en la estación detrás de mí.

En un abrir y cerrar de ojos, la caja quedó vacía, con apenas un par de migajas de la masa hojaldrada. Cerré la caja y la tiré a la basura junto a mi mesa.

Mi madre siempre me decía que los dulces eran una forma de empezar bien el día y de animar a los que te rodeaban. Esperaba que fuera suficiente para ahuyentar esos sentimientos contradictorios que se arremolinaban en mi interior.

—¿No guardaste ninguno para mí?

Esa voz...

Un escalofrío me recorrió desde la base de la columna vertebral y levanté lentamente la cabeza para encontrarme con los ojos azules de Giovane, que me miraban fijamente.

—Se-señor… —balbuceé, sintiendo cómo me fallaba la voz.

Era su empresa, nada le impedía estar en cualquiera de los departamentos, pero no recordaba haberlo visto en la sala de proceso de datos desde mi primer día allí. Solo lo había observado cruzar por los pasillos a través de los ventanales.

—No respondiste. —Su mirada se volvió más seria al entrecerrar los ojos.

—Yo no... No sabía...

—No pasa nada. —Su expresión cambió por completo y Giovane se echó a reír—. No te preocupes.

—Gracias. —Me reí torpemente.

—¿Qué haces ahí? —preguntó mientras se inclinaba sobre la pantalla de mi computadora, apoyando ambas manos en el respaldo de mi silla.

—Estoy atendiendo un ticket con veinte puntos. Lo comencé ayer, pero todavía no tuve tiempo de avanzar mucho.

—¡Genial! —susurró.

—¿Por qué genial? —pregunté sin comprender.

—Ven conmigo antes de seguir con eso.

—Pero, señor...

—Vamos, Gabriela.

Todos me miraban, especialmente Rosa, pero ninguno se atrevía a decir nada para cuestionar al jefe. Ella sabía lo que pasaba, el resto aún intentaba entenderlo, pero dudaba que se les hubiera pasado por la cabeza que el jefe me estaba metiendo su verga una y otra vez.

Me sentí aún más incómoda y avergonzada. El hecho de que me ardieran las mejillas y se me pusieran rojas no ayudaba.

—Gabriela... —Giovane insistió y me sentí avergonzada, no podía decir delante de todos que no iba, pero al mismo tiempo conocía las consecuencias de aceptar aquella orden.

—Señor...

Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera y acabé levantándome de la silla, aunque me temblaban las piernas.

Esto era un juego para él, y yo no era más que un peón en su tablero.

Todas las miradas seguían sobre nosotros mientras atravesábamos la oficina hacia el pasillo que llevaba al elevador. Cualquier intención que tuviera de mantener en secreto lo que estaba ocurriendo se había ido al demonio.

—La gente... —empecé a murmurar mientras lo seguía por el pasillo hasta el ascensor.

—Diles que estamos trabajando juntos en un proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Confidencial. —Esa sonrisa traviesa, casi malvada, me produjo escalofríos.

Dudaba que mis compañeros de trabajo se creyeran esta historia. Al menos Rosa no.

—No creo que esto sea prudente...

—¿No crees? —Se detuvo en seco y se giró hacia mí, mirándome directo a los ojos. Un nuevo escalofrío me recorrió de pies a cabeza—. ¿Por qué no?

—¿Qué pensarán?

—No es su trabajo pensar —respondió, encogiéndose de hombros—. Les pagan para hacer su trabajo, no para preocuparse por lo que yo hago.

Para él todo era sencillo. Para mí, en cambio, esto era un desastre. Sabía que yo era el eslabón más débil en esta situación, y también sabía que si alguien iba a cuidarme, tendría que ser yo misma. Giovane, eso estaba claro, no lo haría.



Capítulo trece

La llevé al elevador más cercano, sosteniendo la puerta para que pasara y activando el panel para que subiéramos. Sin embargo, lo detuve entre dos pisos. Ya había desactivado la cámara del ascensor más temprano, pero ella no tenía idea.

Tal vez estaba yendo demasiado lejos al seguir involucrándome con Gabriela, pero era mi juguetito y pronto me aburriría. Pero en aquel momento seguía siendo muy divertido. Una chica guapa con un cuerpo sexy, una sonrisa inocente y, sobre todo, ninguna conexión con la mafia que pudiera meterme en problemas.

Se agarró con las manos al lateral metálico del ascensor cuando se dio cuenta de que se había detenido.

—¿Qué has hecho? —Ensanchó sus ojos marrones con asombro.

—Asegurando que nadie nos moleste... —Di unos pasos hacia ella, y vi cómo temblaba al sentir mi cercanía.

Ella era mi presa y yo un depredador hambriento.

—Giovane...

—Shhh... —Deslicé las yemas de mis dedos por su cara.

—No podemos seguir así.

—¿No te gusta? —Acerqué mi boca a su cuello, notando cómo se le erizaba el vello.

—No es prudente...

—Esa no fue la pregunta que hice. —Mordí su yugular, rozando mis dedos y observando cómo sus pechos se movían en medio de una respiración cada vez más frenética.

—Yo no...

Introduje las manos en el escote de su camisa y tiré, haciendo que los tres primeros botones se abrieran con mi fuerza. Lamí el valle entre sus pechos y ella se retorció. La frase se le atascó en la garganta, pero Gabriela no pudo terminarla.

—¿Te han metido la verga alguna vez en un ascensor? —pregunté con mi boca aún entre sus tetas y su respiración se hizo más agitada.

Ella se limitó a negar con la cabeza, pero apretó los labios sin hacer ruido, aunque pensé que era poco probable que alguien nos oyera allí.

—Creo que voy a comprarte unas faldas. —Subí la mano por su muslo, y mis dedos se deslizaron lentamente hasta rozar la unión entre sus piernas.

Gabriela se contoneaba y rodaba contra la pared del ascensor, lo que me ponía aún más caliente. No era la pobre virgencita mafiosa que había sido educada para ser una buena esposa, pero tampoco tenía el aire salvaje de una mujer llena de experiencia.

Como la mayoría de las profesionales de ese campo, Gabriela era tímida y parecía contenta con su propio mundo, limitando sus relaciones con otras personas.

—Las faldas me facilitarían el trabajo. —Pasé el dedo por la costura de sus pantalones, sintiendo cómo la tela se humedecía con mi tacto.

—Todos saben que estamos aquí...

—De hecho, no saben exactamente dónde estamos o qué estamos haciendo. Yo no me preocuparía tanto.

Para mí, era simple: hacía lo que quería, y en ese momento lo que más quería era sentir su vagina ajustada alrededor de mi miembro, su respiración entrecortada, el miedo mezclado con la excitación y la adrenalina.

Froté mis labios contra los suyos hasta que ella permitió que mi lengua entrara y dominara los suyos, mientras yo le bajaba la cremallera de los pantalones y se los bajaba hasta la mitad de los muslos, lo suficiente para meter la mano en su tanga.

Llevaba una prenda de algodón, blanca y más discreta, pero no por ello menos *sexy.* Aparté el elástico y metí un dedo, sintiendo cómo fluía su néctar mientras jugaba con su canal.

Mis manos estaban cada vez más empapadas, y Gabriela comenzó a mover las caderas contra mí, gimiendo suavemente entre nuestros besos. Con la otra mano, agarré su pecho por encima del sujetador y lo apreté, arrancándole un suspiro ahogado.

—Giovane... —gimió mi nombre, cada vez más perdida en la estimulación.

—Sé una buena chica. —Deslicé mi boca hasta su oreja—. Tal vez te recompense más tarde.

Su cuerpo estaba tan húmedo que sentía el líquido resbalar entre mis dedos, pero no me detuve. Añadí un tercer dedo, y Gabriela abrió las piernas tanto como el pantalón a medio bajar se lo

permitió. Froté su clítoris con el pulgar, como si manejara un control de videojuegos, moviéndolo de un lado a otro. Ella tembló, perdida en la sensación, mientras sus ojos se revolvían en las órbitas y los gemidos se le quedaban atorados en la garganta.

—¿Te gusta? —le dije juguetonamente.

Lo único que pudo hacer fue mover la cabeza afirmativamente mientras sus uñas raspaban la superficie metálica del ascensor.

—Ay... —No pudo contener más sus gemidos y me di cuenta de que estaba al borde, a un paso de un orgasmo, así que aparté la mano, deteniéndome de repente de un modo que la dejó conmocionada.

—¿Por qué? —gimoteó.

—Tendrás que ganarte tu recompensa. —Me desabroché los pantalones y saqué mi verga dura y palpitante, mostrándosela.

Esta vez no tuve que decírselo, Gabriela se arrodilló frente a mí y envolvió mi verga entre sus suaves dedos. Me metí en su boca y ella me rodeó con sus labios, chupando mientras sus dedos presionaban la base de mi miembro.

Con aquella boca cálida y suave chupándome, no podía controlar mis propios gemidos. Sentí el impulso de tirar de su cabeza hacia delante, agarrándola del pelo para que se acelerara, pero me contuve, deseoso de averiguar qué habilidades tenía y si podía hacerme una buena mamada.

Me limité a acariciarle el suave cabello, animándola a continuar mientras la observaba desde arriba, con su boca sobre mí y la elevación de sus pechos fuera del sujetador.

Estaba seguro de que con ella allí, mis días en la empresa serían mucho más interesantes y sabrosos.

Qué boca tan suave...

Quería dejar mi semen en esa lengua, hacerla tragar hasta la última gota, pero no tenía tiempo de recuperarme para metérsela después, así que tiré de su cara para que se detuviera. Gabriela no entendió nada durante un rato hasta que la hice levantarse y le di la vuelta, apretándola contra la pared del ascensor.

Todavía llevaba puesta la tanga mojada, así que se la aparté a un lado y le metí la verga hasta el fondo, presionándola con mi cuerpo. Gabriela gimió y frotó su culo perfecto contra mí, lo que me animó a aumentar la velocidad.

Agarré su cintura con una mano y su pelo con la otra, golpeando mi cuerpo contra el suyo con sacudidas firmes y cada vez más precisas, y ella me apretó en embestidas cada vez más deliciosas.

Ya estaba al límite con la mamada, así que acabé pronto dentro de ella. Mis músculos se agarrotaron y mi cuerpo se endureció. Apoyé la nariz en su nuca y deslicé la mano desde su cintura hasta su clítoris, recompensándola con el orgasmo que le había prometido.

Le subí la tanga y los pantalones hasta la cintura y le di una palmada en el culo.

—Bien hecho, putita...

Jugueteé con el teclado del ascensor, lo liberé y bajé a mi planta antes de enviarla de vuelta.

Mientras caminaba por el pasillo con una amplia sonrisa, me encontré con la expresión seria de Nicolae.

—¿Qué estabas haciendo? —Se cruzó de brazos mientras me lanzaba una mirada recriminatoria.

—¿Y tú qué haces aquí? —le devolví la pregunta.

Mis hermanos solían ser más divertidos antes de casarse, pero ahora parecían haberse vuelto aburridos. "Responsables", diría nuestro padre.

Yo era joven, estaba en la cima de mi vida y solo pensaba en disfrutar.

—Tenemos una reunión, ¿recuerdas?

Me subí la manga de la chaqueta y miré la hora.

—Faltan diez minutos.

—Pensé que ibas a llegar tarde.

—No llego tarde. —Me encogí de hombros.

—¿Por qué has tardado tanto en el ascensor con una de nuestras empleadas?

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Giovane, ten cuidado...

—¿Con cuántas mujeres te acostaste antes de casarte?

—Eso no viene al caso. —Le incomodó mi pregunta.

—*O una esposa, o una amante, nunca te apegues a más de una mujer.* Conozco las reglas, hermano. De momento no quiero atarme a ninguna. Solo tengo veintitrés años, déjame disfrutar de mi vida.

—Nunca queremos quedarnos atascados hasta que es demasiado tarde.

—¿Es una maldición tuya?

—Es solo una advertencia. Por no mencionar que nuestro padre no estará contento si se entera de que estás teniendo sexo con una de sus empleadas.

—Como si él nunca lo hubiera hecho. —Me reí.

Nicolae permaneció en silencio, porque no sabía cómo interrogarme.

—Vamos a la reunión. —Sacudió la cabeza para poner fin al tema.

Asentí, siguiéndolo.



Gabriela

Capítulo catorce

Me repetí a mí misma que no debíamos seguir haciendo eso, que tenía que escapar de los brazos de Giovane y liberarme de esa especie de hipnosis que me provocaba. Pero no pude. Era estúpido e irracional, pero pasaron las semanas y seguí siendo el juguete de Giovane Bellucci.

Rosa ni siquiera dijo nada, había renunciado a sacarme de lo que prácticamente se había convertido en una adicción. Todas las advertencias del mundo parecían ser completamente ignoradas cuando me atrapó.

Y no fueron pocas veces...

En su oficina, en el elevador, en las escaleras, hasta en el baño. Después de una fiesta del trabajo, me hizo quedarme hasta tarde, y cuando me di cuenta, tenía la cara aplastada contra el

teclado mientras él me tomaba por detrás. Sin mencionar todas las veces que aparecía misteriosamente en mi apartamento.

Estábamos teniendo un *affaire*, si es que se le podía llamar así a esa situación.

Había dejado de intentar salir de eso hacía mucho.

Nadie decía nada en absoluto e imaginaba que no era solo por el miedo a perder mi trabajo. Cuanto más tiempo pasaba viviendo en Roma, más oía hablar de la familia Bellucci, de su poder e influencia, que iban mucho más allá de una familia italiana rica y tradicional.

Giovane nunca me dijo una palabra sobre la mafia, y yo tampoco pregunté. Pensé que era mejor no husmear en cosas que no quería saber. No es que la conversación fuera un punto fuerte entre nosotros.

Puede que yo fuera ingenua, pero era inteligente y en el fondo sabía que para él solo se trataba de sexo. Yo era una distracción, un juguete, y era mejor por mi propio bien que no cultivara sentimientos que nunca serían correspondidos.

Al mismo tiempo que me sentía utilizada y quería huir, me preguntaba si no me habría convertido en una ninfómana, que dormía pensando en el próximo momento en que él estaría entre mis piernas.

Había vivido bien sin sexo antes, tener novio era algo que ni siquiera recordaba, Giovane sabía muy bien cómo engancharme y me di cuenta de que no solo era bueno traficando con drogas ilícitas.

Estaba en la cima de una montaña rusa y mentiría si dijera que no estaba disfrutando de cada gota de ese subidón de adrenalina, hasta que un lunes por la mañana todo se vino abajo.

—No...

Tal vez, como programadora, debería ser más organizada, meticulosa o pragmática, pero cuando se trataba de mi propio

cuerpo, parecía un completo desastre.

Hacía una semana que se me había retrasado la regla, quizás un poco más o menos. Para ser sincera dejé que llegara sin preocuparme demasiado por llevar la cuenta de los días.

Busqué en internet todas las posibles razones, y había mil explicaciones para el retraso... pero la más probable era el embarazo.

"¿Menstruación atrasada? ¿Estoy embarazada?"

Ese era el título de la mayoría de los artículos que leía y solo había una forma de saber si estaba allí o no.

Tener un bebé no estaba en mis planes, al menos no en los próximos cinco años. Además, no es que estuviera en una relación amorosa ni nada parecido: yo era solo el juguete de un tipo poderoso cuya familia incluso la policía evitaba.

Solo había una forma de estar segura: cuando me levanté aquella mañana, fui a la farmacia que había a la vuelta del edificio alquilado donde vivía y compré una prueba de embarazo. Seguía luchando contra lo evidente, pero en cuanto vi el signo positivo en el resultado, sentí que el mundo se venía abajo.

Ahora estaba realmente en problemas...

Me quedé en shock tanto tiempo que terminé llegando tarde al trabajo. Mientras me alistaba, intentaba asimilar lo que estaba pasando, pero no podía. Estaba tan paralizada que por momentos pensaba que era un mal sueño.

Pero no lo fue...

—Gabriela... ¡Gabriela!

Parpadeé un par de veces y me di cuenta de que Rosa estaba a mi lado y casi me sacudía.

—¿Qué te pasa hoy?

—Estoy rara...

—¿Rara cómo?

—No sé...

—Casi tiras el café sobre el teclado y ahora estás mirando al vacío con una cara rarísima.

—Lo siento...

—¿Giovane...? —Rosa no tuvo el valor de preguntar directamente, aunque sabía que el asunto seguía.

—Es complicado.

—¿A qué te refieres?

Estábamos cerca de la hora de comer, pero dejé de mirarla cuando vi aparecer un mensaje en las notificaciones de la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué te ha hecho? —Oí hablar a Rosa, pero ni siquiera me giré para contestarle.

Hice clic en el mensaje y me aseguré de que era él.

Giovane:

Te espero en mi oficina.

Tragué saliva.

En varias ocasiones, me encontré esperando ese mensaje, ansiosa e incluso deseosa, pero ese día, supe que encontrarme con Giovane no sería solo para tener sexo loco como las otras veces.

—Tengo que irme. —Empujé mi silla hacia atrás y me levanté.

—Gaby…

—Hablamos después. —Pasé a su lado y caminé hacia el elevador. Después de todo, Giovane ya me había dado acceso a su piso.

Ya era un caso perdido antes, pero después de esa mañana, las cosas se volvieron aún más complicadas.



Capítulo quince

Puse una caja blanca sobre la mesa. Ya le había dicho varias veces a Gabriela que quería que viniera a trabajar con falda, eso nos facilitaría las cosas, pero parecía ignorar por completo mi petición. Así que decidí comprarle yo mismo algunas piezas que combinaran mínimamente con las camisas formales que solía usar.

Apenas entró en mi oficina, me levanté y avancé hacia ella como un animal hambriento.

Podía repetirme mil veces que no quería una esposa y que ni loco me iba a casar tan joven, pero tener una amante era otra historia. Después de semanas cogiendo con ella, buscándola en su apartamento y en cada rincón de la empresa, ya no podía fingir que esto era algo pasajero.

Sea como fuere, yo respetaba las reglas de la mafia y no había metido a ninguna mujer en mi núcleo familiar, lo que habría complicado las cosas.

—Tengo un regalo para ti... —Empujé la caja hacia ella—. Siéntate en mi regazo y te dejaré abrirla.

Una sonrisa se apoderó de mis labios, no la había visto durante el fin de semana y se notaba que estaba muerto de hambre.

—Giovane, no...

—Gabriela, no empieces —resoplé—. Podemos empezar la semana de un modo agradable y divertido, contigo revolcándote sobre mi verga mientras abres el regalo...

—O podemos hablar.

—Definitivamente, no te llamé aquí para hablar.

—No puedo fingir que no pasa nada.

—¿Y qué podía estar pasando? —Puse los ojos en blanco, impaciente.

—Estoy embarazada.

Lo que dijo me golpeó como una patada en el pecho y me dejó sin aliento. Fue como si me hubiera aventurado a enfrentarme a Thiago en un entrenamiento y hubiera recibido una paliza.

—¿Es una broma? —Apreté los dientes y mi postura cambió por completo.

—Ojalá lo fuera… —Bajó la mirada.

—¿Cómo es posible?

—Eres uno de los tipos más brillantes de esta empresa. —Me lanzó una mirada furiosa—. No te hagas el estúpido, sabes perfectamente cómo se hacen los bebés.

—No estoy hablando de eso. Deberías haberte cuidado. A menos que te quedaras embarazada a propósito.

—¡No me quedé embarazada a propósito!

—Lo dudo… —murmuré, viendo cómo su rostro se endurecía, cada vez más molesta—. Tenías que haber tomado anticonceptivos.

—Los tomo… bueno, los tomaba.

—¿Entonces cómo carajo quedaste embarazada?

—Tal vez me confundí con las pastillas… —Se encogió de hombros, con la voz temblorosa, como si no terminara de procesarlo. Yo, por mi parte, seguía gritándole.

Definitivamente, no era la forma en que quería empezar la semana.

—Ese hijo ni siquiera tiene que ser mío.

—¡¿Cómo te atreves?!

—Coges conmigo y seguro con otros. Nunca hemos tenido nada.

—¡Eso no significa que sea una puta!

—Bueno, nunca te pagué, pero...

Gabriela estalló. Agarró la caja de regalo y me la lanzó a la cara.

—¡Maldito imbécil!

—No vas a atraparme con esto, niña.

—¡Ah! —bufó, furiosa, dándose la vuelta y saliendo de la oficina.

Pensé que me harían una mamada y acabé con un dolor de cabeza tremendo.



Capítulo dieciséis

No esperé el ascensor; bajé por las escaleras. Solo quería alejarme de él lo más rápido posible. Estaba tan furiosa que esa rabia se transformaba en lágrimas que me escurrían sin control por los ojos.

Me obligué a sujetarme del pasamanos, porque el enojo me hacía sentir torpe y no quería terminar cayéndome por los escalones.

—¿Qué esperabas, idiota? —solté en voz alta, como si estuviera peleando conmigo misma.

¿Que ese maldito cretino viniera a abrazarme y me dijera que estaba feliz de ser papá? Giovane me había dejado claro varias veces que solo era un juguete para él, una distracción pasajera, alguien totalmente descartable.

Si toda la situación había llegado a ese punto, era enteramente culpa mía. Me involucré, dejé que fuéramos más allá de la realidad y tuve que afrontar todas las consecuencias por mi cuenta.

Al final, quizás esto era lo que necesitaba para deshacerme de esa implicación.

—¡Maldita sea!

Empecé a llorar de nuevo en cuanto me senté en los escalones frente a la puerta de emergencias de la planta donde trabajaba. Las lágrimas de mis ojos eran cada vez más pesadas y no podía dejar de llorar.

Me sentía tan estúpida, tan tonta e ingenua que quería darme un puñetazo.

Había innumerables maneras de que esta situación saliera muy mal, Rosa me lo había advertido y también otras personas, pero meter a un niño en este lío parecía ser la peor de todas.

Me estremecí cuando la puerta se abrió y Rosa entró por ella, haciéndome mover a un lado del escalón para que ella pudiera sentarse a mi lado.

—¿Qué ha pasado?

—Soy una idiota. —Agaché la cabeza, intentando ocultar mi llanto, por imposible que fuera.

—¿Te pidió sexo anal y huiste del tipo? —Rió, como si todo fuera una broma.

Negué con la cabeza.

—¿Entonces te despidió?

—Tampoco.

—¿Qué pasa, Gaby? —Me puso la mano en el hombro y me lo acarició.

—Estoy embarazada.

—¡Ay, qué cagada!

—Así es. —Lloré de nuevo, tanto como mi boca se sentía seca y mi cuerpo débil.

—No reaccionó bien, ¿verdad?

—¿Qué esperabas?

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. —Apoyé la cabeza en su hombro y Rosa me acercó, acariciándome la mejilla.

Tenía ganas de regresar corriendo a Brasil, como mis padres querían. Pero al mismo tiempo, amaba Italia y no quería dejarlo todo atrás. Aún tenía tiempo antes de que naciera el bebé para decidir qué hacer.



Capítulo diecisiete

—¿Qué ha pasado aquí? —Escuché a Ettore entrar a mi oficina mientras yo seguía de espaldas a la puerta, mirando por la ventana y resoplando de pura rabia.

—No es un buen momento, hermano.

—Te necesito.

—¿Qué parte de no es un buen momento no entiendes? —refunfuñé sin molestarme siquiera en mirarlo.

Sentí la mano de mi hermano en el brazo y me hizo girar, obligándome a mirarlo. Su expresión no era de las más receptivas del mundo.

—Sea lo que sea en lo que te has metido, tendrás que dejarlo para más tarde, necesito que me ayudes con algo. Dante me lo

pidió.

—Ah, que se vaya a la mierda.

—¡¿Te volviste loco?! —rugió Ettore—. Él es el Don, nuestro jefe. ¿Se te olvidó cuáles son las prioridades aquí, pendejo?

—Podrías darme un maldito respiro —refunfuñé.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Evadí la pregunta.

Podía apostar a que a Ettore no le haría ninguna gracia enterarse de que había dejado embarazada a una chica, y mucho menos al resto de la familia. Recordaba muy bien lo que le había pasado a Thiago. Nunca volvió a deshacerse de Juliana. Por mi propio bien, era mejor que nunca lo supieran.

—Entonces contrólate.

—¿Qué necesitan? —resoplé, enderezándome y mirando a mi hermano con seriedad.

—Creo que alguien está intentando hackearnos, pero no he podido descubrir quién. Parece muy bueno, pero con tu ayuda estoy seguro de que lo resolveremos. No podemos repetir la cagada de la vez que Vicenzo nos vulneró; no podemos permitir que pase otra vez.

—No, no podemos.

—¡Genial! —Me dio una palmada en el hombro—. Manos a la obra.

Era una buena forma de distraerme, aunque sabía que no podría escapar del otro asunto para siempre.



Capítulo dieciocho

Abandonar la empresa debería haber sido lo primero que hiciera. Cuanto más me alejara de Giovane, mejor sería para mí y, probablemente, para el bebé que estaba dando a luz gracias a toda aquella locura.

Pero tenía que ser racional al menos durante un momento de mi vida. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir en Roma sin ese trabajo. Con un bebé en camino, mi situación era aún más complicada.

Siempre fui el orgullo de mis padres, una alumna ejemplar que se graduó en Ciencias de la Computación a los veintiún años. Me gané una beca para hacer una especialización en Italia y estaba trabajando, cuidando de mí misma.

Volver a casa sería un gran paso atrás.

Tenía algunos ahorros, dinero que había guardado para comprarme un departamento o mudarme a un lugar mejor en algún momento. Podría ayudarme a pasar una mala racha, pero no era una solución a largo plazo.

Era una buena profesional, tenía un currículum relevante y quizás pudiera conseguir el trabajo en otro sitio antes de que el embarazo empezara a notarse y mis compañeros de trabajo empezaran a hacer suposiciones.

Aquel día me costó concentrarme y hacer mi trabajo. Rosa me dijo que todo iría bien, pero yo estaba seguro de que no era tan sencillo. Después de todas las advertencias que me había hecho, acabé metiendo la pata de todas formas.

El resto de la semana también transcurrió de forma extraña. No recibí ni un solo mensaje de Giovane, ni se me apareció por detrás en ningún momento haciéndome sentir completamente incómoda delante de mis compañeros de trabajo.

Debería haberle dicho antes que estaba embarazada, así lo habría solucionado y él jamás volvería a buscarme.

Estaba claro que no le importaba ni yo ni el bebé.

Tampoco quería armar un escándalo. No tenía ninguna intención de ser la chica que el jefe dejó embarazada. Ya era bastante difícil destacar en mi trabajo y que me reconocieran por mis méritos sin que nadie pensara que había sido favorecida por un lío del que no había pruebas.

El fin de semana se sintió eterno, pero agradecí poder pasar dos días sola en mi casa, sin la sombra de Giovane rondándome. No me había buscado en la oficina, y mucho menos lo haría fuera de ahí.

Tras una rápida limpieza, me senté en el sofá y levanté las piernas, mientras mi gata se acomodaba en mis muslos, amasándolos hasta encontrar la posición perfecta para acostarse.

—Sí, Mila, pronto no seremos solo nosotras dos —dije, acariciando mi vientre con suavidad.

Todavía me desesperaba la idea de que iba a ser madre y no estaba preparada para ello, pero no era de las que eludían responsabilidades, sobre todo cuando eran totalmente culpa mía.

No es que Giovane no fuera responsable tampoco, pero esa era otra historia.

—*Miau...*

—Oh, no voy a levantarme ahora para abrir el grifo y dejarte beber agua corriente, olvídalo.

—*Miau.*

Estiré el cuello y me fijé en su comedero.

—Tienes agua. Está fresca porque la cambié por la mañana.

—*Miau...*

—¡Oh, Mila, vamos!

No pude seguir discutiendo con mi gata porque escuché unos golpes en la puerta del apartamento, lo que hizo que se me tensara el cuerpo al instante.

Giovane...

Por más que mi corazón se acelerara por un segundo con una esperanza estúpida, sabía que después de una semana de silencio absoluto y ni un solo mensaje, ese imbécil no iba a presentarse en la puerta para disculparse por haberse comportado como un hijo de puta.

No, definitivamente esa no sería la actitud de Giovane.

Escuché que volvieron a golpear, y Mila saltó de mi regazo, corriendo a esconderse debajo de la cama como siempre hacía cuando sentía la presencia de extraños.

—¡Cobarde!

Me puse de pie. Aún no me había puesto el pijama, pero estaba lo suficientemente decente como para abrir la puerta y ver quién era. Tenía el alquiler al día, así que no esperaba al dueño del departamento, aunque quizás algo había ocurrido para que el portero estuviera llamando a los vecinos.

Me asomé por la mirilla, pero no reconocí al tipo parado en el pasillo. Llevaba una chaqueta de cuero negra y tenía la cabeza rapada. No podía asegurar nada sobre él, pero su sola presencia me provocó un escalofrío inquietante.

—¿Quién es? —Abrí la puerta con el pestillo para que la cadena impidiera entrar al tipo.

—¿Gabriela? —Sabía mi nombre y eso me hizo dudar aún más.

—Sí, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Romero, tu novio me envió a recogerte.

—¿Novio? —Di un paso atrás—. No tengo novio.

—Giovane Bellucci.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que vengas con nosotros.

—Puedes decirle que no voy a ninguna parte —contesté con firmeza, como debí haberlo hecho desde mucho antes, antes de que las cosas se salieran de control.

—No es el tipo de hombre que usted espera, señorita.

—Me importa un carajo el tipo de hombre que sea. Solo sé que es un cretino, y ya estoy cansada de ser su maldito juguete.

—Podría ser más fácil...

—¡Lárgate!

El hombre golpeó la puerta con la mano, mostrando que no estaba muy contento con mi reacción, pero la cerradura le impidió

entrar.

—¡Ven conmigo!

—No.

Miré alrededor del living, buscando mi celular. ¿Cuánto tiempo tendría hasta encontrarlo y llamar a la policía? ¿Llegarían a tiempo para sacarlo a patadas de aquí?

—No hagas esto más difícil para ti —dijo, impaciente.

—Vuelve y dile a Giovane que no voy a ninguna parte.

Me miró con fastidio, perdiendo la paciencia, y embistió la puerta con el hombro. La cadena se rompió con el golpe, y el tipo irrumpió en mi departamento. Grité, presa del pánico, mezclando miedo y desesperación, pero antes de que los vecinos pudieran enterarse, sacó una pistola y la apuntó directo entre mis ojos. Tragué saliva con fuerza.

—Si sigues haciendo ruido, te mato —dijo en un tono bajo y muy tranquilo que hacía que la amenaza fuera aún más aterradora.

Apreté los labios para no dejar escapar ningún sonido y las piernas empezaron a temblarme de miedo. Incluso podría tener el impulso de correr, pero no me llevarían a ninguna parte.

Son la mafia...

Es peligroso...

Todas las advertencias que Rosi me había hecho para que me alejara de Giovane empezaron a sonar en bucle en mi cabeza, aumentando aún más mi desesperación mientras aquel tipo seguía apuntándome con la pistola.

—Ven conmigo en silencio.

No asentí, pero tampoco tenía muchas opciones. No era como si el tipo estuviera pidiendo por favor.

—Yo...

Me puso la pistola en la boca para que me callara.

Rosa tenía razón. Enredarme con ese hombre había sido una maldita pesadilla, peor de lo que jamás imaginé.

¿Qué me iban a hacer?



Capítulo diecinueve

Se acabó...

Para ser honesto, había durado mucho más de lo que debería, ella era una distracción que terminó siendo frecuente y estaba en una delgada línea que podría haberme complicado. De hecho, lo hizo.

Estoy embarazada...

Todavía podía escuchar su voz en mi cabeza soltando esa bomba, queriendo que le creyera. Era más fácil fingir que todo era mentira, así no tendría que enfrentar a mi padre, al tío Marco o a Dante para admitir que, al igual que mis hermanos, yo también la había cagado.

Esperaban que hiciera un matrimonio mínimamente decente, que eligiera a alguien como Graziela que pudiera darme hijos y

mantener a mi familia más cerca de otras figuras importantes de la mafia. El amor no importaba, el anillo sí, pero yo no sentía amor por Gabriela, era pura lujuria. Tener sexo con ella era bueno, incluso cómodo, porque la tenía a mi disposición incluso en los días más aburridos o estresantes del trabajo.

Mi familia aún lidiaba con los restos de los Nuvoletta, que seguían buscando venganza. Los enemigos son como cucarachas: difíciles de exterminar del todo, y cuando menos lo esperas, reaparecen.

Descubrimos a uno de ellos infiltrado, delante de nuestras narices, como uno de los empleados de la empresa. Aunque no tenía acceso a los archivos de la mafia, intentaba conseguirlos y pasaba toda la información que encontraba. El problema era que Ettore pensaba que no era el único.

Mi celular comenzó a vibrar sobre la mesa del escritorio. Pensé que era mi hermano mayor, pero el número era desconocido. Aun así, contesté. Podría ser algo relevante.

—Tenemos a tu chica. —La voz al otro lado era extraña y distorsionada—. Sabemos que está embarazada.

—¿Qué? ¿Quién es?

Al momento siguiente, la persona al otro lado colgó.

—¡Maldita sea! —gruñí, furioso.

Fuera quien fuera, había tenido las agallas de meterse con un Bellucci. Y si su objetivo era provocarme, lo había logrado.

—¿Qué pasa, Giovane? —Mi padre abrió la puerta, tomándome por sorpresa.

—Perdí una partida —respondí con una sonrisa fingida, negando con la cabeza.

En el fondo, mi familia sabía que me acostaba con Gabriela. No había sido la persona más discreta del mundo, sobre todo

cuando ocurría en la empresa. Nicolae y Ettore la vieron salir de mi despacho varias veces, pero no comentaron nada. Tener una amante con la que acostarme era mi derecho, siempre y cuando no hiciera una colección de ellas.

Sin embargo, lo que no podían enterarse era que estaba embarazada. Para ellos, la sangre y la familia lo eran todo. Si se enteraban de eso, me obligarían a casarme con ella. Y antes de que pudiera demostrar que el hijo no era mío, ya estaría enredado hasta el cuello.

Aunque, pensándolo bien... ¿y si era mío?

La llené con mi semen tantas veces que ni siquiera recuerdo cuántas. Biológicamente hablando, había muchas probabilidades de que el niño fuera mío, aunque la idea me resultara insoportable.

Pero mis padres no se detendrían en tecnicismos. Si la había embarazado, me obligarían a quedarme con ella. Y lo último que quería era casarme con Gabriela. Esto había sido divertido... pero nada más. No quería casarme con ella ni con nadie, al menos no por ahora.

Le eché muchos polvos, de las formas más placenteras posibles, pero eso fue todo...

No quería casarme tan pronto con Gabriela ni con ninguna otra mujer. Todos mis hermanos ya tenían familia, mi madre tenía varios nietos y no era mi deber unirme a eso.

Pero si se enteraran...

—¡Mierda!

Quienquiera que fuera el bastardo que me llamó, acababa de complicarme la vida. Solo había una forma de solucionar esto: encargarme yo solo del problema. Nadie de mi familia podía enterarse, ni mis hermanos ni mis padres. De ninguna manera. La noticia del embarazo y el secuestro de Gabriela no debía llegar a ellos.

Conecté el celular al ordenador para intentar rastrear el número. Tenía que averiguar quién me había llamado y dónde encontrarlo.

Necesitaba ser un poco cauto y actuar racionalmente, porque quien había hecho esto no era tan estúpido como para no conocer los riesgos de provocar a un Bellucci y probablemente esperaba atraer no solo mi atención, sino la de toda mi familia, porque no solíamos actuar solos. Sin embargo, esta vez sería diferente...

Resolver el problema solo era aún más arriesgado. Pero el hecho de que no lo supieran era algo que tenía a mi favor.

Una parte de mí pensó en dejar que se quedaran con ella. Así me libraría de un problema potencial. Pero sabía que era mentira. Si no hacía nada, tarde o temprano alguien más en mi familia se enteraría, y cualquier oportunidad de mantener todo en secreto se esfumaría.



Capítulo veinte

Mi garganta ardía, sentía cómo mis cuerdas vocales raspaban después de tanto gritar durante las últimas dos horas, o quién sabe cuánto tiempo había pasado desde que me tiraron en ese cuarto oscuro y claustrofóbico.

El lugar estaba en condiciones deplorables, con moho en las paredes y una pequeña ventana, de esas típicas de baño, por la que era imposible escapar. Solo había un colchón viejo tirado en el suelo, encajado entre la pared y la puerta, sin ninguna preocupación por mi comodidad ni higiene.

Imaginaba que seguíamos en Roma por el tiempo que había pasado en el coche, pero no podía estar segura, porque me habían puesto una bolsa negra en la cabeza, que me impedía ver la carretera, y solo me la quitaron cuando me metieron en aquel lugar.

Tenía sed, pero eso no parecía peor que el hecho de que estaba aterrorizada.

¿Qué me pasaría?

Me alejé de la puerta y me senté en el colchón, doblando las piernas en posición fetal. Estaba tan aterrorizada que ni siquiera podía llorar.

No te metas con ese tipo...

La voz de advertencia de Rosa resonó en mi cabeza y me recordó lo estúpida que había sido. Ella me había dicho muchas veces que Giovane Bellucci era problemático, que su familia mafiosa podía ponerme en peligro, pero nunca imaginé que acabaría secuestrada en una habitación estrecha.

Tragué saliva, sintiendo el nudo en la garganta mientras me pasaban por la cabeza todas las cosas horribles que podían hacerme ahí. No parecía que tuvieran intención de dejarme ir.

Me removí en el colchón, conteniendo la respiración cuando oí el chirrido de la puerta abriéndose. Un hombre entró, debía tener unos cuarenta o cincuenta años, con el rostro cruzado por una cicatriz fea que me hizo apartar la vista instintivamente.

Tenía la mandíbula apretada, y me vi obligada a mirarlo fijamente mientras agarraba mi cara con furia y salvajismo.

—No puedes mirarme, ¿verdad, cariño? —Gruñó con los dientes tan cerca de mi nariz que pensé que iba a morderme como un perro feroz—. Esto es lo que hizo la familia de tu novio cuando mató a la mía.

—Suéltame, por favor —gemí.

Se rió de una forma terrible y aterradora que me heló hasta los huesos.

—Crees que te vas a librar de mí, ¿verdad? Eres mi cebo para atraer a los Bellucci y acabar con ellos.

—No les importo —dije sin pensar, pero pronto me di cuenta de que podía ser un gran error. Un hombre así no me dejaría marchar solo porque pensara que ya no le era útil.

Iba a matarme... Esa certeza atravesó mi mente como una daga y me dejó paralizada por el miedo.

—Eso lo veremos. —Sonrió, con una expresión aún más perversa, observándome como si pudiera ver más allá de mis ojos hinchados y el terror en mi cara—. Eres bonita… Ya entiendo lo que ese mocoso vio en ti, aunque no seas del mundo de la mafia.

—Por favor... —Me estremecí de miedo ante aquella mirada depredadora.

—Cállate. —Me tapó la boca con su mano gruesa y callosa, interrumpiendo mis gritos, y lo único que pude hacer fue murmurar.

De repente, su otra mano me agarró un seno, apretándolo con brusquedad a pesar del sostén y la blusa que lo cubrían. Sentí el asco recorriéndome el cuerpo. Intenté gritar, pedir ayuda, pero su mano apretada sobre mi boca ahogó mis gritos, dejándolos en simples gemidos sofocados.

Mis manos estaban libres, así que intenté empujarlo con todas mis fuerzas, apartando su mano de mi pecho. Él no lo tomó bien. Agarró mi cara y la empujó con violencia contra la pared, dejándome aturdida con un dolor pulsante en la cabeza.

—Pequeña putita, compórtate.

Suéltame... Otro grito quedó atrapado en mi garganta.

—Antes de que ellos lleguen, voy a divertirme contigo. —Su risa retorcida me heló la sangre—. Ya me imagino al Bellucci pensando en lo que hice contigo…

No quería a ese tipo encima de mí, y mucho menos que me tocara, pero cada vez era más evidente que no le preocupaba mi opinión.

Gemí, forcejeé y recibí bofetadas que me marearon aún más.

Él soltó mi boca solo para agarrarme de las muñecas y tirarme contra el colchón. Luego se subió sobre mí, aplastándome con su peso.

—¡Auxilio! —grité, pero mi voz era débil, rota de tanto gritar antes.

—Mmm… hueles bien. —Aspiró el aire cerca de mi cuello y luego pasó la lengua por mi piel, provocando que mi estómago se revolviera—. Me pregunto qué pensará ese Bellucci cuando sepa que me violé a su novia embarazada.

—Suéltame. —Intenté forcejear, darle una patada, pero el peso de su cuerpo sobre el mío era intenso e inhibía mis movimientos. Era demasiado alto y corpulento para que yo tuviera fuerzas para empujarlo.

—¡Silencio, puta de mierda!

Soltó una de mis muñecas y metió la mano sin cuidado bajo mi blusa, subiéndola hasta meterse en mi sostén y apretar mi pecho de forma dolorosa. Estaba muy sensible por el embarazo, lo que hizo que el dolor se intensificara.

Lágrimas de dolor y asco brotaron de mis ojos, aún más intensas por mi desesperación. Quería luchar, pero no me veía con fuerzas.

Ladeé la cabeza y le mordí el hombro con todas mis fuerzas en un intento desesperado por liberarme, pero solo conseguí que el hombre se enfureciera aún más conmigo.

—¡Maldita puta! —Me soltó la otra muñeca y me agarró del cuello, estrangulándome de una forma que me inmovilizó por completo. No podía moverme ni gritar, mis brazos estaban dirigidos a tirar de los suyos, pero no podía. El tipo se limitó a empujarme aún más contra el viejo colchón.

Sin dejar de apretar mi cuello, su otra mano subió mi blusa de un tirón y empujó el sostén hacia arriba, dejando mis tetas al descubierto. Se lanzó sobre uno de mis pezones y traté de gritar, pero lo único que salió fue un gemido ahogado por la falta de aire.

El miedo, el asco y la desesperación me invadían por completo, haciéndome sentir como si mis huesos se quebraran. Aunque había escuchado historias similares, nunca pensé que viviría algo así. No estaba preparada. Jamás imaginé que me podrían violar.

Tener a alguien más fuerte que yo haciendo algo que definitivamente no quería hacer era lo peor del mundo.

Su asquerosa lengua recorrió mis pechos sin ningún respeto por mis deseos y alimentó todo mi terror.

—Eres toda una delicia, putita...

¡Vomitaría!

El ácido subió por mi garganta, pero fue empujado de vuelta por la presión de sus dedos en mi cuello, que apenas me dejaban respirar.

Me mordió y besó los pechos de una forma que solo hizo que me brotaran más lágrimas de los ojos. Cuanto más intentaba forcejear, más me apretaba los dedos contra el cuello y más me costaba respirar.

—Silencio o te mato.

Estaba tan asustada que era difícil saber cómo reaccionar.

De repente, aflojó el agarre y su mano libre bajó por mi vientre, tirando del elástico de mi short y llevándose mi ropa interior con él. Estaba depilada, pero no para él. Aun así, su sonrisa cínica revelaba que le encantaba lo que veía.

—¡Qué delicia!

Vi el hambre en sus ojos y el miedo subió aún más dentro de mí, haciéndome llorar aún más.

—¡Socorro! —Una vez más mi voz salió completamente apagada.

Apreté los muslos con fuerza, intentando impedir que me quitara la ropa por completo, pero no pude con su fuerza. Me las quitó de un tirón y las arrojó a un rincón de la habitación del pánico.

—Abre las piernas —me ordenó y no obedecí—. ¡Ábrelas!

Empecé a patalear y a dar patadas, intentando apartarlo, pero me dio una dolorosa bofetada en el muslo.

—No podrás hacer nada, así que es mejor ser amable.

—¡Ayuda!

Se cansó de intentar abrirme las piernas y las levantó, colocándolas sobre su hombro. Sin soltarme el cuello, su mano llegó hasta mi entrepierna. Acarició el exterior como si tuviera algún derecho, luego introdujo un dedo de golpe. La fricción me provocó un ardor insoportable porque no estaba ni remotamente preparada para eso.

La sombría sonrisa de su rostro demostraba que no le importaba.

—Puedes hacerlo mucho más fácil para los dos —murmuró, sacando el dedo y dándome una palmada humillante.

No me importaba lo que dijera, no iba a ceder.

—¿Qué mierda pasa aquí? —una voz rugió desde el pasillo, y de repente el hombre que me abusaba fue arrancado hacia atrás.

Era el mismo hombre calvo que me había traído a este lugar, pero por algún milagro no parecía estar de acuerdo con mi violación.

—Solo me estaba divirtiendo —dijo el agresor, acomodándose con una sonrisa desvergonzada.

—No vale nada para nosotros muerta.

—¿Quién dijo que iba a matarla?

Mientras discutían, me subí de nuevo la blusa y oculté lo mejor que pude la parte inferior de mi cuerpo. Intentaba recuperar algo de la decencia que me habían quitado.

—Si yo no hubiera llegado, ¿te la habrías violado?

—Como si no lo mereciera.

—¡Fuera de aquí, Aldo!

—Pero...

—¡Vete!

Ambos me dejaron sola de nuevo y cerraron la puerta con llave. Me levanté rápido, temblando, y busqué mi short y la ropa interior, vistiéndome mientras seguía llorando sin control.

Aunque Aldo no había tenido tiempo de meterme la verga, su dedo había sido suficiente para hacerme arder y sentirme violada.

Nunca me había sentido tan sucia ni tan asqueada de mí misma. Estaba hecha pedazos, y lo peor era que aún no sabía cuánto más me esperaba.



Capítulo veintiuno

Tuve que admitir que habría sido mucho más fácil hacerlo con la ayuda de Ettore. Por muy gran hacker que fuera, dos grandes mentes funcionaban mejor que una.

Quienquiera que estuviera al otro lado, había tenido cuidado de ocultar mínimamente sus huellas.

El número de teléfono no llevaba a ninguna parte: era uno de esos chips desechables que se venden para turistas en puestos por toda la ciudad. No tenía ningún registro asociado ni nada útil. Tendría que esperar a que me llamaran de nuevo para intentar triangular la señal y ubicar la dirección desde donde provenía la llamada.

Llevaba al menos tres horas desde la última vez que había recibido su llamada, esperando a que marcaran otra vez para

rastrear el origen. Pero necesitaba un plan. Tenía que reconocer que no era como Thiago; no podía lanzarme a lo loco e imaginar que iba a salir de ahí sin un rasguño. Nunca fui el tipo de persona que se pone en la primera línea de fuego. Siempre estaba detrás, manejando los drones o hackeando sistemas para que otros hicieran el trabajo sucio.

La puerta de mi habitación se abrió y estaba tan concentrado que me sobresalté.

—Ya es tarde, hijo —dijo mi madre, echando una rápida mirada entre la pantalla llena de códigos incomprensibles para ella y mi rostro—. Suelta ese jueguito y vete a dormir.

—Estoy ocupado —contesté con fastidio, sin darle más detalles sobre lo que realmente estaba haciendo.

Podía haberme convertido en un hombre adulto, pero para ella seguía siendo su bebé, su hijo más chico, sin importar cuántos años pasaran.

—Mañana continuarás.

—Buenas noches, mamá —respondí con sequedad, empujando la puerta para que se fuera.

—Pero...

—Buenas noches. —Lo dejé fuera y volví a encerrarme en mi habitación.

Tenía algo muy urgente que resolver, pero no iba a decírselo ni a ella ni a nadie de mi familia.

Seguía revisando datos y más datos, pero todo parecía un callejón sin salida. No tenía idea de por dónde empezar.

Tal vez Thiago sabía...

¡No! No podía pedir ayuda, y menos a mi sanguinario primo. Puede que a él se le diera bien rastrear a la gente a la manera

analógica de hacer las cosas, pero yo tenía toda la tecnología de mi parte.

Mi móvil empezó a vibrar sobre la mesa y lo tomé antes de que sonara.

—¿Dónde está?

—Se te acaba el tiempo, Bellucci. —La voz distorsionada del otro lado no hizo más que avivar aún más mi furia.

—¡Auxilio! —Escuché el grito desesperado de Gabriela, y por primera vez, el peso de lo que estaba ocurriendo me golpeó. Una sensación de incomodidad y preocupación me invadió. Por más que quisiera resolver esto solo, no podía permitir que le hicieran daño.

—No le hagas daño...

—No estás en posición de exigir nada.

—¿Qué es lo que quieres? —Intenté ganar tiempo mientras el ordenador terminaba de rastrear el origen de la llamada.

—Las cabezas de todos los de su familia, empezando por Thiago y Dante. —Antes de que pudiera responder, la llamada se cortó. Supe de inmediato que esto era una trampa. Querían atraer a mi familia, pero no contaban con que yo planeaba resolver esto por mi cuenta.

Mi padre diría que estaba loco, o que buscaba suicidarme, pero no había opción: tenía que encargarme yo mismo. No podía negarlo, esto era culpa mía. Dejar desprotegida a una mujer con la que me estaba involucrando había sido un error imperdonable.

Lo peor era que no tenía idea de cómo sabían que ella estaba embarazada.



Capítulo veintidós

Acurrucada sobre el colchón, masajeaba mi cuello adolorido mientras no podía controlar el llanto. El miedo me consumía, aterrada de que Aldo volviera a entrar a esa habitación y terminara lo que había empezado.

Quise correr cuando oí el ruido de la puerta al abrirse, me habría tirado por la pequeña ventana si hubiera tenido fuerzas, pero ni siquiera pude levantarme del colchón.

Cuando vi unos pies pequeños entrar al cuarto, alcé la cabeza para mirar quién era. El susto fue inmediato al reconocer un rostro que jamás imaginé encontrar en un lugar como ese.

—Ro-Rosa...

—¿Qué tal estás? —La mujer a la que solía considerar una amiga se acercó y puso una bandeja de comida a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con la boca abierta.

—Siento mucho lo que Aldo intentó hacerte. Ese cobarde prometió que no volverá a pasar.

—¿Sabes quiénes son estos hombres? —pregunté, en estado de shock.

—Son mi familia. —Se sentó junto a mí e intentó tocarme el hombro, pero me aparté con asco.

¿Cómo alguien en quien yo confiaba podía estar involucrada en todo esto?

—Aléjate de mí.

—Gaby…

—Necesito salir de aquí.

—Por desgracia, eso no será posible.

—¿Por qué no? —Apreté los dientes, enfadándome.

—Eres una carnada para atraer a los Bellucci.

—¿¡Carnada!?

—Te dije que no te involucraras con ellos.

—Entonces déjame ir, por favor...

—No puedo, no ahora que está embarazada de Giovane. Familia por familia.

—¿De qué estás hablando?

—Harán lo que sea para recuperarte y aprovecharemos para vengarnos.

—¿Qué te han hecho? —pregunté, aún intentando asimilar el hecho de que estaba allí por culpa de una de las pocas personas en las que confiaba en Roma. Seguramente aquellos hombres sabían de mi embarazo gracias a ella.

—Mataron a mi familia.

—Lo siento...

—¡Van a pagarlo! —escupió, apretando los dientes con rabia.

—Entiendo que estés enfadada, pero no es asunto mío.

—Te advertí que no te involucraras, Gaby. Dije que era peligroso.

—Lo sé, lo entiendo. Ahora, por favor, déjame ir.

—No puedo.

—Pero, Rosa...

—Come, Gaby —dijo, levantándose mientras señalaba la bandeja con un sándwich y un vaso de jugo—. Tú y el bebé necesitan alimentarse.

—¡Rosa! —grité desesperada, pero ella me dejó encerrada en la habitación como si no le importara lo que pudiera pasarme a partir de ese momento.

Te advertí que no te involucraras, Gaby...

Su voz seguía resonando con matices de tortura en mi mente.



Capítulo veintitrés

Rastreé la llamada hasta una vieja fábrica abandonada en las afueras de Roma. Era una zona pobre, rodeada solo por casas precarias, el tipo de lugar perfecto para esconder a una mujer sin levantar sospechas ni preguntas incómodas.

Salí de casa al amanecer y mis padres estaban dormidos, así que no tuve que responder a ninguna pregunta invasiva, pero dudaba que pudiera salirme con la mía a la mañana siguiente, aunque para entonces ya sería capaz de pensar en una buena excusa para convencerlos de que estaba haciendo otra cosa que no fuera ir a rescatar a una mujer a la que probablemente había dejado embarazada.

Subí a mi coche con todo el equipo que creía necesitar. Puede que no tuviera un ejército de guardaespaldas como Dante, ni

soldados a mi disposición como Thiago, pero podía confiar en mi inteligencia y en la tecnología que yo mismo había desarrollado.

Recientemente había realizado pruebas con Lola, nuestra inteligencia artificial, para que pudiera manejar algún tipo de armamento y este era el momento de ponerlo en práctica.

—¡Lola!

—Sí, Giovane. —Un rostro femenino apareció en el multimedia de mi coche.

—Hoy estamos los dos solos.

—Puedo ser buena compañía. —Su respuesta me hizo imaginar que no había entendido a qué me refería.

—Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué quieres que haga?

—Tendrás que manejar los drones y matar a algunos enemigos.

—¿Como el día del simulacro?

—Ahora es la vida real.

—Puedo hacerlo.

—Cuento con ello. —Arranqué el coche y me dirigí a la dirección que había obtenido triangulando la señal.

Era una trampa para toda mi familia, lo que significaba que si no tenía mucho cuidado acabaría muerto.

Me detuve una cuadra antes del lugar. Si entraba directamente, perdería cualquier ventaja mientras ellos seguían pensando que no estaba solo.

Abrí el maletero y dejé que los drones despegaran, mientras guiaba a Lola con mensajes de voz a través de mi reloj de pulsera, que era mucho más que un miniordenador para mostrarme la hora.

—En posición —dijo la voz mecánica de Lola a través del auricular.

—Cuidado con Gabriela.

—Sí, Giovane.

—¡Adelante!

Con mi orden, los drones se dispersaron, algunos entrando por las ventanas rotas y otros quebrando vidrios para abrirse paso. No era el método más discreto, pero serviría para distraer a quienes retuvieran a Gabriela.

Observé las imágenes transmitidas por las cámaras de los drones. Había algunas trampas por la zona, pero no detectaban guardias.

—Lola, ¿puedes detectar presencia humana?

—Solo hay una fuente de calor dentro del edificio.

—¿A qué te refieres?

—Parece que solo hay una persona.

¿Había llegado al lugar equivocado? Cada segundo perdido reducía las posibilidades de sacar a Gabriela con vida.

—¿Quieres que compruebe quién es?

—¡Claro que sí!

—Estoy en camino.

Vi en la pantalla cómo uno de los drones descendía por una escalera hasta llegar al galpón.

Había una columna en la parte inferior y reconocí a Gabriela atada a ella, como las brujas en las hogueras de la época de Salem.

—¿Qué mierda es esto? —solté entre dientes—. Lola, ¿hay alguien más con ella?

—No puedo identificar a nadie más.

—¿Es seguro entrar?

—Déjame confirmar.

—Hazlo.

Salí del coche y me dirigí a la fábrica. Hay que reconocer que no era exactamente lo que esperaba y que la situación en su conjunto me puso muy alerta. Saqué mi pistola y comprobé el número de balas del cartucho antes de apuntar hacia delante, mirando a un lado y a otro, a la espera de que apareciera alguien en alguna de las direcciones.

Estaba tenso, el sudor me chorreaba por las sienes y me ponía aún más nervioso. Había hecho muchos simulacros, pero nunca había ido solo a una misión. Si cometía un error, podía costarle la vida a Gabriela, lo que no hacía sino aumentar mi preocupación.

Disparé al candado de la puerta y se cayó. Tiré de la cadena y abrí de un empujón las puertas, entrando en un lugar polvoriento con hierbajos creciendo en el hormigón, luces rotas y cableado expuesto. Hacía mucho tiempo que no se cuidaba el lugar.

—¿Gabriela? —Llamé por ella.

—¿Giovane? —Su voz llegó como un suspiro, haciendo que soltara el aire que llevaba atrapado en el pecho.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

Me acerqué un paso más hasta que por fin pude verla atada a la columna. Tenía los brazos atados y los ojos tan enrojecidos que era fácil asegurar que había llorado mucho.

Yo estaba acostumbrado a ese mundo, a tratar con enemigos, pero para ella debía de ser lo más terrible del mundo.

Bajé el arma y me acerqué más. Podía sentir su respiración acelerada, lo que hacía que sus pechos subieran y bajaran con

fuerza. En otro momento habría disfrutado verla atada de esa forma, pero esta no era la ocasión.

—¿Dónde están los que te capturaron?

—No sé, me encerraron aquí y se fueron.

—No tiene sentido... —murmuré para mis adentros, tratando de atar cabos y encontrar la lógica en la situación—. Voy a soltarte. —Intenté cortar la cuerda, pero antes de que pudiera, Gabriela gritó.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Me pusieron una bomba.

—¡Maldita sea! —refunfuñé con rabia.

—Querían que explotaras cuando llegaras a rescatarme.

—¡Mantén la calma!

—Es difícil mantener la calma después de todo lo que he pasado —me gruñó.

—Te sacaré de aquí.

—Si no explotamos antes…

—Tienes que confiar en mí. —Di la vuelta alrededor de la columna para examinar la situación con más cuidado.

—Como si ese no hubiera sido mi primer error…

Dejé que siguiera quejándose mientras examinaba el cable que estaba enrollado entre las cuerdas que ataban sus muñecas. El maldito bajaba hasta un panel en el suelo, rodeado de C-4, suficiente para volar todo el barrio. Parecían leños dispuestos para una fogata, pero esto era mil veces más peligroso.

Realmente tenían intención de matarme a mí y a quien viniera, por mucho que corrieran.

Deslicé la mirada hacia el panel. No era una bomba común, de esas en las que cortas el cable correcto y listo. No, este circuito estaba diseñado de tal forma que, si me atrevía a cortar cualquier cable al azar, se activaría de inmediato.

—¿Puedes desactivarla? —Gabriela dejó de pelear conmigo. El miedo se colaba en su voz, delatando su deseo de salir de ahí con vida.

—Sí, puedo. —Mentí, porque decirle la verdad no ayudaría en nada en ese momento.

Incluso si fuera tan cruel como para salir corriendo y dejarla allí sola, podría llegar hasta mi coche, pero dudaba que pudiera conducir lo suficientemente rápido como para escapar del radio de la explosión.

La única opción era desactivar la bomba, evitar que detonara.

Miré el panel de control: la cuenta regresiva ya estaba en dos minutos y seguía bajando, segundo a segundo. Cuando llegara a cero, todo volaría en pedazos, incluyéndonos a nosotros. La única manera de detenerla era ingresando la clave de cuatro dígitos. El problema era que había millones de combinaciones posibles.

—¿Giovane? —me llamó, nerviosa al no poder ver lo que estaba haciendo detrás de ella.

—Espera...

—¿Has terminado?

—Todavía no.

No había empezado y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Los dos minutos se convirtieron de repente en minuto y medio y el tiempo pasaba cada vez más rápido. Desde luego, ésta no era la forma en que había planeado morir.

Gabriela murmuró algo, probablemente una oración. La verdad, si había un momento para pedir un milagro, era este.

Saqué mi teléfono móvil y utilicé un decodificador de contraseñas que había creado mi padre y que habíamos perfeccionado a lo largo de los años. Lo acerqué al panel y esperé a que empezara a procesar las infinitas posibilidades hasta dar con la correcta.

—¿Giovane?

—Tranquila. —Era lo único que podía pedirle.

—¿Tranquila? ¿En serio? ¡No puedo quedarme tranquila!

—Necesito concentrarme.

—No quiero morir así.

—¿Crees que yo quiero? —le gruñí, sintiendo cómo la desesperación comenzaba a apoderarse también de mí.

Mis latidos se aceleraban al ritmo que los segundos desaparecían del contador. Ya solo faltaban treinta segundos y el programa seguía buscando el último dígito de la clave. Estábamos a punto de volar antes de que pudiera hacer algo.

Una gota de sudor goteó de mi sien y cayó sobre el salpicadero, pero no tuvo ningún efecto sobre el tiempo, que seguía disminuyendo.

Diez segundos...

Voy a morir y Gabriela también.

Quedaban exactamente siete segundos cuando mi programa encontró la contraseña y me apresuré a teclearla en el panel. Si no era correcta, no habría tiempo para volver a intentarlo.

Contuve la respiración durante un angustioso segundo hasta que el panel procesó la contraseña. Solo quedaban dos segundos antes de que se apagara.

—¡Uf! —Caí de espaldas, sintiendo que el peso del mundo se desprendía de mis hombros y era sustituido por una mezcla de euforia y agotamiento.

—¿Lo conseguiste? —Gabriela seguía sin ver.

—Sí.

—Entonces sácame de aquí. —Intentó zafarse, pero las cuerdas seguían sujetándola.

Saqué una navaja del bolsillo y corté las ataduras de sus muñecas y tobillos. Gabriela trastabilló, pero logró mantener el equilibrio antes de caer de cara al suelo.

Di la vuelta a la columna y sujeté su rostro entre mis manos.

—Me alegro mucho de que estés bien. —Me incliné para besarla, pero antes de que pudiera, Gabriela me dio una bofetada en la cara, dejándome confuso.

—¡Aléjate de mí! —gruñó, enseñando los dientes como un animal feroz.

—Deberías estar más agradecida considerando que acabo de salvarte la vida.

—Para empezar, terminé aquí por tu culpa. Querían vengarse de ti y de tu familia. Si no me hubiera metido contigo, esto jamás habría pasado.

—No vas a decir que te arrepientes...

—¿Que si me arrepiento? —Se rió con amargura, y pude ver lágrimas acumulándose en las comisuras de sus ojos—. Arrepentimiento es poco. Maldito sea el día en que busqué información sobre ti y arruiné mi vida. Si no lo hubiera hecho, no habría terminado embarazada, secuestrada y... violada.

—Espera, ¿violada? —Esa palabra me golpeó como un puñetazo en las tripas.

—Querían divertirse con la puta de Bellucci —escupió con odio, pero las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, suave como la seda, y me quedó claro que todo eso era culpa mía.

—¿Quién lo hizo? —Me consumía una rabia tan intensa que me hizo darme cuenta de que tenía un lado tan sanguinario y asesino como el de mi primo Thiago. Solo quería un nombre para causar la muerte más cruel que mi imaginación pudiera proporcionarme.

—No importa. —Dio unos pasos tambaleantes, tratando de alejarse de mí.

—Espera. —Le sujeté la muñeca, obligándola a detenerse—. Nadie te toca y se va sin pagar.

—Tú lo hiciste —volvió a gruñir—. ¡Aléjate de mí!

—Gabriela...

—No quiero que te acerques a mi bebé.

—Espera...

—¡¡¡Suéltame!!! —Su grito agudo resonó en todo el galpón vacío y me hizo soltarle la muñeca.

La vi seguir caminando, alejándose todo lo que sus piernas débiles le permitían.

—¿Adónde crees que vas?

—Lo más lejos posible de ti.

—Voy a llevarte a casa.

—¡No!

—Está muy lejos de donde vives. ¿Cómo crees que llegarás sin dinero y en plena noche?

—Voy a tomar un taxi.

—Aquí no es un lugar donde suelen pasar taxis.

—Me las arreglaré.

—Gabriela. —Corrí tras ella y volví a agarrarla del brazo—. Deja que te lleve a casa, por favor. Este no es un lugar seguro. Mi

coche no está lejos de aquí.

—¿Para qué? —Sus lágrimas se hicieron aún más intensas—. ¿Para que me trates como tu juguete y luego dejes que tus enemigos vuelvan a secuestrarme, violarme y matarme?

—¡Eso no volverá a ocurrir! —Sus palabras me pesaban en la conciencia como una losa, encendiendo mi furia aún más.

Me carcomía la rabia por lo que había sucedido y la posibilidad de que alguno de mis enemigos hubiera puesto un dedo sobre ella. *Ella era MÍA*.

—No va a pasar, porque me voy tan lejos como pueda de ti.

—¿Gabriela?

—Te dije que te alejaras de mí.

—Vamos al coche, por favor...

Dudó un momento, pero terminó aceptando, dándose cuenta de que no tenía otra opción. Caminó delante de mí, aún pisando con rabia, mientras yo me sentía como si me hubiera pasado por encima un camión. Estaba claro que desactivar una bomba segundos antes de que explotara no sería el mayor de mis desafíos.



Capítulo veinticuatro

Abrí la puerta del coche de Giovane y salí antes de que terminara de estacionar frente al edificio donde yo vivía. Solo quería alejarme lo más posible de ese mafioso. Estaba tan aterrada por lo que había pasado que seguía esperando despertarme y confirmar que todo había sido una maldita pesadilla.

Para empeorar las cosas, Rosa había sido una de las cómplices de mi secuestro. Y, sí, la culpa era mía, porque ella me lo había advertido. Giovane Bellucci no era el tipo de hombre con el que debía haberme involucrado. No solo porque me usaría hasta cansarse y luego me tiraría como un juguete viejo, sino porque nunca fue alguien seguro.

—Gabriela... —Salió del coche y vino por mí.

—Ya me dejaste en casa, ahora desaparece.

Era de madrugada. Seguro todos los vecinos seguían dormidos, y probablemente el dueño del edificio me daría un sermón por romper la regla del silencio, pero eso era lo que menos me preocupaba en ese momento.

Corrí al interior del edificio y cerré la puerta, dejando fuera a Giovane. Si tuviera un mínimo de sentido común, no volvería a cruzarse en mi camino.

Estaba tan enfadada y traumatizada que no podía pensar en otra cosa que en salir de allí lo antes posible.

Subí corriendo las escaleras hasta mi apartamento y encontré a Mila, mi gata, dormida en el tapete de la entrada. Probablemente había escapado cuando me secuestraron. Había arañado la puerta intentando entrar, pero al no lograrlo, se había enroscado ahí mismo para dormir.

—Hola... —murmuré mientras me acercaba a ella. Nada me hacía más feliz que poder abrazar a mi gata.

—*Miau.* —Frotó su carita peluda contra la mía, demostrando que también me había extrañado.

—Nos vamos de aquí, ¿sí? —Abrí la puerta, que estaba sin seguro, y encontré todo tal como lo había dejado antes de ser secuestrada.

Mila saltó de mis brazos y fue directo a su plato de comida y su bebedero. Tenía hambre. Yo también debería, pero el miedo y el trauma me tenían tan paralizada que lo último que se me ocurría era comer.

Tenía que salir de allí...

Los que me habían secuestrado podían volver, sabían dónde vivía y el plan para matarme a mí y a Giovane no había funcionado, señal de que tendrían que esforzarse más la próxima vez, pero yo no quería estar allí la próxima vez.

Fui a mi cuarto, saqué una maleta de debajo de la cama y comencé a vaciar mi armario a toda prisa, metiendo todo sin orden. No me importaba si la ropa se arrugaba o no cabía; tenía que empacar lo más rápido posible.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Jadeé, me llevé la mano al pecho y me volví hacia la puerta de la habitación para encontrarme a Giovane de pie mirándome fijamente.

—¿Cómo entraste aquí?

—Una cerradura no va a dejarme afuera.

—No te quiero aquí, ¡vete!

—Gabriela...

—¡Fuera de aquí! —Tomé una vela perfumada de mi mesita de noche y la lancé en su dirección, obligándolo a moverse para evitar que le diera en la frente.

—¿A dónde vas con esa maleta?

—Creía que eras más inteligente.

—¿Adónde quieres ir?

—Como he dicho, lo más lejos posible de ti, de tu familia y de tus enemigos.

Quería volver a mi casa en Brasil, donde podría quedarme con mis padres y reestructurar mi vida después de aquel enorme error de involucrarme con Giovane.

—Quiero que te quedes aquí...

—Me importa un bledo lo que quieras. ¿No crees que ya me has jodido bastante la vida?

—Voy a protegerte, Gabriela. No volverán a acercarse a ti.

—¿Protegerme? —Me reí con un sabor amargo en la boca. Desde que tuve la terrible idea de buscarlo en la *Deep Web*, he estado de todo menos protegida—. Si no puedes cuidarte ni a ti mismo, ¿cómo esperas cuidar de mí?

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—Probablemente no, así que será mejor que vaya a un sitio que conozca bien. —Cerré la maleta y tuve que subirme encima para bajar la cremallera.

No podía llevar todo, pero ya tenía lo esencial. Lo demás lo resolvería después. Solo pensar en lo que había pasado me ponía más nerviosa, y la necesidad de escapar era cada vez más urgente.

—Gabriela... —Giovane me agarró del brazo y yo gruñí furiosa, tirando de él para que me soltara.

—Te he dicho que me dejes en paz. —Apreté los dientes mientras lo miraba con odio.

—Esto es ridículo.

—¿Ridículo? —repetí, incrédula.

Dejé la maleta y tomé una mochila, en la que guardé mi portátil y otros aparatos electrónicos. Por último, tomé la bolsa de transporte de mi gata y fui a recogerla. Mila se quejó un poco, no quería dejar el hogar que conocía, pero definitivamente no era un lugar seguro para nosotras.

—¡Gabriela, detente! —Giovane intentó sujetarme de nuevo, pero yo lo esquivé—. No te dejaré ir a ninguna parte.

—¿No me dejarás? —No sabía si reír o llorar ante esa frase—. No eres nadie para creerte con derecho a darme órdenes.

—Yo... —Dudó, tratando de encontrar un argumento. Quizás no era tan listo como creía—. Soy tu jefe.

—Si no te diste cuenta, ya renuncié.

—¡Gabriela!

Arrastré mis cosas hasta el pasillo y lo dejé de pie en medio de la habitación.

No había nada que deseara más que salir de ahí lo antes posible. Estaba convencida de que volver a casa, con mi familia, era la única forma de estar segura.



Capítulo veinticinco

No sabía qué hacer...

Fue la peor sensación que he experimentado nunca, porque siempre tenía una solución preparada para todo. Yo era listo, astuto, un genio, pero Gabriela me hacía sentir como un tonto.

Quería retenerla, mantenerla ahí para que no escapara, pero después de que la secuestraron por mi culpa, sabía que esa era la peor decisión que podía tomar. Al mismo tiempo, la idea de dejarla ir me carcomía por dentro.

Lo peor era que no me escuchaba...

No importaba cuánto gritara o le jurara que iba a protegerla, era como si estuviera sorda. Ninguna de mis palabras llegaba a ella.

Corrí tras Gabriela por el pasillo y agarré su mochila, obligándola a girarse hacia mí una vez más. Esos ojos marrones, que antes me miraban con puro deseo, ahora solo reflejaban furia.

—¿Me oyes?

—Eres tú quien no escucha, Giovane. —Me esquivó una vez más—. No quiero volver a pasar por eso. —Apretó los ojos y noté que una lágrima corría por su mejilla.

Solo imaginar que otro hombre pudiera tocarla, y peor aún, hacerlo a la fuerza, me hacía hervir la sangre y perder la cabeza. Jamás había sentido algo así, era una sensación nueva y brutal para mí.

—Solo necesito un nombre y te juro que lo mato. —Fue mi turno de apretar los dientes con furia.

—¿Matarlo? —Abrió los ojos, sorprendida—. Dios, ¿en qué me he metido? Vámonos, Mila. —Se marchó arrastrando la maleta y la gata.

¡Piensa, Giovane!

Todo estaba fuera de control. Sabía que no iba a lograr convencerla de quedarse, así que tomé un rastreador del interior de mi reloj y lo lancé hacia su mochila. El pequeño dispositivo se pegó al bolso y comenzó a parpadear en la pantalla de mi reloj. Al menos, de esa manera podría saber hacia dónde iba mientras pensaba en cómo arreglar esta situación.

Estaban tras mi familia, y el hecho de que ya hubieran descubierto que estaba involucrado con Gabriela hacía todo mucho más peligroso. No podía permitirme dejarla ir así como así.

Casi podía oír a mi hermano diciendo: *Te lo dije...*



Capítulo veintiséis

Tomé un taxi y me fui directamente a Fiumicino, el aeropuerto internacional de Roma. No miré atrás, no avisé a nadie. Solo huí con un pasaje de emergencia rumbo a Brasil. Ahí se fue una buena parte de mis ahorros al comprar un boleto directo para São Paulo. Y eso que aún me faltaba conseguir otro vuelo hasta mi ciudad natal.

No importaba...

Según mi instinto de supervivencia, desaparecer de Roma parecía lo correcto.

Rosa me había advertido sobre involucrarme con Giovane Bellucci, pero yo solo había imaginado un corazón roto y no todo ese lío.

Pasó una eternidad, o eso me pareció, hasta que por fin aterricé en el aeropuerto de Fortaleza.

Cuando el calor y el aire del mar me tocaron la cara, sentí un enorme alivio y la sensación de seguridad por fin volvió a mí y mi corazón dejó de acelerarse. Podría haber renunciado al sueño de vivir en Italia, pero no había nada más reconfortante que estar en casa y sentirme protegida.

En el aeropuerto, tomé un coche de la app para ir a casa de mis padres. Era última hora de la tarde y el sol se estaba poniendo cuando llamé al timbre de la pequeña casa situada a unas cuadras de la playa. Mis padres eran comerciantes de clase media que sacaron adelante a cuatro hijos. No tenían mucho dinero, pero nos dieron las oportunidades necesarias para que alcanzáramos lo que queríamos.

Siempre estuvieron orgullosos de mí… o al menos lo habían estado, hasta antes de volver sin nada y embarazada.

Acomodé la mochila con Mila encima de mi maleta y esperé, mirando hacia la puerta. No tardó mucho en abrirse.

—¿Gabriela? —Mi madre abrió los ojos de par en par y se sostuvo del portón, como si necesitara apoyo para procesar mi repentina aparición.

—Hola... —Esbocé una sonrisa incómoda.

—Hija, no nos dijiste que venías de visita. Ya sabes que mi hipertensión no soporta bien las sorpresas.

—Fue una decisión de último minuto —Improvisé, sin saber muy bien qué decirle antes de soltarle todo de golpe.

Para ser sincera, aún no se me había ocurrido qué contarles a mis padres sobre mi repentina decisión de volver a casa. No podía decirles que me había acostado con el dueño de la empresa en la que trabajaba, lo cual ya era de por sí un gran problema, pero para colmo, el tipo formaba parte de la mafia y sus enemigos casi me habían matado.

Y todavía faltaba lo del embarazo...

Mi vida se había desmoronado por completo ante mis ojos y aún no sabía cómo afrontarlo.

—¿Puedo pasar? —Señalé hacia el jardín.

—Sí, claro. —Mi madre se rió torpemente mientras abría más la puerta para que yo pasara—. Qué maleta tan enorme. Normalmente solo viajas con equipaje de mano. No habrás comprado media Roma para regalar recuerdos a todo el mundo, ¿verdad?

—Ojalá fuera eso... —murmuré por lo bajo, esbozando una sonrisa amarga. No tenía idea de lo jodida que estaba.

—¿Y esa de ahí? —Se inclinó para observar a la gata, que me miraba con su habitual expresión malhumorada desde la bolsa de transporte.

—Es Mila.

—Sí, me habías hablado de ella. —Sonrió con calidez mientras abría la puerta de la sala—. Fernando, mira quién está aquí —anunció a mi padre, que estaba sentado viendo la televisión.

—¡Hija! —Se levantó y se acercó a mí.

—¡Hola! —sonreí torpemente, devolviéndole el abrazo.

—¿Qué tal?

—Bien. —Era mentira, pero parecía la mejor respuesta por el momento.

—Qué agradable sorpresa, ¿verdad? —Mi madre estaba emocionada.

—¡Por supuesto! —Me rodeó los hombros con el brazo y siguió acercándome—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar, niña?

—¿Puedo poner las cosas en mi habitación? —Rápidamente cambié de tema.

—¡Claro que sí! —Mi padre me soltó y me dejó paso.



HERDEIROS DA MÁFIA · LIVRO IX

Giovane

Capítulo veintisiete

El indicador en rojo con las coordenadas de ella parpadeaba en mi monitor, pero la última vez que logré verla fue al desembarcar en el aeropuerto de Fortaleza, Brasil. Conseguí hackear las cámaras locales sin mucha dificultad y la seguí por un rato, pero perdí la señal cuando subió a un auto y tomó una carretera hacia un punto donde su ubicación se estabilizó.

Por la información que tenía sobre ella, era fácil deducir que estaba en casa de sus padres, pero demasiado lejos para que yo pudiera hacer algo, y mucho menos protegerla.

Una parte de mí incluso pensaba que era lo mejor. No debería preocuparme, ella eligió eso, podía lidiar con las consecuencias por sí misma, ¿no?

—¿A quién rastreas? —Me sobresalté al darme cuenta de que Ettore estaba parado junto a mí. Él y Thiago habían entrado sin que yo los notara, absorto como estaba en mis pensamientos.

—Ehm… —Parpadeé, tratando de volver en mí, como si mi cerebro necesitara reiniciarse después de tanta concentración.

—¿A un Nuvoletta? —insistió, esperando una respuesta mejor que un simple balbuceo incoherente.

Negué con la cabeza.

—América del Sur, Brasil… —leyó Thiago de la pantalla, y enseguida noté que había llamado demasiado su atención—. ¿Piensas viajar?

—No —respondí demasiado rápido.

—Entonces, ¿quién es? —insistió Ettore.

—Una chica.

—Se ha ido muy lejos.

—No es algo que deba preocuparles. —Intenté desviar el tema, pero mi hermano era demasiado astuto para tragarse esa excusa.

—El tío Marco quiere una boda como Dios manda... —murmuró Thiago en tono burlón.

—¿Quién dice que me voy a casar?

—Así es como empieza todo. —Thiago se rió, disfrutando la situación.

—¿Es la analista de datos con la que estabas enredado? —preguntó Ettore, arrastrando una silla para sentarse junto a mí, y en ese momento supe que la cosa iba en serio.

—¿Cómo sabes eso? —Intenté hacerme el desentendido.

—No fuiste nada discreto.

—Soy soltero y no hay nada que me impida tener una amante.

—No, técnicamente...

—¿Qué quieren? —Intenté otra vez cambiar de tema, pero estaba demasiado hundido como para fingir que no importaba.

—Noticias. —Thiago cruzó los brazos y me miró, adoptando una postura desafiante.

—Los restos de la Nuvoletta siguen dándonos dolores de cabeza, tenemos que deshacernos de ellos.

—Dante no quiere que tengamos piedad —añadió Thiago, con esa chispa de entusiasmo que siempre encendía su lado más brutal.

—Yo no... —Me detuve a mitad de frase. Quería decir que no sabía nada, pero era mentira, no solo lo sabía, sino que habían capturado a mi chica y habían hecho lo suficiente para que huyera de mí.

Por mucho que quisiera evitar las consecuencias, en el fondo sabía que ocultarles esta información podía poner en peligro la seguridad de todos, especialmente de las mujeres y los niños de la familia. No me perdonaría que capturaran a mi hermana, o a cualquiera de mis sobrinas.

—Uno de ellos se ha infiltrado en la empresa, aún no sé cuál, pero voy a averiguarlo.

—¿Infiltrado? —Thiago apretó los dientes, mostrando una furia que por el momento no podía dirigirse a nadie.

—Yo ya lo sospechaba… —comentó Ettore con seriedad—. ¿Qué te hizo estar tan seguro?

Respiré hondo y exhalé antes de hablar.

—Está lo bastante cerca como para saber sobre mi relación con Gabriela… y que está embarazada.

Listo. Acababa de condenar mi futuro.

—¿Embarazada? —repitieron los dos al mismo tiempo.

Me limité a asentir con la cabeza.

—¿Cuándo pensabas contarlo? —Ettore me lanzó una mirada de reproche para la que ya estaba preparado.

—Parece que alguien sacó la verga… y terminó con otra verga en su culo. —Thiago soltó una carcajada sarcástica.

Ettore le dio un codazo para que nuestro primo se detuviera.

Thiago se encogió de hombros.

—No pensaba decirles… —admití, notando cómo la mirada de mi hermano se volvía aún más severa.

—¿No? —Sonaba tan furioso como nuestro padre cuando yo hacía travesuras.

Negué con la cabeza.

—¿Estás loco?

—No quería casarme con una mujer solo por echarle unos polvos. —Le devolví la mirada furiosa.

—¡Entonces usa un puto condón!

—Ya es tarde. —Me encogí de hombros—. Quizás ni siquiera sea mío.

—Eres lo suficientemente listo para saber si lo es o no. —Ettore me acorraló y no pude mantener ese argumento.

Permanecí en silencio, con ambos mirándome como si hubiera hecho algo terrible.

—¿Está ahora en Brasil? —Mi hermano indicó la luz intermitente.

Asentí sin decir nada, porque ya lo sabían.

—Tienes que traerla de vuelta, protegerla...

—¿Crees que no intenté evitar que se fuera?

—Creo que has estado haciendo cagadas y actuando de forma irresponsable —soltó Ettore, con el tono de hermano mayor listo para darme órdenes y sermones.

—Como si ustedes dos estuvieran en posición de darme lecciones. —Puse los ojos en blanco.

—Nosotros cuidamos a nuestros hijos y protegemos a nuestras mujeres —respondió Thiago con calma, aunque con un filo en la voz—. Cosa que tú claramente no estás haciendo. —Señaló de nuevo la luz en la pantalla.

—Era ella la que quería irse. —Intenté justificarme—. Le dije que la protegería.

—Eso no es lo que pareces estar haciendo.

—Está a salvo.

—¿Qué le hicieron los Nuvoletta? —preguntó Ettore, y la pregunta me hizo tragar saliva, recordando el abuso.

Apreté la mandíbula un momento, intentando mantener la compostura. No había necesidad de que ellos supieran esa parte.

—La usaron como carnada. Querían atraer a toda la familia, pero fui solo.

—¡¿Perdiste la cabeza?! —Ettore me gritó.

—Conseguí solucionar el problema. —Mantuve una expresión seria.

—Podrías haber muerto.

—Pero no morí.

—Eres joven e irresponsable, Giovane...

—Deja de hablar como si fueras el tío Marco. —Me crucé de brazos.

—¿Qué crees que dirá él?

—Que deshonré a los Bellucci por no haber escogido a una virgen de buena familia criada en la mafia, lista para ser una esposa perfecta. Va a enfurecerse, pero eso es culpa de esas malditas reglas arcaicas que sigue al pie de la letra. Ya es hora de que Dante modernice las cosas. ¿Por qué demonios tenemos que casarnos solo porque embarazamos a alguien?

—Es tu hijo, tienes que protegerlo.

—No necesito un anillo en el dedo para eso.

—Las reglas nos mantienen fuertes. —Ettore sonaba como un anciano cuando dijo eso.

—No seas patético, Ettore.

—Si hay alguien patético aquí, desde luego no soy yo.

Nuestras miradas chocaron llenas de furia, como si pudieran brotar chispas entre ambos. De todos, ellos eran quienes más deberían entender mis razones, pero se estaban comportando igual que los dinosaurios del resto de la familia.

—Vamos por ella —decretó Thiago como si fuera su decisión.

—Intenté que se quedara.

—Entonces no lo intentaste lo suficiente.

Volví a apretar los dientes, molesto, pero ni siquiera mi cara de pocos amigos parecía ser suficiente para que se largaran.



Capítulo veintiocho

Mis tres hermanos eran mayores y, como yo, ya no vivían con mis padres. Ellos se habían acostumbrado a la casa vacía, solo recibiendo visitas ocasionales, pero yo aún no encontraba la forma adecuada de contarles lo que me había pasado, al menos una parte de la historia.

Sentada en el balcón del segundo piso, acaricié el pelaje de mi gata, perdiendo los ojos en el cielo nocturno, que parecía contener menos estrellas de las que recordaba. Mila estaba tranquila en mi regazo; después del viaje también parecía agotada.

Mi mamá había preparado un *baião de dois* para recibirme, pensando que extrañaba la comida brasileña. En realidad, sí la extrañaba, pero ese no era el verdadero motivo de mi regreso.

—¿Gabriela?

Me giré al escuchar su voz, y la vi aparecer en el marco de la puerta mientras se acercaba y se apoyaba en el respaldo de una silla de bambú entrelazado.

—Hola, mamá. —Sonreí mientras Mila saltaba de mi regazo, sobresaltada, y corría hacia el interior de la casa.

Tendría que acostumbrarse al nuevo hogar y a la presencia de otras personas.

—Comiste poco en la cena, ¿no te gustó?

—Estaba deliciosa. —Forcé una sonrisa—. Creo que comí bastante.

—No tienes buen aspecto, estás triste.

—No es así, mamá... —Intenté esquivar la situación, aunque era bastante obvio que se había dado cuenta.

—¿Cuándo piensas contarme que te despidieron?

Tragué saliva, sorprendida por su pregunta.

En realidad, yo había renunciado, pero prefería que pensaran que me habían despedido. Era más fácil que entendieran por qué había vuelto.

—Temía que se sintieran decepcionados conmigo. —Sollocé, tratando de contener el llanto.

—Ah, mi hija. —Vino hacia mí y me abrazó—. Nunca nos decepcionarás. Siempre has sido una hija excelente y los trabajos son así. Sé que te encanta Italia, pero podrás encontrar otro sitio. He oído que la empresa donde trabaja el hijo de Selma contrata informáticos. Podría preguntarle.

—Gracias, mamá. —Le devolví el abrazo.

—Todo irá bien.

Quería seguirle la corriente, pero tenía la sensación de que no sería tan sencillo.

***

Mi viejo cuarto. Mis viejas cosas. Incluso algunas pertenencias de mi hermana estaban arrinconadas en un lado. De mal humor, Mila se adueñó de su cama, como si hubiera decidido que ahora le pertenecía. Mientras no intentara escaparse sola por la vecindad, podía lidiar con su actitud. La mudanza repentina no había sido fácil para ninguna de las dos.

Me habría gustado irme a dormir, decir que había pasado una noche larga y reconfortante, pero lo único que podía hacer era dar vueltas en la cama, pensando en la magnitud del error que había cometido y en las consecuencias.

Mis padres habían tomado bien la noticia de que me *habían despedido.* Mamá incluso se había ofrecido a ayudarme a conseguir un nuevo trabajo, lo cual era una buena oportunidad considerando la situación. Pero ellos todavía no sabían ni la mitad de lo que estaba pasando. Y yo no encontraba la forma de contarles sobre el embarazo.

Aunque consiguiera un empleo y me mudara antes de que la panza comenzara a notarse, eventualmente tendría que decírselo. Era imposible ocultarlo para siempre, especialmente porque estaba decidida a tener ese bebé y hacer lo necesario por él.

Al menos lejos de Italia y de su padre, creía que podría tener una vida más normal lejos de la *mafia...*

Pensar en esa palabra me producía escalofríos y me aceleraba el corazón. Pensé que era algo sacado de una película, pero descubrí la verdad de la peor manera posible.

—¿Gabriela? —Mi padre llamó a la puerta del dormitorio antes de entrar, asustando a Mila y haciendo que saltara de la cama y se escondiera debajo de ella.

—¿Sí? —Me incorporé frotándome los ojos—. ¿Dormí mucho?

—No, todavía es temprano.

Imaginé que me llamaría para desayunar, pero estaba muy equivocado en mis suposiciones.

—Unos hombres llegaron aquí buscándote, no parecen hablar muy bien nuestro idioma, solo dijeron unas pocas frases.

—¿Hombres? —Me quedé helada en la cama.

—¿Están buscándote?

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún sonido.

—¿Todo bien, Gabriela? —Mi papá se inclinó hacia mí con una expresión preocupada, lo que no hizo más que aumentar mi tensión.

Pensé que estaría a salvo en casa, pero podría haber atraído a los enemigos de Giovane más cerca de mis padres.

—Sí. —Sacudí la cabeza.

Me levanté de la cama y pasé junto a mi papá. Por más que no quisiera enfrentar a nadie, no podía permitir que amenazaran a mi familia por mi culpa.

Todavía estaba en pijama, pero atravesé el salón y me dirigí a la puerta donde estaban los hombres, pero mi sorpresa fue aún mayor cuando puse los ojos en Giovane.

—¿Qué mierda haces aquí? —le pregunté en italiano, furiosa.

—Gabriela... —Dio un paso hacia mí e intentó pasar al interior, pero sujeté el portón para impedírselo.

De los hombres que lo acompañaban, pude reconocer a otros dos Bellucci, su hermano Ettore y su primo Thiago. Supuse que los demás eran secuaces, guardaespaldas o algún otro término que utilizaban para referirse a los hombres de seguridad. Vi una pistola en la cintura de uno de ellos y tragué saliva.

—¡Lárgate! —le solté entre dientes.

—Solo si vienes conmigo.

—Te dije que no quiero estar cerca de ti.

—Esto no es una broma. —Elevó el tono, un poco irritado, pero me importaba un bledo su mal tono.

—¿Quién dice que estoy bromeando?

—¿No te das cuenta de que si no te quedas cerca de mí, seguirás corriendo riesgos?

—Lo único que entiendo es que todo se complicó más desde que tú apareciste en mi vida. Regresa a Italia y déjame en paz.

—No es tan sencillo, niña —intervino Ettore, apoyando la mano en el portón para evitar que lo cerrara.

—Para mí está más que claro: si me quedo cerca de ustedes, voy a terminar muerta. No quiero nada que ver con esto.

—Ahora que llevas en el vientre a mi sobrino, tus opciones se reducen —respondió Ettore, con una calma inquietante—. Vas a tener un Bellucci, y es nuestra obligación cuidar de ustedes.

Sentí que me hervía la sangre. Lo fulminé con la mirada y luego busqué los ojos de Giovane. Lo único que quería era arrancarle la cabeza, pero por algún motivo me contuve.

—Él ni siquiera cree que sea suyo —respondí encogiéndome de hombros.

—Sabes que lo es. —Ettore me miró con severidad y tuve que tragar saliva—. Vuelve con nosotros a Italia y organizaremos la boda.

—¿Boda? —Solté una risa amarga, casi sin aire—. ¿Es una broma?

—No hay ninguna broma, Gabriela.

Busqué de nuevo los ojos de Giovane.

—No voy a casarme con él.

—Eso tampoco se cuestiona ya.

—¿Cómo que no? —Apreté los puños, conteniendo las ganas de gritar y atraer a los vecinos—. ¡Soy yo quien decide con quién me caso!

—Las circunstancias lo cambiaron todo. —Ettore parecía muy frío y calculador respecto a la situación, mientras que Giovane me miraba fijamente sin decir nada. Después de lo que había pasado con él, no podía creer que estuviera de acuerdo.

—Voy a estar mucho más segura si desaparecen de mi vida.

—No podemos desaparecer, no con un niño en juego.

—No creo que Giovane piense lo mismo.

—Cometí un error. —Se encogió de hombros ante mis palabras.

—En eso estamos de acuerdo, porque no fue el único.

—Gabriela, no tienes motivos para seguir actuando así.

—¿Ah, no? ¿Después de haber sido violada y casi morir en una explosión, crees que no tengo motivos? Mi hijo estará mucho mejor aquí que en Italia, lejos de ustedes.

Vi cómo Ettore y Thiago intercambiaban miradas furiosas con Giovane, y él se encogía aún más. Claramente no sabían toda la historia.

—Soy consciente de que has pasado por momentos difíciles, pero volverás con la protección de nuestra familia y te convertirás en una de los nuestros.

—Hablan como si yo quisiera ser parte de su mundo. No quiero. Me gusta mi vida, ser científica de datos y vivir tranquila. No tengo ningún interés en involucrarme con la mafia y sus negocios sucios.

—No tienes que involucrarte, la mayoría de las mujeres no lo hacen.

Negué con la cabeza y volví a intentar cerrar el portón, pero ellos no lo permitieron.

—Lárguense de una vez.

—¿Qué está pasando, Gabriela? —preguntó mi papá desde la puerta de la casa—. ¿No vas a invitar a tus amigos a entrar?

—Todo está bien, papá —Le sonreí con nerviosismo antes de girarme hacia los otros—. Váyanse. No voy a regresar a Italia, y mucho menos me voy a casar con Giovane.

—Escucha, maldita imbécil... —Thiago alzó la voz, pero Giovane lo detuvo con un gesto.

—¿Por qué no nos dejan hablar a solas? —les dijo, mirando a su hermano y primo.

Se miraron y se alejaron.

—¿Puedo pasar? —Giovane indicó la puerta.

—No quiero presentarte a mis padres.

—No es necesario.

Miré hacia ambos lados y di un paso hacia atrás. Cerré el portón, y Giovane me siguió hasta un columpio viejo y oxidado que había en el patio. Me senté en él mientras el italiano seguía mirándome fijamente.

—Es evidente que te arrastraron hasta aquí, pero diles que ya está todo resuelto y que se larguen. Estoy mucho mejor aquí que cerca de tu familia.

—Esto no funciona así, Gabriela. —Se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el camino empedrado.

—No voy a hacer lo que quieren y ponerme en más peligro.

—Te lo dije, te protegeré. —Levantó la cara, mirándome de nuevo.

—¿Así como me protegiste antes?

—Cometí un error, ya lo dije.

—El error empezó cuando nos involucramos.

—Tienes razón.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. —Solté las asas del columpio y me crucé de brazos—. Hagamos como si no hubiera pasado y que todo el mundo siga con su vida.

—Sabes muy bien que no podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

—¡Porque estás embarazada, carajo!

—¡Baja la voz! Mis padres...

—¿Aún no se lo has dicho? —Parpadeó y pareció un poco sorprendido.

—No, ni siquiera sé cómo decírtelo.

—No estarás pensando en... —Ni siquiera pudo terminar la frase—. ¡Es un pecado!

—Como si ustedes fueran unos santos...

—Lo somos, dentro de lo posible.

Moví la cabeza negativamente, pensando todavía que todo aquello era absurdo. Toda la situación era una completa locura.

—No pensé en abortarlo.

—Estupendo. —El alivio inundó su rostro—. Volveremos a Italia, nos casaremos y yo cuidaré de ti.

—¿Qué parte de *no me voy* no has entendido todavía?

—Las reglas son las reglas, ese niño tiene que nacer en una familia.

—Como si a ti te importara eso. —Entrecerré los ojos, notando que estaba tan entusiasmado con la idea del matrimonio

como yo.

Retrocedió unos pasos y se dio la vuelta, pensativo, pero no podía imaginar qué podía estar pasando por su cabeza.

—En mi mundo, la gente tiene que amarse para casarse —dije cuando me di cuenta de que no iba a decir nada más.

—En el mío, los matrimonios tienen que ver con el honor y la responsabilidad. Suelen ser acuerdos firmados por las familias en beneficio mutuo.

—Por el amor de Dios, ya no estamos en la Edad Media.

—Es mucho más complicado que eso.

—No importa, no me voy a involucrar.

—Ya estás involucrada. —Giró el cuerpo para volver a mirarme —. Estás más involucrada de lo que crees, probablemente desde antes de quedar embarazada. Si los Nuvoletta te buscaron, es porque ya te ven como uno de nuestros puntos débiles. Crees que aquí, al otro lado del océano, estarás a salvo, pero es solo cuestión de tiempo para que ellos u otros vengan tras ustedes. Y será peor cuando nazca el bebé.

—Puedo mudarme a otra ciudad, a otro estado...

—¿Cambiarte de nombre y de identidad?

—Es una posibilidad.

—No funciona tan bien como en las películas. Te encontrarán, y sola serás presa fácil.

—Déjame con algunos guardaespaldas.

—Mi hijo no puede nacer bastardo.

—No me creíste cuando te dije que estaba embarazada —dije enfadada.

—¡Eso ya quedó atrás!

—¡No soy tu juguete, Giovane! —Irritada, apreté la tela de mi pijama bajo los dedos.

Estaba harta de hacer lo que él quería, de que intentara controlarme. Todo esto ya había llegado demasiado lejos.



Capítulo veintinueve

Terco, obstinado, desesperante…

Estaba furioso con toda esta situación, pero no necesitaba que Ettore me echara la culpa. En el fondo ya sabía que era mía. Jugué con fuego, y ahora estaba quemándome de verdad. Mis hermanos ya habían aprendido la lección de que no traes a una mujer a tu vida sin responsabilizarte de ella, yo debería haber aprendido de su error, pero no lo hice...

Con Gabriela embarazada y los Nuvoletta siguiéndonos los pasos, ya era demasiado tarde para salir ileso. El niño rebelde que había en mí tenía que aceptar la realidad.

—Yo tampoco quería este matrimonio, ¿entendido?

—Eso lo sé. —Ella me sostuvo la mirada con firmeza.

—Pero nos involucramos y ahora tenemos que afrontar las consecuencias.

—Tú eres el padre, pero la gente ya no se casa solo porque vaya a tener un hijo.

—Ya te dije cómo funcionan las cosas en mi familia.

Ella negó con la cabeza. Estaba claro que tenía miedo, y lo peor era que no se me ocurría cómo convencerla. Por no hablar de la parte de mí que solo quería irse.

Los matrimonios por conveniencia eran comunes en la mafia, pero aun así lograban poner nervioso a cualquiera.

—Podrías volver a la empresa, manejar alguna área...

—¿Y ser vista como la putita del presidente en vez de ser valorada por mis propios méritos?

—Intento facilitar las cosas.

—Así no va a funcionar.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Sentirme segura. —Lo dijo tan rápido que creo que se le escapó antes de poder pensarlo bien.

—Yo puedo hacer eso.

—No confío en ti.

Lo peor era que, en su lugar, yo tampoco confiaría. Solo me había metido con Gabriela por puro deseo, ignorando por completo en la bola de nieve que esto podía convertirse, a pesar de las advertencias de mis hermanos.

—Si quieres que tu familia esté a salvo, vas a tener que confiar en mí.

—¿Es una amenaza? —Frunció los labios, tensa.

—Es un hecho. No querrás casarte conmigo, pero eso no cambia el hecho de que llevas en tu vientre a un Bellucci. Irán tras ese bebé. Un puñado de matones no va a ser suficiente para protegerlos a los dos. Solo mi familia puede hacerlo.

—¿Vas a seguir diciendo que no tengo elección?

—No la tienes.



Capítulo treinta

Sus palabras resonaban en mi cabeza. No quería aceptar en qué lío me había metido y que había caído en un pozo tan profundo del que ni siquiera podía salir. Quería demasiado a mi familia como para pensar en la posibilidad de que los monstruos que me habían secuestrado se atrevieran a hacerles algo a mi madre o a mi padre.

—¿Y si me caso, cómo va a ser? —Mi lado racional me hizo reflexionar sobre la situación.

—Tendremos que averiguarlo. —Mientras intentaba convencerme, se notaba la falta de entusiasmo de Giovane.

Me quedé en silencio, y él no dijo nada más. Necesitaba asimilar eso; era una realidad para la cual no estaba preparada.

Me llevé la mano a la barriga por reflejo, acariciándola aunque seguía exactamente igual. Quería ese bebé, pero los

sacrificios que tenía que hacer para tenerlo superaban todo lo que podía haber imaginado.

Minutos interminables después, Giovane metió la mano en su bolsillo y sacó una caja de joyería con el logotipo de una marca famosa.

—Lo compré en el aeropuerto, espero que te guste.

—¿Qué es eso? —Alcé las cejas, confundida.

—Un anillo de compromiso.

—Ah... —Abrí la boca y dejé escapar un sonido inaudible, no estaba preparada para que fuera así.

Era claro que soñaba con un príncipe encantado, ¿qué mujer no lo hace? Quería a un hombre que me amara más que nada y que estuviera dispuesto a enfrentarse al mundo por mí, mientras me hacía sentir especial. Pero terminé con el villano de los cuentos de hadas.

Un mafioso...

—¿Podemos ir con un poco más de calma en esto? —Le quité la caja de las manos—. Será demasiado para que mis padres lo asimilen.

Para ser honesta, era demasiado para mí también.

Físicamente, Giovane era hermoso, alto, rubio, musculoso, con ojos claros y el modelo perfecto para cualquier revista. Aquel hombre me ponía muy caliente, sobre todo cuando me empujaba contra la pared y ponía su mano fuerte y pesada entre mis muslos. El sexo era increíble, pero definitivamente no era suficiente para mantener un matrimonio. Todavía había una parte de mí que gritaba desesperada para que no lo hiciera.

—Eres tú quien decide. —Se encogió de hombros mientras guardaba la caja con el anillo de compromiso que ni siquiera había visto—. Avísale que nos vamos.

—¿Qué quieres decir con que nos vamos?

—Solo vine a buscarte. Agarra tus cosas y volvamos a Roma.

—Espera, acabo de llegar, no me voy a ir así. Tengo que hablar con mis padres y explicarles esta historia. Encontrar una buena justificación para esta repentina idea del matrimonio.

—No necesitas decir que fue repentino; después de todo, hemos estado teniendo relaciones desde hace meses. —La frialdad con la que lo dijo hizo que mi estómago se revolviera.

Me había metido en un lío de tamaño colosal, pero no me había dado cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—No éramos novios.

—¿Realmente quieres contarles toda la verdad?

Me quedé paralizada por su comentario, que me golpeó como un balde de agua fría en el pecho y me dejó sin aliento.

—No es una buena elección —admití.

Giovane solo asintió.

Mi madre se llevaría un infarto si le contara que iba a casarme con un mafioso porque estaba embarazada de él, y que había otros mafiosos que me perseguían, para usarme como carnada con el propósito de perjudicarlo a él y a su familia.

Estaba teniendo una crisis de pánico...

—Llama a tu familia. —Me puse de pie—. Vamos a entrar.

—Pueden esperar afuera.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—¿No prefieres presentarme a tu familia primero?

Reflexioné unos instantes y acabé por darle la razón.

Mientras pasábamos por la puerta de la sala, intentaba pensar en qué decirles a mis padres. Para una historia tan loca,

necesitaba una explicación convincente.

—¿Hija? —Mi padre se levantó de la mesa de la cocina cuando entré en la sala acompañada de Giovane.

—Hola...

—¿Él es un amigo tuyo? —Señaló al italiano detrás de mí—. No pude entender mucho de lo que dice.

—Es más que un amigo.

—¿Qué quieres decir? —Mi madre salió de la cocina, me miró con ojo analítico y luego se giró hacia Giovane.

—Estábamos saliendo. —No era verdad, pero hacía que la explicación y el involucramiento fueran mucho más fáciles.

—¿Saliendo? —repitió algo incrédula—. No me dijiste nada. —Había decepción en su mirada.

—No sabía si iba a funcionar —dije lo primero que se me ocurrió.

—Aun así...

—Deja hablar a la chica, Lucía. —Mi padre la interrumpió.

—Estábamos saliendo, no funcionó, discutimos... —Intenté encontrar una explicación, mientras el hecho de estar embarazada se revolvía en mi estómago.

—Vine a pedir su mano. —Giovane soltó en portugués, haciendo que todos nos giráramos hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceé en italiano.

—Resolviendo las cosas —respondió como si fuera algo trivial, y vi el traductor abierto en la pantalla de su celular.

Moví la cabeza negativamente y él se encogió de hombros.

Intentaba decírselo a mis padres de forma más suave, pero Giovane soltó la bomba.

—¿Matrimonio? —Mi madre balbuceó, aún procesando la palabra—. ¿No habías sido echada?

—No fue así exactamente... —Mordí mi labio inferior.

—Gabriela...

—Estoy embarazada. —Al final lo solté, dejando que todo se desbordara.

Mi madre se tambaleó y mi padre la sujetó antes de que cayera al suelo.

—¿Embarazada? —Los ojos de mi padre se abrieron de par en par.

—Sí. —Me encogí, cruzando los brazos delante de mí.

Él estaba boquiabierto. Siempre fui la hija ejemplar y dedicada, no era algo que esperaban de mí. No podía negar que todo se había salido completamente de control.

—¿De él? —Señaló a Giovane detrás de mí.

Asentí con la cabeza.

—Entonces el matrimonio es lo más lógico.

—¿Qué quieres decir, Fernando? —preguntó mi madre, recuperándose de su malestar—. Ni siquiera conocemos a este hombre.

—Sin duda, nuestra hija lo conoce muy bien.

Mi madre tenía razón, no conocían a Giovane y yo no podía decirles la verdad o solo conseguiría desesperarlos aún más. Probablemente ni siquiera yo lo conocía. En realidad no, y no estaba segura de querer averiguarlo, porque solo de pensarlo me estremecía.

—¿Dónde se conocieron? ¿Él trabaja contigo? ¿Es de Italia de verdad? —comenzó a hacerme una serie de preguntas.

—Lucía... —Mi padre intentó detenerla.

—Es el dueño de la empresa donde trabajo.

—Hija... —Ella reflexionó, sin saber si eso era algo bueno o terrible. Las diferencias de jerarquía como esa no solían terminar bien.

—Está todo bien, mamá.

—¿De verdad? ¿Volviste por diferencias y peleas con él y ahora te vas a casar?

Me contuve para no tragar saliva. Había mucho más detrás de todo aquello que ella no sabía, ni podía saber, pero tenía que sortearlo.

—Es lo mejor para este niño. —Mi padre parecía pensar exactamente igual que la familia de Giovane.

—Pero ¿qué hay de lo que es mejor para nuestra hija? —Mi madre lo miró fijamente.

—Es lo mejor... —Forcé una sonrisa.

No tenía la menor certeza de eso, podría estar metiéndome en un lío sin precedentes, pero traté de creerlo con todas mis fuerzas.



Capítulo treinta y uno

El portugués y el italiano eran idiomas parecidos, con varios cognados que me ayudaban a captar al menos parte de la conversación, pero no era suficiente para entender todo lo que decían.

Pero no necesitaba entender su idioma para leer sus expresiones faciales. Mientras que el padre de Gabriela parecía contento con la idea del matrimonio, ella y su madre se sentían evidentemente incómodas.

La verdad, yo tampoco quería casarme. Seguía molesto por el sermón que me había dado mi hermano mayor y mi primo. Pensé que al involucrarme con una mujer fuera de la mafia, podría librarme de ciertas responsabilidades, pero se me había olvidado por completo que una embarazo siempre era una posibilidad.

Un bebé lo cambiaría todo, como le había pasado a Thiago.

Desde niño me enseñaron que no había nada más importante para los Bellucci que la familia. Y un hijo con mi sangre era algo que debía proteger a cualquier costo. No había reaccionado bien cuando me enteré del embarazo de Gabriela. Para mí, ella no era más que un entretenimiento pasajero, pero el matrimonio lo cambiaría todo, atándonos de por vida. Sabía perfectamente que un divorcio no era una opción, y tampoco podría engañarla.

Era demasiado para procesar...

Mi celular vibró en mi mano, así que lo saqué del bolsillo para ver el mensaje que había llegado. Era de mi hermano.

Ettore:

¿Cómo van las cosas por allá?

Giovane:

Llegamos a un acuerdo.

Ettore:

¡Qué bien!

Giovane:

Para ti, quizás.

Ettore:

El matrimonio es la mejor opción, hermano.

Giovane:

Si tú lo dices...

Ettore:

A mí también me tomó por sorpresa.

Giovane:

¿Sorpresa? Te fuiste a Oriente Medio y volviste casado. Nadie te obligó como a mí, y que yo sepa, ella ni siquiera estaba embarazada.

Ettore:

El matrimonio iba a ser un secreto. Solo quería sacarla del alcance del tío, pero terminé involucrándome más de lo que planeaba.

Giovane:

Definitivamente, yo también me involucré demasiado.

Ettore:

Ya verás que será para bien.

Giovane:

Hablaremos de ello dentro de unos años.

Ettore:

De acuerdo.

Dejé el teléfono y lo guardé en el bolsillo. Mientras Gabriela seguía conversando con su familia y los convencía de aceptar el matrimonio, yo pensaba que esa no sería la batalla más complicada. Recordé bien cómo había reaccionado el tío Marco cuando Nicolae llegó con Ilza y la presentó como su prometida. Era una inglesa sin raíces, criada en la calle.

Gabriela no era mejor opción. No iba a fortalecer ningún lazo familiar, solo sería una carga más que proteger, lo que al final terminaría siendo otra decepción para mi padre, quien ya veía que sus hijos tomaban las peores decisiones.

Aunque, siendo sincero, no me importaba mucho. Como el hijo menor, los reflectores nunca estuvieron sobre mí, y esperaba que siguiera así.

—¿Giovane?

Me giré para prestar atención a Gabriela cuando se acercó a mí.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué no llamas a los demás? Mi madre está haciendo un pastel y mi padre tiene que bajar a abrir la tienda.

—Creo que será mejor que no nos quedemos ahora.

—¿Por qué no?

—Tienes mucho que arreglar aquí. Me iré a un hotel con ellos y llamaré a mi mamá para que empiece a organizar los detalles de la boda. Ella se pondrá en contacto contigo, y te advierto, si no quieres algo demasiado extravagante, será mejor que pongas tus límites.

—Ah... está bien —murmuró ella, tratando de asimilarlo—. ¿Estás seguro de que no quieres quedarte? Podemos arreglar las cosas para que haya espacio para todos.

Negué con la cabeza.

—Ok, como tú quieras.

—Tienes dos días para resolver lo que tengas que hacer. Luego volvemos a Italia.

—¿Dos días?

—Creo que es tiempo suficiente.

—Estás dando demasiadas órdenes. —Torció los labios.

—Pensé que ya estarías acostumbrada.

Apretó los dientes, pero no dijo nada más.

—Hasta luego.

—Adiós.

Me incliné hacia ella, pensando que lo correcto sería besarla, pero Gabriela giró la cara, y mis labios solo rozaron su mejilla.

Ese matrimonio iba a ser mucho más complicado de lo que había imaginado.



Capítulo treinta y dos

—¿Adónde va? —preguntó mi madre cuando Giovane salió por la puerta y se reunió con los otros hombres afuera.

—A un hotel.

—¿No les dijiste que podían quedarse aquí? Tenemos el cuarto de tus hermanos...

—Sí, mamá. Pero no quiso.

—¿Está acostumbrado al lujo?

—No creo que sea exactamente por eso. Está con su hermano y su primo, aparte de sus guardaespaldas.

—¿Tienes tanto dinero como para necesitar seguridad?

—Sí...

Me pareció más fácil decir que sí que explicar que la seguridad no tenía tanto que ver con el dinero.

—¿Cómo te involucraste con este hombre, niña? Pensé que habías ido allí solo para trabajar.

—Todavía me estoy haciendo esa pregunta, mamá. —Esbocé una sonrisa incómoda y me rasqué la cabeza torpemente.

—¿Y ahora qué hago con el pastel?

—Yo igual quiero comer.

Mi madre sonrió y se acercó al horno para ver cómo iba la cocción.

—*Miau...*

Me di la vuelta y vi a Mila, sentada en la puerta de la cocina, observándome con curiosidad.

—Nos volvemos... —Le comenté en italiano.

—*Miau.*

Ella parecía emocionada por la noticia, pero yo no tanto.

Debería haberme entusiasmado la idea de casarme con un hombre rico y guapo como Giovane, pero en el fondo no...

—El pastel está listo.

—Gracias, mamá.

Tomó la fuente humeante y la colocó en un soporte, en el centro de la mesa.

—¿De verdad estás embarazada? —Acercó una silla y se sentó a mi lado.

Asentí en silencio.

—Deberías haberte cuidado.

—Lo sé...

—Ahora ya no sirve de nada llorar sobre la leche derramada.

—Así es.

—Pero, ¿cree que el matrimonio es la mejor solución?

—Mi padre cree que sí.

—No es eso lo que te pregunté. —Cruzó los brazos y me miró con seriedad—. ¿Lo amas para casarte?

Permanecí en silencio. La primera palabra que me vino a la mente fue no, pero...

Asentí de nuevo, aunque sin mucha convicción.

—Querida...

—Todo va a estar bien, mamá.

Lo había aceptado principalmente por la seguridad de mi familia. Después de lo que pasé con esos monstruos, la idea de que pudieran acercarse a mis padres o a mis hermanos me aterraba.

—Eso espero. —Ella suspiró.



Capítulo treinta y tres

—¿Qué historia es esa, Giovane? —preguntó mi madre del otro lado de la línea, y podía imaginarla jalándose los cabellos rubios mientras se dejaba caer en el sofá. Aún no le había contado a mi padre y dudaba que fuera más fácil con él.

—Es exactamente lo que dije, necesito tu ayuda para organizar mi boda.

—¿Con quién? No nos has presentado a la chica. ¿De qué familia es? ¿Es la encantadora Graziela que te presenté en el cumpleaños de tu tío?

—No es italiana, mamá.

—¿Rusa?

—Brasileña...

—¿¡Qué!? Tu papá y tus hermanos ya...

—Deja que yo me encargue de ellos más adelante.

—Si estás dispuesto a enfrentarlos, es porque la amas de verdad.

—Sí. —Preferí no negarlo; no quería complicar aún más la situación, que ya estaba bastante enredada—. ¿Puedo contar contigo para organizar los detalles de la boda?

—Claro que sí, hijo.

—Estupendo.

—¿Voy a tener libertad total?

—Te enviaré el número de Gabriela para que hables con ella. Por favor, sé flexible y recuerda que la novia es ella.

—Como si no lo supiera...

—Mamá...

—No te preocupes, querido, tendré en cuenta todo lo que ella quiera.

—Gracias.

—¿Cuándo vuelven?

—Dentro de unos días.

—De acuerdo.

—Luego hablamos. —Colgué la llamada y me metí el móvil en el bolsillo, palpando la caja con el anillo que aún estaba allí.

Ettore, que estaba de pie en el balcón, mirando la playa que se extendía en el horizonte, se acercó a mí cuando se dio cuenta de que había terminado la llamada.

—¿No le contaste lo del embarazo?

—Es un detalle que ella no necesita saber todavía.

—Sabes que aceptarán mejor el matrimonio si se enteran.

—Sí, pero reforzará mi irresponsabilidad.

—Es que fuiste un irresponsable. —Ettore se encogió de hombros.

No tuve que contestarle, porque en ese mismo momento empezó a sonar mi móvil y vi el nombre de mi padre en el identificador de llamadas. Aún no le había contado lo de la boda, pero estaba seguro de que eso era exactamente de lo que quería hablar.

—¡No puedo creer que vas a casarte con ella! —Retumbó su voz furiosa en cuanto contesté.

—Hola, papá, ¿qué tal? —dije en tono relajado, como si no estuviera furioso al otro lado de la línea.

—Pensé que Nicolae sería el último.

—No es necesario que me case con una buena italiana, ¿no crees?

—Tus hermanos...

—Quizás todos seguimos tus pasos.

—Yo hice un buen matrimonio.

—Después de dejar embarazada a mamá.

—Eso no es justificación.

—Eso no es lo que he dicho.

—La dejaste embarazada, ¿verdad? —Mi padre era un hombre muy inteligente.

—Sí.

—Ay, Giovane...

—Ettore ya me dijo suficiente sobre por qué debo casarme.

—Sí, pero eso no significa que sea lo mejor para nuestra familia.

—Ustedes sabrán manejarlo.

—Ah, chico...

—Los Nuvoletta ya vinieron a buscarla. ¿Prefieres que la deje a su suerte?

—¿Cómo?

—Así es.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unos días.

—¿No nos has dicho nada?

—Lo resolví por mi cuenta.

—Podrían haberte hecho daño.

—No estoy indefenso, papá.

—¿Dante y Lorenzo ya saben de esto?

—Se enterarán cuando regrese.

—Puede que los Nuvoletta no sean lo que eran antes, pero siguen siendo peligrosos. Sabes que una bestia acorralada siempre es más feroz.

—Sí, lo sé, pero ahora estamos bien.

—Tienen que volver pronto a Italia.

—Le he dado dos días a Gabriela para que se organice y nos volvemos.

—Ten cuidado.

—Sí.

—Hasta luego.

—Nos vemos, papá.

—Quiero ver cómo te las arreglas cuando vuelvas —comentó Thiago con una sonrisa burlona en cuanto colgué la llamada.

—Ese es un problema para otro momento. —Pasé junto a ellos y me dirigí hacia la terraza, apoyándome en el barandal para mirar el horizonte.

No podía decir que me gustara lo que estaba pasando, pero no había duda de que todo era consecuencia de las decisiones que yo mismo había tomado.



Capítulo treinta y cuatro

Estar de vuelta en mi habitación era reconfortante, pero sentía que esta sensación de paz no duraría mucho.

Tomé mi celular, escribí "Bellucci" en el buscador y en segundos la pantalla se llenó de fotos de la familia. Giovane no aparecía mucho, generalmente en notas de revistas femeninas sobre los solteros más codiciados de Roma. *¿Quién no querría casarse con un millonario guapo?*

Si supieran lo que realmente era...

Tal vez en el fondo lo sospechaban. Los rumores sobre los negocios turbios de la familia circulaban incluso en las páginas abiertas de internet, aunque nunca se probaba nada. La policía no tenía ni una sola herramienta para atraparlos. No me extrañaría que

hasta los cargos más altos del poder comieran de la mano de esa familia... una familia a la que pronto yo también pertenecería.

¿Eso también me convertiría en delincuente?

Giovane había dejado claro que no tenía por qué involucrarme, pero ¿hasta qué punto mi mera presencia no me comprometería?

El deseo de renunciar a aquella boda me apretó el pecho. ¿Tenía miedo? Estaba aterrorizada. El problema era que, incluso sin quererlo, ya me había involucrado. Giovane había dicho que sus enemigos podrían volver a ir por mí, y pensarlo me hacía estremecer.

Mi celular vibró entre los dedos, anunciando un mensaje. No reconocí el número, pero era de Italia.

Desconocida:

Hola, Gabriela, ¿cómo estás?

Soy Luize, la madre de Giovane. Habría preferido conocerte en persona, pero igual es un gusto saludarte.

Me quedé mirando el mensaje unos instantes, hasta que decidí responder.

Gabriela:

Hola, todo bien. ¿Y usted?

Luize:

Ah, por favor, no me hables de usted. Ya estoy vieja, pero prefiero no recordarlo. Jajaja.

Gabriela:

Perdón...

Luize:

Giovane me contó sobre la boda.

Imagino que estás emocionada.

Quizás no tanto como me hubiera gustado... Era un pensamiento que dominaba mi mente mientras reflexionaba.

Estaba tensa y pensar en la boda solo me hacía sentir peor.

Gabriela:

Sí, estoy emocionada.

Luize:

Yo también.

Normalmente no me dejan involucrarme mucho en las ceremonias, pero estoy segura de que será espectacular.

Otro escalofrío me recorrió, pero no dije nada. La única advertencia que Giovane me había dado sobre su madre era sobre su excentricidad, algo que desde luego no me preocupaba.

Luize:

¿Has pensado en algún detalle para la boda?

Gabriela:

Todavía no.

Luize:

No te preocupes, puedo ocuparme de todo.

Poco después, me envió una serie de fotos, y en cuestión de minutos mi celular estaba inundado de imágenes de vestidos de novia y decoraciones para la fiesta.

Algunas opciones eran exageradas, pero otras no estaban mal. Lo que no quería ni imaginar era cuánto costaría todo aquello. De cualquier forma, tratándose de los Bellucci, eso no iba a ser un problema.



Capítulo treinta y cinco

Cada uno de nosotros se había acomodado en un cuarto del hotel junto al mar, mientras que los guardaespaldas estaban en otra habitación, atentos por si llegábamos a necesitarlos. No creía que corriéramos peligro tan lejos de casa, pero había aprendido que nunca era buena idea bajar la guardia. No solo los napolitanos querían vernos muertos.

Cuando el sol apareció por la mañana, me giré varias veces en la cama, hasta que me quedé mirando el techo blanco de la habitación.

Pronto iba a casarme, atarme para el resto de mis días, y lo único que podía pensar era en lo estúpido que había sido. Estaba seguro de que tenía todo bajo control, pero terminé igual de jodido que Thiago y mis hermanos.

No es que Gabriela fuera una mujer horrible e insoportable. Solo de pensar en ella desnuda se me ponía la verga dura. Podría coger con ella todos los días hasta quedarme sin fuerzas, pero dudaba que eso fuera suficiente para que el matrimonio funcionara.

—Conformate con eso por ahora… —me dije en voz alta.

Me había metido solo en esta trampa, y no fue por falta de advertencias. Ahora tenía que aguantar las consecuencias.

Saqué el móvil de la mesita de noche y envié un mensaje a Gabriela.

Giovane:

¿Qué planes tienes para hoy?

Gabriela:

Quedarme en casa y discutir los detalles de la boda con tu mamá.

Giovane:

Eso lo pueden hacer después.

Gabriela:

¿Por qué?

Giovane:

¿Qué hay para hacer en esta ciudad?

Gabriela:

¿Qué tienes en mente?

Giovane:

Sorpréndeme.

Gabriela:

¿Te gustan los paseos en buggy?

Giovane:

Nunca me he subido a uno.

Después de intercambiar mensajes con Gabriela, quedamos en vernos en su casa. Dejé a mi hermano, a mi primo y a los guardaespaldas en el hotel. Si necesitaba ayuda, no estarían tan lejos, pero tampoco tenía que cargar con ellos encima todo el tiempo.

Ya que iba a casarme con esa mujer, lo mínimo que podía hacer era aprovechar las cosas buenas que esto traía.



Gabriela

Capítulo treinta y seis

Giovane y yo caminamos hasta la playa que quedaba cerca de la casa de mis padres. No era una de las más concurridas de la ciudad, pero dudaba que a él le gustara estar rodeado de turistas.

No dijimos ni una palabra hasta que pisamos la arena y me volví hacia él. Giovane era blanco y rubio y ya empezaba a enrojecer por el fuerte sol.

—Sentémonos allí. —Indiqué un banco de hormigón.

—Creía que los planes eran diferentes.

—Primero necesito echarte bloqueador solar o vas a terminar pareciendo una langosta. —Puse cara de fastidio y él se rió.

Giovane aceptó sin quejarse y se sentó en el banco, quitándose la camiseta blanca. Saqué el bloqueador solar de la

ecobolsa que llevaba y empecé por su espalda. Mis dedos trazaban las líneas de sus músculos, y tuve que contenerme para no suspirar.

Recordé que íbamos a casarnos, y la parte más atrevida de mí se revolvió por dentro. Al final, no iba a ser tan terrible...

Bajé por sus hombros, sus tríceps hasta el dorso de sus manos, y luego le pedí que se girara hacia mí para poder tocar su pecho, su abdomen bien trabajado...

—La gente va a empezar a mirarnos. —Se rió entre dientes—. Me hubieras llevado a un lugar más apartado.

—Solo te estoy poniendo crema solar, pervertido.

—Eres tú la que me está acariciando. —Me guiñó con picardía.

—Entonces termina tú solo. —Le pasé el frasco a la mano.

—¡Oye! No me estaba quejando...

—Mmm... —Fruncí los labios, disfrutando un poco de la situación.

Giovane asintió y terminó de aplicar el protector, luego me lo devolvió.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ven conmigo. —Me levanté y caminé hacia uno de los puestos cercanos—. ¡Bruno! —grité. Pasaron unos segundos antes de que un hombre saliera del interior y me reconociera.

—Gaby, ¡cuánto tiempo sin verte! —Me dedicó una gran sonrisa y se acercó a abrazarme—. Me dijeron que estabas viviendo en Europa, ¡qué elegante!

—¡Ah, sí! —Me rasqué la cabeza torpemente.

—¿Regresaste o solo vienes a visitar a los mortales?

Quería decir que había vuelto, pero pronto Giovane me llevaría de nuevo, así que...

—Vine de visita.

Giovane carraspeó cerca de mí, y di un paso al costado para poner un poco de espacio entre Bruno y yo.

—¿Quién es ése? —Bruno miró por encima de mi hombro, curioso.

—Es mi prometido —dije con una naturalidad que me sorprendió incluso a mí.

—¿Prometido? —Ensanchó los ojos.

—Sí.

—¿Supongo que es de allí?

—Sí, Giovane es italiano.

—Es un placer. —Bruno le tendió la mano y el rubio tardó un poco en darse cuenta de que lo saludaban.

Los dos se miraron durante unos instantes y la cara de Giovane no era la mejor. Intenté fingir que no me había dado cuenta porque no quería empeorar aún más el ambiente.

—¿Vinimos hasta aquí solo para conocer a tu amigo? —murmuró Giovane en italiano, con un tono de fastidio evidente.

—Es el que alquila los buggies.

—Ajá...

—Bruno, Giovane y yo vamos a dar un paseo por las dunas. ¿Tienes algún vehículo disponible?

—¿Para ti? Siempre.

Bruno fue a buscar uno de los buggys mientras Giovane y yo nos quedamos a solas.

—¿Qué historia tienes con ese tipo? —preguntó Giovane de repente.

—¿Perdón?

—Has entendido muy bien mi pregunta. —Se cruzó de brazos, irritado.

—¿Estás celoso? —Casi me echo a reír.

—No.

—¿Y si hubiera pasado algo? —Lo provoqué.

—Nos vamos a casar. —Me recordó con tono firme.

—No lo sabía hasta ayer.

—Ahora ya lo sabes. Para la mafia, la lealtad y el honor son primordiales.

—Es bueno saberlo. Me tranquilizas.

—¿A qué te refieres? —Enarcó una de sus rubias cejas.

—Pensé que lo primero que harías sería ponerme los cuernos.

—Eso no es verdad...

Me quedé mirándolo sin decir nada. En el fondo, era cierto, tenía miedo, Giovane parecía no tener motivos para serme fiel, al menos hasta aquel momento.

No tuvimos tiempo de hablar porque Bruno no tardó en volver y me tiró la llave.

—Es el amarillo que está afuera.

—Gracias.

—Buen viaje.

—Vamos. —Hice un gesto con la cabeza para que Giovane viniera detrás de mí.

Cuando llegamos al pequeño vehículo, él me miró a mí y luego al buggy.

—No creo que sea muy seguro para una mujer embarazada.

—Como si te importara —bromeé.

—Creo que ya hemos superado esa fase, Gabriela —dijo en un tono firme que me dejó completamente desconcertada.

—Tienes razón. —Puse una sonrisa forzada—. Te juro que no haremos nada extremo.

—No, no lo haremos. —Extendió la mano hacia mí—. Dame las llaves.

—¿Por qué?

—Yo voy a manejar.

—No... —resoplé—. Ni siquiera conoces el camino.

—Me lo dices mientras vas sentada a mi lado.

—Pero...

—¡Sube ya! —Saltó dentro del buggy y me tendió la mano para ayudarme a subir.

A regañadientes, me acomodé en el asiento del copiloto, y Giovane encendió el motor.

—¿Adónde vamos?

Señalé hacia delante.



Capítulo treinta y siete

Yo no era del tipo que manejaba con cuidado. Me gustaba sentir el viento en la cara y la adrenalina de ver el velocímetro subir al máximo, pero esta vez fui más cauteloso, acelerando lo mínimo y evitando que el vehículo se sacudiera demasiado.

—Mi abuela nos habría adelantado a pie —murmuró Gabriela a mi lado.

—No quiero ponerte en peligro.

—¡No lo harás! —Torció los labios—. Si sigues así, no vamos a poder subir esa duna de arena.

—Tranquila, sé lo que hago. —Quité una de mis manos del volante y la puse sobre su muslo.

Gabriela permaneció en silencio, pero sus mejillas se sonrojaron.

Para ser sincero, estaba deseando tener un momento a solas con ella.

Tuve que acelerar un poco para subir la duna y pronto nos encontramos en medio de un campo de arena, casi como un pequeño desierto. La arena era clara y brillaba bajo el fuerte sol. Yo estaba sudando, pero gracias a la capa de protector solar que Gabriela me había aplicado, no sentía que me estaba quemando vivo.

No solía acompañar a la familia a Sicilia cuando visitaban a Perla ni tampoco era muy fanático de la playa, pero estar allí con Gabriela me gustaba, sobre todo al verla sonreír y quejarse de lo lento que manejaba.

Tal vez, después de todo, esa boda no sería el peor suplicio de mi vida...

—¿Por qué paraste? —preguntó, mirando a su alrededor, notando que estábamos en medio de la nada, con el sonido del mar de fondo.

—Para que puedas descansar.

—No necesito descansar. —Puso cara de fastidio.

—Mejor aún. —Me levanté, rodeé el buggy y me acerqué a ella.

—¡Giovane! —soltó un grito cuando la levanté en brazos y la bajé del vehículo.

Con un brazo acerqué su cuerpo al mío y con el otro acerqué su cara y la besé. A Gabriela la agarró por sorpresa, pero respondió a mi beso rodeándome el cuello con los brazos.

Deslicé mi lengua en su boca, entrelazándola con la suya, e hice el beso más urgente. Sentí que mi cuerpo despertaba, lleno de

deseo. Recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la toqué no hizo más que aumentar mis ganas.

Sin aliento, dejé de devorar sus labios y bajé por su cuello, sintiendo cómo su piel se erizaba, para luego subir hasta su oreja.

—¿Llevas una toalla en el bolso?

—Tal vez... —murmuró socarronamente.

—Será mejor que acostarte directamente en la arena.

—Giovane, ¡no! Estamos en un lugar público.

—No veo a nadie por aquí. —Miré a los lados—. ¿Tú sí?

—Pero podrían pasar en cualquier momento.

—O tal vez no. —Mordí suavemente su cuello, provocando que soltara un gemido.

—Gio...

—Dame la toalla.

Ella asintió y yo la puse de pie, tomé la toalla y la extendí en el suelo.

—Ven aquí. —Volví a rodear su cintura con mis brazos cuando tuve las manos libres.

—Si nos atrapan...

—Shhh... —Le mordí el labio inferior, haciéndola callar mientras la empujaba hacia atrás hasta acostarla.

Su cabello castaño se esparció sobre la tela, y el brillo del sol en su rostro y en sus ojos la hacía ver aún más hermosa.

Apoyé una mano junto a su cuerpo, inclinándome sobre ella, y comencé a besarla, dándole pequeños mordiscos que fueron volviéndose más intensos. Mientras tanto, mi otra mano se deslizaba por el contorno de sus tetas, acariciándolos por encima de la blusa sin ninguna prisa. Bajé la mano por su torso y levanté la parte

inferior de su ropa, tocándola directamente, haciendo que se retorciera mientras respondía a mis besos.

—Giov... ¡Ah! —gimió cuando metí la mano bajo su sostén y pellizqué su pezón.

Jugué con la punta endurecida de su pecho, apretando, retorciendo... Haciéndola gemir cada vez más fuerte.

Introduje mi lengua en su boca, retorciéndola con la mía y robándole el aliento mientras mi mano se deslizaba hacia abajo, dejando su pecho a un lado y buscando otro objetivo. Bajé el cierre de su pantalón y metí la mano dentro del elástico de su ropa interior, deslizando los dedos entre sus labios vaginales. Gabriela gimió fuerte cuando la penetré con un dedo, aferrándose a mi brazo y clavando las uñas en mi piel mientras se retorcía de placer.

—Giovane... Ahh...

Se mojaba cada vez más a medida que mi dedo entraba y salía de ella. A pesar de su miedo a estar al aire libre, no podía evitar su deseo. Pronto sus piernas se abrieron de par en par, dejándome más espacio.

Retiré la mano y froté la humedad sobre sus labios, haciéndolos brillar y dejándola saborear su propio gusto antes de bajarle la ropa. Gabriela estaba tan adormecida que no protestó cuando expuse su vulva a la luz del sol.

Me moví, me puse de rodillas en la arena y me incliné hacia la unión de sus muslos. Antes de bajar más la cabeza, le dediqué una sonrisa maliciosa.

—Ha sido una buena chica, creo que se merece un premio.

—Tú vas a... —Se estremeció de anticipación.

—Deja tus piernas abiertas para mí.

Apoyó los codos en el suelo y asintió.

Soplé aire caliente, haciéndola soltar unos gritos antes de tocar su clítoris con la punta de mi lengua. Mis firmes manos bajaron por sus muslos y agarré sus nalgas, controlando el movimiento de sus caderas mientras empezaba a lamerla y chuparla. Su sabor aromatizaba mi boca mientras mi estimulación avivaba sus gemidos. Solía recibir más sexo oral que practicarlo, pero desde que acepté el matrimonio sabía que sería solo ella *hasta que la muerte nos separara.* Así que quería disfrutar al máximo de mi prometida.

Sentí sus finos dedos recorrer mi cuero cabelludo hasta aferrar los mechones de mi pelo. Su mano presionó mi cabeza, pidiéndome que intensificara y le di lo que quería.

Sus gemidos se hicieron cada vez más fuertes hasta que pude sentir cómo explotaba mientras movía mi lengua en círculos sobre su mayor punto de placer.

Me quedé de rodillas, mirándola y jadeando mientras Gabriela se recuperaba de su orgasmo.

Volví a sonreírle descaradamente y Gabriela se puso rígida.

—¿Qué vas a hacer?

No respondí nada, simplemente me incliné hacia ella y tiré de su nuca, acercando su boca a la mía. Devoré sus labios, mordisqueándolos, chupándolos y besándolos intensamente mientras mis manos volvían a recorrer su cuerpo. Le subí la blusa por encima de los pechos y le abrí el sujetador, dejándolos libres pero aún parcialmente cubiertos por los bordes.

Con la ropa arrugada y su cuerpo expuesto ante mí, Gabriela no intentó recomponerse mientras yo la dominaba con mi boca, lengua y dientes. Bajé mis labios por su cuello y mordí la yugular, haciendo que soltará otro gemido alto y se retorciera.

—Giovane...

Me aparté un poco de ella y la hice girar, poniéndola a cuatro patas sobre la toalla, sumisa exactamente como a mí me gustaba.

Agarré su culo perfectamente redondo, sintiendo mi verga palpitar de hambre dentro de mi ropa interior. Aquellas nalgas suaves avivaban mi deseo y no me importaba que estuviéramos en público para desearlas. Las separé con los dedos y eché un buen vistazo a mi objetivo.

—¡Giovane! —gritó y apretó la toalla bajo sus manos mientras empezaba a sentir mi saliva.

—Silencio...

—Nunca lo he hecho.

No podía haberme dado una respuesta mejor, porque me hizo aún más ilusión.

—Siempre hay una primera vez. —Froté mi verga contra su entrada y ella se contrajo aún más—. Será más fácil si te relajas.

—Es difícil relajarse cuando quieres metérmela por el culo.

—No quiero que sientas dolor, pero eso no significa que vayas a escapar de mí.

—Giovane, por fa... ¡Ah!

Gabriela dejó de hablar cuando empecé a penetrarla. Me gustaba su vagina, pero su culo apretado y virgen era algo a lo que no podía resistirme. Se aferró a la toalla con más fuerza cuando me acomodé dentro de su culo.

Era imposible contener mis propios gemidos. Estaba tan apretada y el placer se irradiaba de mi verga a todo mi cuerpo. Mientras esperaba a que se acostumbrara a mi presencia, le di una palmada en el culo y ella se inclinó hacia delante.

—Qué delicia... —solté entre un gemido.

La visión de sus nalgas apretadas contra mí era maravillosa. El culo de aquella brasileña volvería loco a cualquiera, pero solo era mío.

Pasé una mano por su nuca y la agarré del pelo, sujetando su cintura con la otra y empecé a moverme, devorando aquel delicioso culo y poniéndome caliente con cada movimiento.

Oímos un ruido que venía de lejos y Gabriela se movió, intentando alejarse de mí, pero yo la abracé aún más fuerte.

—¡Quietecita!

—Pueden vernos. —Tenía miedo.

Tomé su pelo con la mano y tiré de ella para acercarla a mi boca, acercando su oreja a mi boca y haciendo que se sentara sobre mí.

—No pararé hasta que haya acabado.

—Pero si...

—¡Que se joda!

—Podrían arrestarnos por exhibicionismo.

—Nadie nos va a arrestar. —Garanticé confiado—. Solo preocúpate por darme tu culo, deja que yo me encargue de todo lo demás.

La agarré por la cintura y la apreté contra mi regazo, metiéndosela hasta el fondo, y todas sus protestas fueron sustituidas por un chillido cuando su culo me apretó aún más fuerte. Era demasiado delicioso para atreverme a parar.

Se inclinó un poco hacia delante y volvió a apoyar las manos en la toalla, revolcándose deliciosamente sobre mí.

—Eso es... —La felicité, mordisqueándole la oreja y notando cómo se le erizaba el vello.

Quienquiera que fuese, se fue antes de vernos teniendo sexo. Fue mejor así, porque no quería enfadarme con alguien por interrumpirnos.

Ese culo rebotando sobre mí regazo, con mi verga entrando y saliendo. Pronto no pude controlarme más y apreté su cintura con fuerza, eyaculando dentro de ella.

Cuando me incliné, exhausto, apoyando la nariz en su nuca, me di cuenta de lo mucho que había sudado. Los movimientos, la fricción y el propio calor me habían hecho derretirme, pero por una buena razón.

—Menos mal que traje toallitas húmedas. —Ella sacó la bolsa al salir de mi regazo.

—Es bueno estar siempre preparado.

—¿Quieres decir que vas a darme por el culo más a menudo?

—Absolutamente.

Sus mejillas se pusieron rojas y no era por el sol.



Capítulo treinta y ocho

Sería mentira decir que no estaba un poco adolorida y extremadamente avergonzada. Perder la virginidad anal en la playa, donde cualquiera podía pasar, definitivamente no era lo ideal. Pero a Giovane eso no le importaba en lo más mínimo. El príncipe de la mafia seguía actuando como si estuviera por encima de todos, aunque ni siquiera estaba en su propio país.

Iba a casarme con él...

No es que el sexo me asustara, ese hombre estaba demasiado bueno, pero cada vez estaba más segura de que tal vez no estuviera preparada para todas las consecuencias de convertirme en la esposa de un Bellucci.

Después de devolver el buggy, comimos pescado en un puesto frente al mar. Luego, Giovane me dejó en casa antes de

regresar en taxi al hotel donde se estaba quedando. Yo necesitaba organizar mis cosas y prepararme para regresar a Italia.

En el fondo, me moría de miedo al pensar en lo extremadamente diferente que iba a ser. Ya no viviría sola en un departamento minúsculo, me presentarían a una familia y me convertiría en parte de ella en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo estuvo el paseo?

Salté del susto cuando mi mamá entró en mi cuarto.

—Estuvo bien. —Le sonreí.

—¿Solo bien?

—Anduvimos en buggy, caminamos por la playa y almorzamos en el puesto de Chico. —Omití la parte del sexo; claramente era algo que mi mamá no necesitaba saber.

—El pescado allí es muy bueno.

—Sí.

—¿Ya estás organizando las cosas? —Se fijó en la ropa doblada sobre mi cama. Apenas había tenido tiempo de sacarla de las maletas y tendría que volver a meterla.

—Giovane quiere que nos vayamos mañana.

—¿De verdad crees que sea buena idea casarse así, de repente?

—Estoy embarazada, mamá. Es lo mejor para el bebé.

También es lo mejor para asegurarme de que ustedes estén a salvo, pensé. Para ser honesta, esa era mi principal razón para casarme con Giovane.

—Eso solo será lo mejor si ustedes dos son felices.

—¿Quién dice que no lo seremos?

—Cuando te fuiste… —Mamá se frotó las manos, nerviosa—. Parecías tan convencida y molesta.

—A veces decimos y hacemos cosas de las que nos arrepentimos.

—Solo espero que seas feliz. —Se inclinó para acariciarme el hombro.

—Gracias.

Nos miramos fijamente durante unos instantes hasta que me incliné, apilando algunas camisetas para meterlas en la maleta.

—Vas a ir a la boda, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo.

—No es que me guste tenerte tan lejos, pero al menos ya me estaba acostumbrando a la idea de que vivas en Roma.

—Son solo unas horas de avión.

—¿Un par?

—Bueno… muchas —me reí—, pero menos de un día.

—Sabes que nunca hemos viajado en avión.

—Es más tranquilo de lo que te imaginas.

—Eso espero. —Me acarició la mejilla y salió de mi habitación.



Capítulo treinta y nueve

Tomé una copa de vino y me acomodé en el asiento junto a Gabriela, que parecía distraída mirando las nubes por la ventana mientras volábamos hacia Roma. Hicimos una parada para reabastecer el avión, pero pronto estaríamos en casa.

Sabía que enfrentar a mi padre y al resto de la familia no iba a ser nada fácil. Para ellos, yo había cometido el mismo error estúpido que mis hermanos: tomar una pésima decisión para la familia.

La verdad era que había caído en mi propia trampa. Estaba convencido de que no me involucraría emocionalmente con Gabriela, pero para cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. Hijos, familia... siempre iban a ser lo primero. Por mucho que Dante y los demás se pusieran furiosos conmigo, al final no permitirían que yo abandonara a mi hijo.

—Imagino que no puedes beber —comenté, levantando mi copa para mostrársela.

Gabriela negó con la cabeza.

—¿Quieres jugo o agua?

—Jugo.

Levanté la mano y una azafata se acercó. Le pedí que le sirviera una comida. Gabriela estaba embarazada y necesitaba mantenerse bien hidratada y alimentada. Era un vuelo largo, y no era el mejor momento para que se sintiera mal.

Ettore y Thiago estaban sentados en silencio en otra fila. Parecían más tranquilos desde que acepté el matrimonio y puse las cosas en orden.

Estaba distraído, terminando el último sorbo de vino, cuando sentí que mi celular vibraba.

Mamá:

¿Dónde estás?

Giovane:

En medio del Atlántico.

Mamá:

¿En cuánto tiempo llegarán?

Giovane:

En unas horas.

Mamá:

Estoy ultimando los detalles de la boda, pero aún no le has dicho nada al resto de la familia, ¿verdad?

Giovane:

Todavía no.

Mamá:

¿Puedo organizar una cena esta noche?

Giovane:

¿Hoy?

Mamá:

La boda es en unos días. Necesitan saberlo pronto.

Giovane:

Está bien, como quieras.

Mamá:

Llamaré a todos.

Giovane:

Hasta luego.

Dejé de escribirle a mi mamá y me fijé en Gabriela, que seguía comiendo a mi lado. Estiré la mano y la puse sobre su muslo, provocando que se removiera incómoda.

—Giovane... —murmuró avergonzada.

—Tranquila, todo está bien.

—Esto está lleno de gente.

—Me estoy portando bien —respondí, encogiéndome de hombros.

—Mmm... —Torció los labios.

—Hoy vas a conocer a toda mi familia.

—¿Qué? —Ella abrió los ojos sorprendida.

—Mi mamá va a preparar una cena. Cree que es mejor que les cuente todo antes de anunciar el matrimonio.

—No creo que me acepten fácilmente —dijo, poniéndose tensa.

—Con el tiempo se acostumbrarán a ti.

—No es la mejor respuesta que me gustaría oír.

—Seré sincero. —Tomé su mano e hice que me mirara—. Mi familia esperaba que eligiera a una chica nacida en la mafia, de una familia que pudiera sumarse a la mía de algún modo y estrechar lazos.

—Definitivamente no soy nada de eso.

—No eres la primera en estar en esta situación, así que todo va a salir bien.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza.

—Termina de comer, pronto aterrizaremos en Roma.



Capítulo cuarenta

Abracé la caja de transporte de mi gata mientras ella maullaba apenas cruzamos la puerta de una enorme sala de estar, decorada con alfombras rojas y adornos extravagantes. Mila no era la única que estaba nerviosa y asustada. Ya era difícil conocer a la familia de mi futuro esposo, pero el hecho de que ellos fueran la familia mafiosa más poderosa de Italia hacía que la situación fuera aún peor.

El lugar parecía una mezcla de lujo y excentricidad. Jamás habría imaginado a Giovane viviendo en un sitio así. No se parecía en nada a él. Sin embargo, en cuanto una mujer rubia, con una larga falda roja y una sonrisa radiante, se acercó, supe que ella era la mente detrás de toda la decoración.

Había hablado con la madre de Giovane solo por teléfono y mensajes, y la había visto en algunas fotos en internet, pero tenerla

frente a mí era completamente diferente. La mujer se acercó y me envolvió en un abrazo.

—Querida, bienvenida.

—Gracias —murmuré torpemente.

—¿Quién es? —Miró dentro de la bolsa.

—Es mi gata, Mila.

—¡Qué linda!

—Gracias.

—Debes tener hambre. —Se apartó para verme mejor.

—Comí en el avión.

—Pero estás embarazada y tienes que comer bien. —Me acarició el hombro.

—Mamá... —Giovane la interrumpió suavemente—. Deja que Gabriela se acomode primero.

—De acuerdo.

—Vamos. —Me puso la mano en el centro de la espalda y me condujo por un largo pasillo hasta uno de los dormitorios.

El ambiente del cuarto era completamente diferente de lo que me había transmitido el resto del apartamento. Era más sobrio y estaba lleno de dispositivos electrónicos, como la oficina que Giovane tenía en la empresa. En una pared había un escritorio con varios monitores, en otra se veían dos puertas, y en el centro del cuarto, una cama matrimonial cubierta con un acolchado azul oscuro.

—Nos quedaremos aquí por ahora, hasta que compre una casa para nosotros.

—¿Vas a comprar una? —pregunté, sorprendida, porque no habíamos hablado de eso.

—¿Preferirías seguir viviendo con mi madre?

Negué con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

—¿Puedo soltar a Mila?

—Siempre y cuando no haga pis en mis cosas —respondió, mirándome de reojo.

—Voy a poner su caja de arena en el baño.

—De acuerdo.

—Gracias.

Giovane me dejó sola en el cuarto una vez que los guardias llevaron mis maletas y las acomodaron en una esquina junto a la puerta.

Estaba tensa, como si un bicho se retorciera dentro de mí. Por mucho que hubiera aceptado el matrimonio, estaba segura de que no me resultaría fácil. Estaba acostumbrada a cuidar de mí misma, pero me sentía impotente ante los enemigos de Giovane.



Capítulo cuarenta y uno

—Por lo menos es guapa —murmuró mi padre cuando regresé solo a la sala, donde él bebía un poco de whisky.

—Pues sí. —Me acomodé a su lado en el sofá, sabiendo que la conversación dejaría de ser cordial en algún momento.

—No puedo creer que todos ustedes sean tan inteligentes y, al mismo tiempo, tan estúpidos.

—Sería mucho más fácil si no nos obligaran a casarnos cada vez que dejamos embarazada a una mujer.

—¿Preferirías abandonar a tu hijo? ¿A tu sangre?

—Un hijo es un hijo, una mujer es una mujer...

—Pero ese es un lazo eterno con ella.

—Si tú lo dices. —Me encogí de hombros.

—Eres demasiado joven e irresponsable para entender las consecuencias de todo lo que hiciste, pero cuando nazcan los niños y tengas que hacerte cargo...

—Manejo muy bien la empresa mientras los demás se ocupan de los asuntos de la mafia.

—Eso no es lo que he dicho.

—Esa no es mi responsabilidad.

—Proteger a tu familia es la más importante, y ahora esa chica será parte de la tuya. No podemos permitir que vuelva a ser secuestrada.

—No va a pasar.

—Eso espero.

En ese momento, escuchamos el timbre de la puerta, y mi padre se levantó para abrirla.

Al primero que vi fue a Dante, su padre estaba justo detrás de él. Sus ojos se dirigieron directamente hacia mí, pero logré esquivarlos cuando la tía Laís me dio un abrazo, aliviando un poco la situación.

—Felicidades, cariño. —Al escucharla, supe que mi madre ya les había adelantado el motivo del encuentro.

—Gracias.

—Era obvio que ibas a hacer alguna locura —gruñó mi tío, y fingí no haber escuchado.

Él estaba furioso, pero eso no cambiaría nada. Me iba a casar con Gabriela, no con alguna esposa que ellos eligieran por conveniencia familiar.

Dante estaba comprometido con una adolescente, lo cual complacía tanto a su padre como al tío Marco, así que no había

drama por ese lado. Por suerte para ellos, yo era el menor y el menos relevante en los asuntos de la mafia, por lo que las demás familias no prestaban demasiada atención a mis decisiones.

—¿Dónde está ella? —preguntó la tía Laís, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Instalándose —respondí en tono cordial.

Todos se instalaron en la sala, y poco después llegaron mis hermanos y la familia del tío Theo. Los niños empezaron a correr por toda la casa, mientras los bebés se acomodaban en los brazos de sus madres, aliviando un poco la tensión del ambiente.

—Pensé que te tomarías más tiempo para casarte, hermano —comentó Nina.

—Yo también —respondí con una sonrisa forzada.

Todos querían conocer a Gabriela, la nueva integrante de la familia. Aunque no hubiera nacido dentro de este mundo, tendría que aprender a adaptarse a nuestras reglas y formas de convivir. Sabía que sería difícil para ella, pero ese no era mi mayor problema.

Aproveché el bullicio como excusa para salir de la sala y me dirigí al cuarto, justo cuando Gabriela salía del baño.

—¡Ey! —me dijo con una sonrisa nerviosa.

—¿Estás preparada?

—Pensé en pintarme los labios o maquillarme. No sé si...

—Estás preciosa así.

—Gracias. —Se acomodó torpemente un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Ya han llegado?

—Sí, te están esperando.

Respiró hondo y noté que se le iba el color de la cara.

—Ey —me acerqué y acaricié su cara—. Todo va a estar bien. Nadie va a morderte. Solo yo... más tarde.

La miré con picardía y Gabriela soltó una risita.

—¿Serán duros conmigo?

—Si alguien va a recibir una bronca, soy yo. Pero puedo manejarlo. No te preocupes. —Le acerqué el rostro y le di un beso rápido.

Entrelacé mis dedos con los suyos y la arrastré conmigo hasta el salón, donde estaba reunida toda la familia. Gabriela me apretó la mano, mostrando lo tensa que estaba mientras las miradas de todos se volvían en nuestra dirección.

La abuela fue la primera en levantarse de uno de los sillones y acercarse a ella, envolviéndola en un acogedor abrazo.

—Bienvenida a la familia, querida.

—Gracias.

Enseguida, las otras mujeres se acercaron a saludarla, y Gabriela empezó a relajarse poco a poco.

Después de que los empleados sirvieron la cena, seguí a mi padre y al resto de los hombres hacia su despacho. En cuanto se cerró la puerta, me preparé para lo que estaba por venir.

—Creí que la advertencia que hice el día que Nicolae presentó a su mujer era suficiente —gruñó el tío Marco, alternando la mirada entre mis hermanos y yo.

—Soy el menos importante. —Me encogí de hombros.

—Aun así, llevas la sangre Bellucci y desperdiciaste una oportunidad.

—¿Para mí o para la familia?

—Para ambos.

—El embarazo ya se ha producido, ahora es demasiado tarde —dijo mi padre, tratando de disipar parte de la animosidad que reinaba en la sala.

—Tus hijos solo han traído problemas —provocó el tío Theo, haciendo que la expresión de mi padre se endureciera.

—Tú tampoco saliste del todo bien librado. —Mi padre lanzó una mirada hacia Thiago, que rodó los ojos.

—Pero Manuela y Lorenzo hicieron buenos matrimonios.

—Seguir discutiendo esto es inútil —interrumpió Dante, cortando el tema de raíz—. Giovane se casará con la brasileña, y eso no es lo que más nos preocupa. Los Nuvoletta la secuestraron e intentaron atraparnos a todos.

No le había contado eso a Dante, pero supuse que alguno de mis hermanos o primos lo había hecho. Ellos estaban a cargo de nuestra seguridad y debían informar al Don sobre cualquier cosa relevante.

—¿Cuándo pasó eso? —Su padre se mostró sorprendido.

—Hace unos días —respondí.

—¿Cómo es que no nos enteramos?

—Lo resolví solo. —Me crucé de brazos.

—Es un asunto muy delicado. Esos malditos son como cucarachas; siguen apareciendo aunque intentemos exterminarlos.

—¿Cómo sabían de ella? —El tío Theo se rascó la cabeza pensativo—. La chica aún no ha sido presentada oficialmente, nadie más debería saber de ella.

—Giovane no era muy discreto en la empresa —murmuró Nicolae, provocando que yo apretara los dientes y le gruñera.

—¡Ey!

Mi hermano ignoró por completo mi reacción.

—¿Pero la empresa no debería ser un lugar seguro? —preguntó Dante, tratando de conectar las piezas.

—Sospechamos de alguien infiltrado —aclara Ettore.

—Eso tiene que resolverse cuanto antes —dijo el Don, elevando la voz.

—Estamos trabajando en ello —dijo Ettore.

—No podemos dejar que se filtre información interna, recuerdas demasiado bien lo que pasó cuando Sebastian pirateó nuestros ordenadores. Quiero que revisen todo y eliminen cualquier posible fuente de espionaje.

—Yo me encargo —respondí al unísono con mis hermanos.

—Eso espero.

—Ahora será tu esposa, así que encárgate de protegerla.

—No te preocupes, lo haré —aseguré.

Ese era un papel que ya había aceptado por completo.



Capítulo cuarenta y dos

Días después...

El vestido de novia era exactamente el que había elegido, al igual que el maquillaje y los accesorios. Al mirarme en el espejo, me sentí como una princesa y la mujer más bella del mundo, pero sentía un malestar en la boca del estómago que no desaparecía y me hacía sentir aún más incómoda.

—Todo va a salir bien, Gaby —murmuré para mis adentros.

Ya había aceptado ese matrimonio y no podía precipitarme, pero eso no parecía bastar para aliviar toda mi tensión.

Escuché la puerta abrirse, y mi madre entró apresurada hacia mí para darme un abrazo tan apretado que casi me dejó sin aire.

—¡Oh, mi niña está preciosa!

—Gracias, mamá.

Di un paso atrás para observarla mejor, notando las lágrimas alrededor de sus ojos que tenían una ligera mezcla de alegría y tristeza. Sin duda, ella estaba contenta por la boda, pero triste por la posibilidad de que mis viajes a casa se espaciaran aún más.

—¿Cómo te fue en el avión?

—Me dio un poco de vértigo.

—Lo importante es que estás aquí.

—Sí. —Me acarició la mejilla cariñosamente—. ¿Estás emocionada por la boda?

—Mucho. —Mentí, pero era mejor que no se diera cuenta de lo tensa que estaba y de que mi respiración era agitada.

—Todo irá bien.

Asentí con la cabeza.

Entonces la madre de Giovane abrió la puerta sin llamar y me miró antes de preguntar.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Uno de los choferes te llevará junto con tus padres a la iglesia.

—Gracias.

—De nada, querida.

Presenté a las dos rápidamente y levanté un poco la falda de mi vestido para caminar hasta la sala, donde un hombre de traje esperaba con una postura impecable. Mi papá estaba de pie junto a él, pero no intercambiaban palabra alguna. Ninguno de mis padres entendía italiano, y dudaba que el chofer hablara algo de portugués.

—¿Hija? —Se giró hacia mí con una mirada de sorpresa que luego se transformó en una sonrisa.

—Hola.

—Estás preciosa.

Me acomodé el peinado, algo incómoda.

—Él es un hombre afortunado.

Ojalá que sí, pensé para mis adentros.

—¿Vamos? —los animé a él y a mi mamá.

El chofer nos escoltó hasta el garaje, donde esperaba una elegante limusina blanca. Aunque había participado en la elección de cada detalle del evento, seguía ansiosa por ver cómo había quedado todo. Ese pensamiento me ayudaba a no preocuparme demasiado por cómo sería mi vida después de ese día. En un rato, me convertiría en la señora Bellucci, la esposa de Giovane.

Todo había pasado demasiado rápido. Hace apenas unos meses, él era uno de los dueños de la empresa que apenas cruzaba por las oficinas donde yo trabajaba. Ni siquiera sabía quién era yo. Pero desde que apareció en mi apartamento, mi vida se había salido de control.

El sexo frenético acabó en embarazo y matrimonio.

Sin contar el secuestro, claro…

No quería pensar en aquel terrible incidente de mi vida, pero era imposible olvidarlo sin más. Lo que significaba que tenía que tener mucho cuidado de no repetirlo.

Mientras recorríamos las calles de la ciudad, observaba cada rincón del centro histórico de Roma con una nueva perspectiva. Ya no sería solo una visitante ocasional; me convertiría en una residente oficial. Difícilmente Giovane decidiría mudarse a otro lugar.

Recordé aquella vez que mencionó la idea de comprar una casa para vivir juntos, pero como no volvió a tocar el tema en los

días siguientes, asumí que había cambiado de opinión.

Aunque empezaba a acostumbrarme a la presencia de su madre, no podía negar que tener un lugar propio sería un alivio. Necesitaba un espacio que sintiera mío, porque en esa casa me sentía como una extraña.

Dejé de pensar en ello cuando vi que la limusina se detenía delante de la iglesia donde iba a celebrarse la boda.

Ya no podía huir y cambiar de opinión.

Llevé una mano a mi vientre bajo el vestido.

Yo misma me había metido en este enredo, y ahora no me quedaba más remedio que afrontar las consecuencias.



Capítulo cuarenta y tres

Me fijé en la alianza dorada en mi dedo mientras Gabriela se acomodaba a mi lado en la limusina, después de la calurosa recepción en el *Palazzo di Poli*, el edificio que alberga la majestuosa *Fontana di Trevi.*

El lugar había acogido las fiestas de boda de mi familia desde la época de mis abuelos o incluso antes. A excepción de los padres de Gabriela, a la fiesta solo asistieron miembros de la mafia e importantes personalidades de toda Italia, como era tradicional.

Podía leer en sus rostros la duda sobre mi elección de esposa. Algunos no ocultaban su decepción por haber preferido a una *cualquiera* en vez de sus hijas, criadas cuidadosamente para ser el modelo perfecto de elegancia y sumisión.

Mi familia tenía razón, por mucho que yo pensara que era el más joven del grupo, seguía siendo un Bellucci y poder darle ese apellido a una de sus hijas era el sueño de todo capo.

Después de saludos y deseos hipócritas de felicidad, tomé a Gabriela de la mano, posamos para algunas fotos y me despedí de los invitados antes de entrar en la limusina que nos esperaba. Me sentía tan asfixiado que no veía la hora de quitarme la corbata que apretaba mi cuello.

Me abrí los botones de la chaqueta negra y me aflojé la corbata.

—¿Va todo bien? —Gabriela se volvió hacia mí mientras el vehículo se movía.

Asentí sin decir nada.

—¿Vamos a casa de tus padres o a un hotel? —preguntó con curiosidad.

—A ninguno de los dos.

—¿Entonces a dónde? —Frunció el ceño, claramente confundida.

—A nuestra casa.

—¿Nuestra? —Sus ojos marrones se abrieron de par en par.

—¿No te dije que compraría un lugar para nosotros?

—Sí, pero como no habías dicho nada más al respecto, pensé que habías cambiado de opinión o que habías desistido por el momento.

—Decidí que fuera una sorpresa.

—¡Oh! —Se quedó sin palabras, pero la sonrisa que apareció en sus labios me levantó el ánimo.



Capítulo cuarenta y cuatro

Nos dejaron frente a un edificio moderno, muy diferente de los antiguos del centro histórico de la ciudad. El chofer fue el primero en bajar y nos abrió la puerta. Giovane salió del auto y me ayudó a hacer lo mismo. Con el volumen del vestido, moverme era todo un desafío.

—¿Necesita ayuda, señor?

—No. —Giovane lo despidió con un gesto de la mano—. Ya puedes irte.

El chofer asintió y volvió al auto. Nosotros entramos al edificio antes de que él se marchara.

La recepción era preciosa, con sofás de cuero y una araña de cristal que se reflejaba en los espejos de las paredes. Sin embargo,

no pude detenerme a admirarla, porque Giovane me arrastró hacia uno de los ascensores.

—¿Aquí es donde vamos a vivir?

—¿No te gusta?

—Ni siquiera me has dado tiempo a mirar bien.

—Ya tendrás tiempo de observar más tarde.

No había nada sospechoso en sus palabras, pero igual me recorrió un escalofrío.

Subimos hasta el último piso de un edificio de diez niveles. El pasillo era largo y tenía solo una puerta, lo que me hizo pensar que era de esos apartamentos que ocupan todo el piso, como el de los padres de Giovane.

Esperé que sacase una llave, pero simplemente acercó la mano a la manija. Esta parpadeó en verde y la puerta se abrió.

—¿Lectura digital?

—Sí.

—¡Genial!

—Ayer Ettore me ayudó a implementar algunas mejoras tecnológicas. Espero que te gusten.

—Seguro que sí.

Entramos en el departamento y cerró la puerta.

—Lola, enciende la luz —ordenó a la inteligencia artificial.

—Giovane y Gabriela, buenas noches.

—Gracias, Lola. —Solté una risita.

Miré a mi alrededor, el salón era mucho más discreto y clásico que el de los padres de Giovane. Todo era exactamente igual a él, pero como nuestros gustos eran parecidos, también me gustaba.

—¿Dónde está nuestra habitación? —Me alejé unos pasos, hacia el pasillo—. Creo que me quitaré este vestido. Es tan pesado.

—¡No! —Me agarró de la muñeca, tirando de mí hacia atrás y sorprendiéndome.

—¡Oye!

—Déjatelo puesto.

—¿Por qué?

—No tengo intención de llevarte a la habitación ahora.

—¿Entonces me vas a dejar explorar el apartamento?

Giovane negó con la cabeza y me empujó hacia la mesa del comedor. Apenas tuve tiempo de notar el cristal opaco de la superficie antes de que mi rostro fuera presionado contra él.

—¡Giovane!

—Ahora que estamos solos, puedes gemir todo lo que quieras.

—¡Estás loco!

Al mismo tiempo que una pequeña parte de mí quería huir, otra se giraba expectante cuando los firmes dedos de mi marido empezaron a abrir los botones de perlas de mi vestido de novia. Empezó con calma, pero pronto perdió la paciencia y tiró del resto, y lo único que pude oír fue cómo rebotaban en el suelo liso.

Me agarró del moño y tiró de mi cabeza hacia atrás, levantándome apenas lo suficiente para bajar la parte superior del vestido. Mis pechos desnudos y sensibles por el embarazo se aplastaron contra el vidrio frío.

Apoyé las manos en la mesa, pero no intenté alejarme. En el fondo, quería lo que Giovane estaba a punto de hacerme.

Levantó la voluminosa falda del vestido, y solté un gritito cuando su mano golpeó mi culo.

—¡Ay!

La piel me ardía, pero solo podía pensar en mover las caderas, pidiendo más, mientras una presión palpitante crecía entre mis muslos. Giovane deslizó los dedos dentro de mi pequeña tanga de encaje blanco.

Restregué mi vulva contra sus dedos, pero apenas pude disfrutarlo, porque enseguida me quitó la tanga de un tirón. Me quedé apoyada sobre la mesa, con la parte superior del vestido bajada, las tetas aplastadas contra el cristal y la falda levantada, dejando al descubierto mi culo y mi vagina.

—Estás buena, ¿lo sabías?

Todo mi cuerpo se estremeció cuando sentí el roce de su cuerpo contra el mío mientras su boca se acercaba a mi oreja.

En ese momento, podría hacer lo que quisiera conmigo, y yo no lo detendría. Su forma de tocarme me volvía loca, y resistirme era impensable. No es que quisiera intentarlo.

Me arqueé para él, sacando aún más el culo, y recibí otra bofetada que resonó en toda la habitación.

Giré la cara hacia un lado y vi un espejo en una de las paredes, que reflejaba nuestra imagen. Debería haberme avergonzado de estar en aquella postura casi animal, pero solo conseguí ponerme aún más caliente.

Él apenas me había tocado, pero ya podía sentir la humedad resbalando por mis muslos. Los separé más, esperando sus dedos, aunque sabía que quería más que eso.

—Eres una pervertida. —Me apretó el culo con toda la mano, presionándome la piel con los dedos, y lo único que hice fue revolcarme, suplicando más—. ¿No querías ir al dormitorio?

—Podría ser aquí —admití. El deseo era demasiado fuerte para preocuparme por el lugar.

—Quieres que te meta la verga, ¿verdad?

¿Cómo podía ser tan descarado?

—Giovane...

—Dilo...

—Sí... —murmuré suplicante—. ¡Méteme la verga!

Se rió, complacido con mi confesión. Pero, en lugar de liberar su erección de inmediato y penetrarme, se apartó, prolongando mi sufrimiento y jugando conmigo.

—Oye...

—Solo te la voy a dar después de que me la hayas chupado.

—No es justo —refunfuñé impaciente.

—La vida no es justa, cariño.

Me levanté de la mesa y me arrodillé en el piso, con la falda enorme del vestido amontonándose a mi alrededor y mis tetas al descubierto, erguidas de excitación y curvadas por su propio peso. Comencé a subir la parte superior del vestido, pero Giovane apartó mis manos.

—No... Me gusta mirarlas desde ese ángulo.

Sentí cómo mis mejillas se encendían, pero dejé caer el vestido para que mis pechos quedaran expuestos de nuevo. No era la primera vez ni sería la última que Giovane los observaba con esa devoción. Humedecí mis labios mientras mis dedos recorrían el bulto de su pantalón. Estaba bien duro, y lo sentí palpitar bajo mi toque provocador.

Se me humedeció la boca al ver el deseo en sus ojos claros, teñidos de negro por sus pupilas dilatadas.

Le bajé la cremallera del pantalón negro, se lo bajé hasta los pies y Giovane se deshizo de los zapatos mientras se quitaba la chaqueta. Acerqué mi boca a su ropa interior blanca y besé el

miembro contenido en ella. Di una leve lamida, dejando húmedo el tejido donde lo había tocado con mis labios.

Giovane se estremeció, y pude notar su creciente excitación.

—Qué rico... —murmuró mientras me acariciaba el pelo, con los ojos en blanco de excitación.

Su verga palpitaba bajo la tela, y yo jugueteaba con ella. Pasé mis dedos por la orilla y le di unos besitos.

—Chúpala ya —ordenó, impaciente.

—Tranquilo, mandón. —Dejé escapar una ligera carcajada al darme cuenta de que en ese momento el control era todo mío—. Un poco de paciencia…

—¿No querías que te la metiera? Pues apúrate —gruñó.

—Creo que he cambiado de opinión.

Me incorporé ligeramente, rozando el bulto en su ropa interior con mis pechos desnudos. Giovane dejó escapar unos gemidos impacientes, lo que me hizo disfrutar aún más provocarlo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Nada... —Incliné la cabeza y volví a humedecer la tela con mis labios.

—Gabriela...

—Mmm...

Perdió la paciencia y se quitó los calzoncillos, frotando su verga contra mis tetas. Sujetaba su miembro con una mano y me agarraba del pelo con la otra.

—Abre la boca.

—¿Y si no quiero? —me burlé de él.

—¿Vas a volverme loco? —Soltó mi cabello y bajó la mano por mi rostro, delineando mis labios con el pulgar antes de abrirlos para

introducir su dedo.

—Tal vez...

Movió el pulgar sobre mi lengua y yo puse los ojos en blanco, excitándolo aún más.

—Ah, Gabriela...

Mi sonrisa se ensanchó, pero permanecí inmóvil, observándolo arder cada vez más de deseo.

Estaba jugando con fuego, pero mi cuerpo también palpitaba de deseo, y aunque ansiaba sentirlo dentro de mí, podía aguantar un poco más ese juego.

Cerré los labios alrededor de su dedo y comencé a chuparlo.

—Maldita... —Imaginé cualquier insulto escapando de su boca, pero el gemido ahogó sus palabras.

Retiró su mano y volvió a sujetar mi cabello, empujando su glande contra mis labios hasta que los abrí, permitiendo que su verga se deslizara sobre mi lengua. Mi boca salivaba, ansiosa por recibirla. La sostuve con ambas manos por la base y la llevé hasta sentirla rozar mi garganta. Giovane dejó escapar un gemido más alto, aflojando su agarre mientras el placer lo consumía.

La chupé, sintiendo cómo mi boca se humedecía cada vez más, al igual que mi vulva, llena de deseo y palpitante. Mi canal estaba celoso de mi lengua, que experimentaba con su vaivén.

Me estaba volviendo loca de lujuria, mi cuerpo temblaba con un deseo cada vez más salvaje, cuando me detuve, lo aparté de un empujón y me puse de pie.

Giovane me gruñó y yo lo miré seriamente mientras me quitaba el vestido, llevando solo medias blancas tres cuartos y un liguero.

—No hemos terminado... —Parecía molesto.

—No quiero que me acabes en mi boca —dije, tomando su mano y colocándola entre mis muslos para que sintiera lo mojada que estaba.

—¡Qué perversa!

—¿Solo yo?

—No dije eso.

Sus manos se posaron en mi cintura y me levantó, sentándome en el borde de la mesa. Se acomodó entre mis piernas y se inclinó para besarme mientras se quitaba la camisa y la arrojaba al suelo. Agarró mi nuca, inclinando mi cabeza hacia atrás, y mordió mi cuello mientras su miembro se abría paso en mí.

—¡Ay! —Dejé escapar un gemido agudo, mezcla de dolor por la mordida y la deliciosa sensación de tenerlo dentro.

Froté mis pezones supersensibles contra su pecho varonil y bien definido, mientras Giovane se movía cada vez más rápido. Aquel intenso frenesí me hacía delirar y era sin duda la mejor sensación del mundo.

Este matrimonio podría traer desafíos, pero el sexo...

Con su cuerpo chocando contra el mío y los sonidos de nuestra piel llenando la habitación, sentía el calor y la fricción sin importarme nada más. Lo único que quería era que siguiera. Me deslicé hacia la orilla de la mesa, permitiendo que Giovane se hundiera más profundo en mí.

Sentí sus últimas embestidas antes de que acabara dentro de mí, llenándome con su semen. Seguí moviéndome sobre él hasta encontrar mi propio orgasmo.

Caí de espaldas, exhausta, desparramada sobre el cristal de la mesa, jadeando.

El techo de la habitación giraba a mi alrededor, pero la sensación que me invadía era maravillosa.

—Quédate aquí tranquila.

—Giovane...

—¡Shhh!

Desapareció de mi vista, y yo permanecí ahí, desparramada, recuperando el aliento.



Capítulo cuarenta y cinco

Mientras me recuperaba de un buen polvo, fui hasta nuestro cuarto, abrí el cajón de la mesa de noche y saqué un lubricante. Había comprado algunas cosas pensando en usarlas con ella pronto.

—¿Giovane? —Gabriela seguía acostada de lado sobre la mesa cuando volví a la sala—. Voy a darme un baño.

—En un momento.

—¿Por qué? Podemos ir juntos. —Me guiñó un ojo, jugueteando.

—Quiero tu culo.

—¡Giovane! —soltó un grito, sonrojándose al instante.

Me acerqué y la hice girar sobre la mesa. Puede que estuviera algo cansado y con unas copas de más por la fiesta de nuestro

matrimonio, pero tenía toda la intención de aprovecharla toda la noche.

Ya me había atado a esa mujer para el resto de mi vida. No había delito en disfrutar de la mejor parte.

La volví a inclinar sobre la mesa, dejándola boca abajo, y ella giró la cabeza mientras la superficie fría del vidrio se pegaba a su piel.

Le pasé las manos por la curva de su redondo culo y se le erizó el vello mientras se inclinaba hacia mí.

Le di una palmada firme, haciéndola vibrar, y Gabriela soltó un gritito.

Dejé caer el tubo de lubricante junto a ella sobre la mesa mientras le sujetaba el culo con ambas manos, mirando directamente a mi objetivo, estrecho, deliciosamente apretado. Apenas había acabado hace unos minutos, pero ya estaba duro otra vez, listo para más.

Me humedecí los dedos con el gel y los deslicé en su entrada, provocando que se retorciera y rascara el vidrio donde estaba apoyada. Su cuerpo se tensó un momento, pero le di otra palmada suave y me incliné hacia su nuca para que se relajara.

—¿Se va a convertir ahora en un hábito? —se aventuró a preguntar.

—Por supuesto. —Sonreí con picardía—. Eres mía, ¡toda mía!

—Eres un posesivo.

—Muy... —Le agarré el culo con ambas manos, y Gabriela soltó un gemido más alto.

Froté mi verga contra su ano y la empujé hacia dentro, sintiendo cómo se deslizaba con la ayuda del lubricante. Con las manos en su cintura, empecé a moverme dentro de ella.

Delicioso, apretado...

No había mejor vista que ese trasero ajustado deslizándose sobre mí mientras la devoraba. Era la segunda vez que lo hacíamos así, pero ya parecía más acostumbrada, más suelta.

—¡Ay! —soltó un gemido.

—¿Te gusta? —Le tiré del pelo y la acerqué a mí.

—Está mejorando...

—Qué bien… —Agarré su culo y empujé más profundo, aumentando la velocidad.

—¡Giovane! —gimió mientras su cuerpo se tensaba alrededor de mí, y eso fue suficiente para hacerme acabar otra vez.

Me dejé caer sobre su espalda, inmóvil, recuperando el aliento mientras sentía cómo mi erección comenzaba a ceder.

—Estoy toda pegajosa. —Se quejó.

—Por una buena razón.

—Sí... —Soltó una risita.

Nos levantamos y fuimos al baño. Después de unos minutos en la ducha, fuimos al dormitorio y ella se acostó sobre mi pecho, acurrucándose en mí hasta quedarse dormida.

Me tomó un poco más quedarme dormido. Me quedé mirándola, hermosa, tranquila y serena, como si hubiera olvidado los motivos que la hacían tener miedo.

Ella era mía, y eso me hacía responsable tanto de ella como del hijo que tendríamos en unos meses.

Le miré la barriga, aún no había empezado a crecer, pero ya podía imaginarme al niño. Todos mis hermanos tenían hijos. Aunque no tenía prisa, no era como si no quisiera ser padre.

Me había acercado a Gabriela por pura lujuria y con la esperanza de no tener que involucrarme, pero ya no sabía si esos eran los únicos sentimientos.

Sin duda me había involucrado más de lo que había planeado.



Gabriela

Capítulo cuarenta y seis

Después del matrimonio, pasamos casi una semana encerrados en nuestro nuevo departamento. Solo me tomaba un momento para mandar mensajes a mis padres y asegurarles que estaba todo bien conmigo.

Bueno, lo de "bien" era relativo. Me sentía agotada, pero también en las nubes. Fue la mejor y peor semana de mi vida. Apenas podía caminar o sentarme sin incomodarme, pero mi cuerpo estaba en éxtasis. Giovane me hizo recorrer cada rincón del departamento, sintiendo la textura del piso, los azulejos, las sábanas, e incluso las alfombras. Hicimos el amor en cada esquina, varias veces al día.

Entre sesiones, tomábamos pausas para comer y beber algo. A veces, Mila, nuestra gata, se quejaba pidiendo que limpiara su caja de arena o que le pusiera comida.

Sin embargo, ambos sabíamos que esa rutina no podía durar para siempre. Giovane tenía que regresar a la empresa; no podía ausentarse eternamente. Y yo quería recuperar mi trabajo. Amaba lo que hacía, y la idea de quedarme en casa esperando a que él volviera me parecía insoportable.

—Podemos ir mañana —dijo Giovane, acercándose por detrás mientras olía mi cuello y subía las manos hasta mis pechos, apretándolos suavemente.

—¡Hey! —Me giré para evitarlo, escapando de sus brazos mientras terminaba de ponerme el labial frente al espejo del baño—. ¿No crees que ya hemos tenido suficiente sexo? —le dije.

—¿Tú crees? —Curvó los labios con picardía—. ¿Por qué no te pones una falda y te lo demuestro? —dijo, agarrándome el culo. El cuerpo se me estremeció por completo. No podía mentir: me llenaba de deseo, pero no podíamos seguir así para siempre.

—Giovane, no podemos tener solo sexo. Hay otras cosas en la vida.

—¿Ah, sí?

—¡Gio!

—Está bien, señora Bellucci —dijo, y yo sentí un nudo raro en el estómago. Aunque ya estábamos casados, era la primera vez que me llamaba así, y se me hizo extraño.

—No dejarás que me llamen así en la empresa, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—No quiero que los empleados piensen que recibo un trato especial.

—Pero sí lo tienes —dijo con naturalidad.

—Giovane...

—Vamos, Gabriela. Eres mi esposa. Si estás volviendo a trabajar es porque quieres, podrías quedarte en casa con una bata

sexy, esperándome.

—¿Es lo único en lo que puedes pensar?

—También pienso en nuestro bebé, pero falta para que lo podamos ver.

—He reservado una ecografía para el viernes.

—¿Este viernes? —Abrió los ojos.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No preguntaste.

—¡Gabriela! —Cerró la cara y me reí—. ¿No quieres que vaya contigo?

—Claro que quiero que vengas, amor —dije, acariciando su rostro mientras nos mirábamos a los ojos.

Solo cuando las palabras salieron de mi boca me di cuenta de lo que significaban. Aún no nos habíamos llamado así y ni siquiera sabía si debíamos hacerlo. Nos habíamos casado por obligación, el sexo era incontrolable y natural, pero nuestros sentimientos eran muy turbulentos.

Me sentí lo suficientemente insegura como para confesar que estaba enamorada y acabar con el corazón roto.

Giovane no dijo nada, se limitó a sonreír y me agarró la cara, atrayéndome hacia él. Nuestros labios se encontraron en un beso que empezó siendo tierno hasta que nuestras lenguas se entrelazaron. Lo siguiente que recuerdo es que me tenía apretada contra el lavabo de mármol y sus manos bajaban hasta mi culo, mientras mi cabeza se movía de un lado a otro, buscando el ajuste perfecto.

Mi marido me apretó las nalgas y yo me froté contra él, pero antes de que las caricias y el delicioso beso se convirtieran en algo más, lo esquivé.

—Tenemos que irnos. —Me alisé el pelo, que ni siquiera sabía que estaba desordenado.

—De acuerdo. —Giovane acabó aceptando—. Sabes que mi despacho está siempre abierto para ti.

—No vamos a tener sexo en la empresa.

—Ya lo hemos hecho varias veces, ¿cuál es el problema ahora?

—Tenemos una cama y nuestro propio departamento.

—Me gusta el ascensor. —Torció los labios.

—¡Giovane! —Lo miré seria—. Ahora que estamos casados, la gente va a estar más pendiente de nosotros, y no quiero que hablen.

—No tienen que comentar nada, es mejor que cada uno se ocupe de su vida.

—Como si fuera tan sencillo.

—Debería serlo.

—¿Vamos o no vamos?

Él asintió con la cabeza e hizo un gesto para que yo fuera delante.

Bajamos hasta la cochera y subimos a su auto deportivo. Era obvio que el coche llamaba la atención por sí solo, pero ahora que me había casado con Giovane, tenía que acostumbrarme a las miradas. Durante el trayecto hacia la empresa, hablamos sobre el bebé, algo que no habíamos hecho hasta ese momento. Me alegró mucho. Incluso sugirió algunos nombres y me preguntó cuándo empezaríamos a decorar el cuarto.

Giovane ya no parecía el mismo hombre que no había creído que el bebé fuera suyo cuando le dije que estaba embarazada.

Al llegar a la empresa, sentí un nudo de nervios en el estómago. Quería volver a mi rutina, pero era poco probable que todo siguiera igual. Pasé de ser la amante del jefe a convertirme en su esposa, y los rumores que antes eran solo murmullos ahora serían imposibles de ocultar.

—Llámame o mándame un mensaje si necesitas algo —dijo en recepción cuando estábamos a punto de despedirnos.

—¿Qué podría necesitar?

—No lo sé.

—Gracias.

—Ven acá… —Intentó rodearme la cintura para besarme, pero me aparté al notar que todos nos miraban.

—Nos están observando.

—¿Y qué?

No pude protestar de nuevo porque él me besó de inmediato, sin importar lo que las recepcionistas o las personas que pasaban por la entrada del edificio pudieran pensar. Giovane era el tipo de hombre que no se preocupaba por la opinión de los demás o que hacía un esfuerzo por parecer así.

—Hasta luego. —Me solté de sus brazos y escapé hacia el elevador, presionando el botón del piso donde solía trabajar.

Respiré hondo y me eché el pelo a un lado mientras me miraba al espejo. El anillo de casada brillaba en mi mano, pero eso no significaba que no siguiera esforzándome por hacer un buen trabajo.

En cuanto se abrieron las puertas que daban a la planta, no hubo ni una sola persona que no se girara en mi dirección. Tengo que confesar que eso me desanimó un poco y estuve a punto de dar media vuelta y alejarme cuando empezaron a murmurar. Sin embargo, no les debía nada y no tenía por qué sentirme intimidada.

Ajusté mi bolso y fui a mi escritorio, como hacía todas las mañanas antes de que mi relación con Giovane se hiciera pública.

—Se casó con él. —Oí susurrar a alguien.

—Parece que el favor sexual que le hizo le sirvió —comentó otro.

Tragué saliva.

Había elegido volver allí y tuve que aguantar los comentarios desagradables.

Saqué mi bolso y me acomodé en mi silla, encendiendo la computadora para ver los asuntos pendientes que podía atender.

Me giré hacia el lado y vi el escritorio de Rosa. Ella había sido una amiga, al menos eso pensaba hasta descubrir que solo había venido a trabajar aquí para espiar a la familia de mi marido.

Imaginaba que después de mi secuestro nunca más volvería a verla, pero me llevé un gran susto cuando la vi aparecer en el pasillo y caminar hacia mí.

—Bienvenida de nuevo. —Me dedicó una sonrisa amistosa mientras se acomodaba en su silla como si nada hubiera pasado.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a trabajar, igual que tú.

—¿Cómo es posible? —Estaba completamente abrumada por una mezcla de shock y sorpresa que me dejaba confusa.

—Pensé que contarías sobre mí, pero cuando llegué aquí al día siguiente y nada sucedió, me di cuenta de que no dijiste nada.

—No quería que te mataran.

—Gracias.

—Pero no deberías volver a aparecer por aquí.

—¿Por qué no? —Ella fingió no entender.

—¿Por qué? Podría haber muerto por tu culpa.

—Pero no moriste.

—Estuve a punto de... —Apreté los dientes, sintiendo un sabor amargo y horrible en la boca.

—Y tampoco lo hiciste.

—Dices eso porque nunca has tenido a un tipo metiendo los dedos en ti sin permiso. —Bufé.

—Solo si es Giovane, ¿verdad? No te importa cuántas personas la familia de él ya ha matado, solo te importa cuánto te hace gozar.

—No sabes de lo que hablas.

—¿Y qué significa ese anillo en tu dedo?

—Nos casamos.

—Con un asesino.

—Hablas como si tu familia no estuviera involucrada en todo esto.

—Realmente no quería que te involucraras en esta historia, Gabriela.

—Eres una "amiga" que contó sobre mi embarazo y causó que me secuestraran. Si realmente hubieras querido hacerme daño, no quiero imaginar lo que podría haber sucedido.

—Tú eres la que se metió en esto.

—No le hice nada a tu familia.

—Pero la de tu marido sí lo hizo y ahora estás tan involucrada en esto como él.

—Lárgate, Rosa.

—¿O qué? ¿Vas a decirles quién soy?

—Ya debería haberlo hecho.

—Te estás volviendo como esos bastardos.

—Lárgate —le advertí una vez más.

Por más que me sintiera horrible por pensar en lo que podría pasarle, recordaba muy bien lo terrible que fue para mí, y en el fondo, Rosa tenía razón: me había casado con Giovane y, aunque no entendiera todo lo que había detrás de los negocios en los que los Bellucci estaban metidos, no quería que mi marido, ni su familia, fueran afectados de ninguna manera.

—No serías capaz.

Saqué mi celular del bolso y llamé a Giovane.

Rosa movió la cabeza negativamente.

—Gaby... —Giovane contestó al otro lado con un tono juguetón—. Sabía que no aguantarías mucho tiempo. Ven a mi oficina.

Mis mejillas se sonrojaron.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué? —Pudo percibir la tensión en mi voz.

—Una de mis compañeras de trabajo le contó a tus enemigos que estaba embarazada y por eso me secuestraron.

—¿Quién? —Su tono se volvió áspero y me imaginé que estaba apretando los dientes.

—Rosa.

—¡Maldita puta de mierda! —Ella gruñó al levantarse, agarrando su bolso y corriendo hacia el elevador lo más rápido que pudo.

—¿Dónde está ahora?

—Huyendo.

La vi entrar en el elevador y desaparecer de vista. Tuve la sensación de que era la última vez que la vería. Me invadió una incomodidad de dolor en la conciencia y arrepentimiento, pero en el fondo sabía que estaba haciendo lo correcto.

Esa bomba podría haber matado a mí, a Giovane y a quién sabe cuántas personas más.



Capítulo cuarenta y siete

Llevaba bastante tiempo tratando de identificar quién era el espía dentro de la empresa. Revisaba las computadoras y rastreaba la actividad en internet de cada empleado, buscando cualquier pista que me revelara algo. Lo que nunca imaginé fue que la responsable había estado justo debajo de mis narices todo ese tiempo.

Aún no entendía cómo Gabriela lo había descubierto, pero eso no era lo más urgente en ese momento.

Accedí desde mi computadora al sistema de los elevadores y noté que uno de ellos estaba bajando hacia planta baja. Le di un comando para que se detuviera, dejándolo estacionado entre el segundo y el primer piso. Fuera quien fuera que estuviera adentro, no llegaría a ningún lado.

Llamé a varios guardias y les pedí que me encontraran en el primer piso. Bajé por otro elevador y liberé el que había bloqueado usando mi celular. Apenas las puertas se abrieron, me encontré con una mujer allí dentro. Tenía el cabello castaño claro y me miró con los dientes apretados, como un animal dispuesto a morder.

—¿Y tú quién eres?

—¿Tu esposa no te contó, imbécil? —espetó con veneno.

—¡Agárrenla! —les ordené a los guardias.

Ellos avanzaron hacia el elevador, la sujetaron de los brazos y la arrastraron afuera.

—¡Suéltenme, malditos inservibles!

—¿Quién es esa mujer? —Ettore vino detrás de mí.

—Nuestra espía —respondí, mirándolo por encima del hombro.

—Parece inofensiva.

—Por eso pasó desapercibida tanto tiempo. —Asentí hacia los hombres que la sujetaban—. Llévensela.

—Se lo haré saber a Dante y Thiago —dijo mi hermano.

—Hazlo.

Cuando la mujer desapareció de nuestra vista, escoltada hacia el lugar donde la interrogaríamos más tarde, aproveché para ir a ver a Gabriela. No esperaba que algo así sucediera justo en nuestro primer día de vuelta al trabajo.

Al llegar a su piso, recorrí el área con la mirada hasta encontrarla. Estaba con la cabeza gacha, perdida en sus pensamientos, pero al verme acercar, se levantó.

—¡Giovane! —Sus brazos me rodearon la cintura en un fuerte abrazo y me sorprendí.

Fue ella quien no quiso que nos acercáramos demasiado delante de los demás, pero esta vez no dudó. Solo la abracé de vuelta y acaricié su cabello.

—No la mates.

—No tienes que preocuparte por eso. —Le besé la parte superior de la cabeza.

—Por favor...

—¿No me dijiste que fue ella quien les dijo a mis enemigos que estabas embarazada?

Con la cabeza aún apoyada en mi pecho, Gabriela asintió.

—Entonces no deberías defenderla. Por poco y no lo cuentas.

—Lo sé, pero...

—Amor. —La levanté por el mentón, haciendo que me mirara, y utilicé esa palabra para tranquilizarla.

—Mmm...

—No te preocupes por nada, lo solucionaré.

—No quiero pensar que...

—Entonces no pienses. —Me incliné y le di un beso rápido.

Yo no podía prometerle nada sobre el destino de esa mujer, sobre todo sabiendo lo que Thiago haría con ella cuando la tuviera en sus manos. Pero eso no era motivo para que Gabriela cargara con la culpa.

—Hiciste lo correcto al decírmelo.

—Eso espero. —Hundió más la cabeza en mi pecho, sollozando.

—¿Quieres volver a casa?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces concéntrate en atender algún llamado y no pienses en nada más.

—¿Seguro?

—Sí, completamente.

Gabriela permaneció un rato más abrazada a mí, hasta que finalmente se apartó. Sabía que no era bueno para ella, ni para el embarazo, seguir dándole vueltas al asunto. Era mejor que enfocara su energía en otra cosa y dejara de atormentarse.



Capítulo cuarenta y ocho

Thiago tomó un balde de agua helada y lo arrojó en el rostro de la mujer atada a una vieja silla de metal en el sótano del edificio. Apenas recibieron la noticia, él, Lorenzo y Dante se presentaron de inmediato.

Llevábamos mucho tiempo esperando atrapar al infiltrado del clan Nuvoletta que podría estar cerca de nosotros, obteniendo información confidencial que ponía en peligro nuestros negocios y nuestras vidas.

—Despierta, bella durmiente —dijo Thiago en tono burlón.

—¡Suéltenme, malditos! —Sacudió el cuerpo sobre la silla, tratando de zafarse de las cuerdas, pero no tenía ni de cerca la fuerza suficiente para lograrlo.

Saber que esa mujer era responsable de lo que Gabriela había pasado me encendía la sangre.

—Quiero el nombre del hijo de puta que se atrevió a tocar a mi esposa. —Me acerqué y le agarré la cara con fuerza, obligándola a mirarme.

—¡Hijo de puta eres tú! —Me escupió en la cara sin el menor rastro de miedo.

—¡Puta de mierda!

—Giovane. —Ettore se acercó a mí y me tocó el hombro, llamando mi atención—. Que se ocupe Thiago.

—¡Ni por casualidad!

—Yo puedo sacarle lo que sea… —Presumió el más salvaje del grupo, con una sonrisa cínica.

—Esto no es una competición. —Nos recordó Lorenzo con sensatez—. Lo único que necesitamos es acabar de una vez por todas con esos cabrones para que dejen de venir a por nosotros.

—Se infiltraron en mi empresa, se atrevieron a tocar a mi chica... —Recordar los hechos solo me enfureció más.

—Casi me dejan en silla de ruedas, ¿te olvidas? —me recordó Lorenzo—. No eres el único que tiene razones para querer exterminar a esa familia.

—Deberían estar todos muertos —provocó la mujer con una sonrisa amarga.

—Cuando termine contigo, vas a desear estarlo. —El tono sombrío de Thiago me hizo sentir un escalofrío en la espalda.

Thiago se acercó más, y sus gritos llenaron el sótano. El ambiente se impregnó de miedo, sangre y terror.

—¿Cuánto tiempo lleva en la empresa? —Dante se acercó a mí, como si lo que ocurría a pocos metros no importara.

—Tendré que comprobarlo, pero creo que bastante.

—¿Qué crees que podría haber conseguido?

—No lo sé, pero espero que no mucho. Su acceso era muy limitado, y cualquier intento de meterse en el sistema habría saltado enseguida.

—¿Seguro? —Seguía desconfiando.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—Espero que no tengamos que preocuparnos por nadie más.

—Voy a revisar cada rincón.

—Es lo mínimo que puedes hacer.

—Sí, Don.

Volví la mirada hacia la mujer. Ahora tenía la cabeza caída hacia adelante, y aunque no había prestado demasiada atención a lo que Thiago le había hecho, noté que un hilo de sangre le bajaba por la sien y otro por la boca.

—La vas a matar, hermano —advirtió Lorenzo.

—Voy despacio —respondió Thiago con calma inquietante—. ¿Dónde están?

—No voy a decir nada... —Escupió sangre en nuestra dirección.

—Entonces tendremos que empezar de nuevo.

—Thiago...

Cuando él se acercó, la mujer se encogió en la silla, rompiéndose en llanto. Por muy valiente que hubiera querido mostrarse, todos sabíamos que Thiago era experto en quebrar voluntades.

—Una dirección...

—La voy a escribir, pero solo si prometen que no me lastimarán más.

—Podemos llegar a un acuerdo. —Lorenzo sacó un pequeño cuaderno de su bolsillo y una pluma—. Te escucho...



Capítulo cuarenta y nueve

No podía trabajar, por mucho que lo intentara, no había nada que me hiciera concentrarme como debía. Ninguna de las llamadas captó mi atención lo suficiente como para mantenerme concentrada durante al menos cinco minutos.

Giovane había desaparecido y una gran parte de mí creía que estaba con Rosa. Ella se lo había buscado, pero yo no podía evitar sentirme culpable.

—Hola. —Oí que alguien me llamaba y levanté la cabeza, sorprendida de ver allí a la hermana de Giovane.

—¿Nina?

Ella asintió y me dedicó una sonrisa.

—Mi hermano me pidió que te llevara a casa.

—¿Él no viene?

—Dijo que tenía que resolver un asunto importante y me pidió que te vigilara y me asegurara de que estuvieras a salvo.

—¿No dijo lo que era?

—Nunca hablan. —Resopló—. Me he acostumbrado a que me dejen de lado. No sé cómo, pero solo Manu parece arreglárselas para formar parte de todo.

—¿Manu? —Alcé una ceja sin comprender.

—Manuela, mi prima, pero no te preocupes, volverán pronto.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No estoy segura, solo lo creo.

Tragué saliva. No era lo que una recién casada quería escuchar.

—No te preocupes, Giovane es el que menos va a las misiones.

—Espero que eso sea algo bueno.

—Claro que lo es. —Me dedicó una sonrisa amable, lo suficientemente cálida para tranquilizarme un poco—. ¿Te gusta la palomita de maíz? —Cambió de tema de repente.

—Me encantan las palomitas.

—Qué bueno. A mí me ayudaron mucho al principio del embarazo, cuando los malestares empezaron.

—Aparte de mis pechos doloridos, estoy bien.

—Espero que sigas así. Yo, para el tercer mes, estaba vomitando hasta lo que no había comido.

Me reí de la cara que puso.

—¿Lista para irnos? Mi marido nos está esperando.

Asentí y recogí mis cosas. En compañía de Nina, su marido y algunos soldados, con los que tendría que irme acostumbrando, nos dirigimos a su casa. Giovane había preferido que no me quedara sola en nuestro apartamento, y el solo hecho de que creyera que eso era lo mejor me tenía nerviosa.

¿Cuándo volvería él a casa?



Giovane

Capítulo cincuenta

—Podría ser una trampa —advertí antes de salir del auto—. Ya lo han hecho antes, así que cuidado con lo que tocan y pisan.

—Creo que es mejor que te quedes en el coche. —Ettore me puso la mano en el pecho e intentó hacerme retroceder.

Dante y Lorenzo habían vuelto a la mansión a esperar noticias y yo había acompañado a mi hermano y a Thiago a la dirección que habíamos recibido de la maldita perra.

—Ya no soy el adolescente al que tienes que proteger. —Aparté la mano de él y comprobé las balas de mi revólver.

—Aun así, no estás acostumbrado a este tipo de misiones.

—Tengo más razones para entrar ahí que tú.

—Somos familia. Tus motivos son mis motivos.

—¿Van a quedarse hablando toda la noche o entramos de una vez? —interrumpió Thiago, cortando la conversación. Me alivió que alguien lo hiciera.

Ajusté el chaleco antibalas, y Ettore encendió mi escudo.

—Ten cuidado.

—No hay problema.

La dirección nos había llevado a un barrio de las afueras de Roma. Estábamos lejos del centro histórico y las casas no parecían nuevas, ni bien decoradas, ni lujosas. Incluso me pregunté si disponían del mínimo saneamiento básico, pero eso era una exageración por mi parte.

La calle era estrecha, cubierta de piedras sueltas, y subía hasta un pequeño cerro.

—No entremos de frente —advirtió mi hermano—. Esto huele a emboscada.

Tenía razón. La visibilidad era una mierda y el ángulo para disparar aún peor. Pero ni loco iba a darme la vuelta e irme.

Ettore hizo una señal a nuestros hombres, que irrumpieron por una puerta lateral, metiéndose en una de las casas. Una mujer que estaba en el sofá viendo la televisión empezó a gritar. Los hombres que jugaban cartas dejaron las barajas y se pusieron de pie, levantando las manos cuando les apuntaron con las armas.

—¡Silencio! —gritó Thiago a la mujer.

Ella cerró la boca de inmediato.

Seguimos avanzando por la casa y, poco a poco, fuimos tomando control de las demás hasta acercarnos al lugar que buscábamos.

Desde lo que le pasó a Lorenzo el año pasado, habíamos ido con todo contra los Nuvoletta. Estaban debilitados, pero todavía no los habíamos terminado, y seguían dándonos dolores de cabeza.

En una de las casas, apenas cruzamos la puerta, un hombre sacó un arma y nos apuntó. Antes de que disparara, Thiago le voló los sesos con una bala en la frente. El tipo cayó sin saber ni qué lo había golpeado.

Mi hermano y mi primo parecían moverse con confianza en este tipo de operaciones, pero Ettore tenía razón sobre mí: no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Sin embargo, eso no significaba que no fuera capaz. Estaba ansioso por ponerle las manos encima a esos bastardos y acabar con todo de una vez.

Nos posicionamos en la casa más cercana, y Thiago se acercó a la ventana para intentar ver qué pasaba del otro lado. Estábamos completamente a ciegas, y aún no sabíamos cuántos nos esperaban.

Me quité la mochila que llevaba y tomé un pequeño dron de su interior. La visión infrarroja podría ayudarnos a identificar lo que nos esperaba allí.

Saqué el móvil para analizar las imágenes mientras lo ponía en vuelo.

—¿Cuántos hay? —preguntó Ettore.

—Dame un segundo —levanté la mano para que se calmara.

El dron rodeó la casa, identificando a las personas que había dentro por el calor que desprendían.

—Doce.

—¿Nada más?

—No parece que haya más.

—Ya los jodimos una vez —dijo Thiago—. Es hora de terminar el trabajo.

—Espera —lo detuvo Ettore.

—Yo puedo encargarme de los doce solo.

—Podrían estar esperándonos.

—O no... —Se encogió de hombros.

—Voy a distraerlos por una de las ventanas. Entramos por la puerta —les informé, configurando el dron para que se moviera de forma automática.

—De acuerdo —Ettore asintió.

Parecía un buen plan.

El dron atravesó la ventana, rompiéndola y desviando la atención de los hombres dentro del edificio. Se concentraron en intentar derribarlo, lo que nos dio la oportunidad de salir de la otra casa y hacer una señal a los soldados para que nos siguieran.

Mi hermano lanzó una granada hacia la puerta, volándola en pedazos para que pudiéramos entrar. Dentro, ya reinaba el caos por la distracción que había provocado el dron, aunque no tardaron en destruirlo.

Oí disparos y me escondí detrás de uno de los muebles.

—Malditos Bellucci —gritó alguien y yo estaba seguro de que estábamos en el lugar correcto.

Thiago devolvía los disparos mientras rodaba por el suelo, ganando terreno.

En ese momento, solo había una cosa en mi cabeza: encontrar al hijo de puta que había puesto las manos sobre Gabriela.



Gabriela

Capítulo cincuenta y uno

Sentía un malestar en el pecho, una sensación de angustia y agonía que no disminuía con el paso del tiempo.

Me había instalado en el salón de Nina y observaba cómo su hija jugaba con bloques de construcción sobre la alfombra, apilándolos en la mesita.

La hermana de Giovane se me acercó con un enorme plato de palomitas de maíz y se sentó a mi lado, dedicándome una amable sonrisa.

—Vicenzo está trayendo el jugo.

—Gracias.

—Podemos ver una película, ¿de qué tipo te gusta? Comedia romántica, acción, thriller...

—Hay una nueva de terror... —intervino su esposo, acercándose y colocando una jarra de limonada con rodajas de limón y hielo sobre un pequeño taburete redondo, junto con vasos de vidrio.

—Amor, eres el único al que le gustan las películas de terror.

—Y a Thiago...

—Para ese loco, cuanta más sangre, mejor.

Tragué saliva y me sentí aún más horrorizada cuando imágenes de asesinatos comenzaron a inundar mi mente.

—Creo que mejor vemos una comedia romántica.

Creo que ver más sangre me preocuparía aún más.

Pasé una mano por mi vientre. Aún no podía sentir nada, pero era inevitable pensar en mi bebé y en cuánto necesitaba que su padre regresara sano y salvo a casa.

De alguna manera, me sentía responsable de que él no estuviera aquí, y si algo le pasaba, la culpa sería toda mía.

—¿Palomitas? —Nina me ofreció el cubo.

—Gracias.

—¿Ya has sentido algo? —preguntó curiosa.

Angustia. Y más angustia...

Me limité a negar con la cabeza.

—Mi hermano debería regresar pronto —dijo, notando la verdadera razón detrás de mi expresión.

—Espero que sí —respondí con un suspiro profundo—. ¿Siempre es así?

—No, cuando se trata de Giovane no —me tranquilizó, dejando a un lado el balde de palomitas y acariciando mis hombros con suavidad—. Todo estará bien.

Esbocé una sonrisa forzada y me serví un vaso de limonada. El sabor del líquido solo reforzó la amargura de mi boca.



Capítulo cincuenta y dos

Me oculté detrás de una pared, necesitando un momento para recargar el revólver. Siempre entrenaba junto a mis hermanos, pero generalmente preferían dejarme fuera de la acción. Sin embargo, esta vez el asunto se había vuelto demasiado personal para mí, y no iba a quedarme tranquilo si no lo resolvía con mis propias manos.

Desbloqueé la pistola y salí con ella lista para disparar. El suelo estaba cubierto de cuerpos; a simple vista conté cinco, pero ninguno era de los nuestros. Los napolitanos habían cometido el peor error al creer que podían quitarnos el trono, y pagarían ese error con sus vidas.

Me di la vuelta cuando vi a alguien moviéndose en uno de los pasillos. Fuera quien fuese, intentaba esconderse. Mantuve mi arma en la mano y me dirigí en su dirección.

De repente, un disparo vino hacia mí, pero la bala rebotó en mi chaleco antibalas, cayendo al suelo sin causarme daño, solo empujándome un paso hacia atrás por el impacto.

Disparé sin intención de matar. Apreté el gatillo y el tiro acertó en el hombro del hombre, obligándolo a soltar su arma. Me lancé sobre él y lo pateé, empujándolo contra el suelo.

—¡Maldito Bellucci!

—Ustedes mismos cavaron su tumba —le respondí, pateando su arma lejos de su alcance y aplastando con fuerza su hombro herido. El tipo lanzó un alarido de dolor.

—¡Bastardo!

—Puedo hacerte sufrir aún más.

Él no tenía ni idea de lo dispuesto que estaba a cumplir esa promesa.

Intentó escupirme, pero con mi bota apretándole el hombro, apenas lograba moverse.

—¿Dónde está el bastardo que tocó a mi chica?

—¿Esa perra? —Su sonrisa cínica hizo que la sangre me hirviera.

Podía hacer lo que quisiera con Gabriela en la cama, pero mis celos eran demasiado grandes como para tolerar que otro la tocara, menos un infeliz que solo quería humillarla.

Presioné con más fuerza el pie sobre su herida, haciéndolo gritar aún más fuerte, pero no parecía dispuesto a dármela fácil.

—Gemía tanto... —Estaba provocándome, y me resultaba imposible mantener la calma cuando se trataba de mi esposa.

—¿Fuiste tú?

—Esa vagina mojadita...

Le di una patada en la cara para que dejara de hablar. En mi mente se estaban formando las escenas más repugnantes y eso no era bueno para él. Thiago solía ser el más sanguinario, pero cada uno de nosotros podía convertirse en un monstruo sediento de sangre con los estímulos adecuados.

Solo quería que el desgraciado que tenía a mis pies sufriera mucho.

—Dispárale de inmediato. —Oí a mi hermano o a uno de los soldados detrás de mí.

—No... todavía no.

—Además de cobarde, ¿eres maricón? —No estaba en posición de provocarme, pero seguía haciéndolo de todos modos.

Me arrodillé junto a él, lo agarré de la camisa y le di un puñetazo en la cara. El primer golpe fue duro, y el siguiente más fuerte aún. Solté su cabeza, que rebotaba en el suelo mientras continuaba golpeándolo una y otra vez.

Me dolían las falanges de la fuerza que estaba aplicando, pero no me detuve hasta que sentí una mano en el hombro que me tiraba hacia atrás.

—¡Giovane! —Era Ettore y su expresión era de sorpresa y conmoción—. ¡Alto! El tipo ya está muerto.

Me levanté resoplando como un toro rabioso.

—¿Has perdido el control? —Mi hermano parecía sorprendido.

—Estoy bien —dije, dándole una última patada al cadáver.

—¿Alguna otra pista sobre ellos? —Thiago se acercó, deteniéndose junto a Ettore. Llevaba su arma en mano y ni una gota de sudor en la frente.

—Estos fueron los últimos.

—¿Hemos acabado por fin con estos bastardos?

—Creo que sí.

Se miraron un momento antes de que Ettore me tomara del hombro para que lo siguiera afuera.

—Parecías muy enfadado. —Thiago se fijó en mí y en todas las gotas de sangre que habían salpicado mi ropa.

—No tienes ni idea de cuánto.

Salimos del lugar, y pasé por mi apartamento antes de ir por Gabriela. Necesitaba una ducha y cambiarme la ropa ensangrentada. Ella estaba embarazada, y no quería darle motivos para preocuparse.

Llamé al timbre del departamento de Nina y su marido tardó unos instantes en venir a abrirme.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó con curiosidad.

—¿Lo dudabas?

Vicenzo sonrió y abrió la puerta por completo para dejarme pasar.

—¡Giovane! —Gabriela se levantó del sofá y vino corriendo hacia mí en cuanto me vio.

Tomé su cara entre mis manos y la acerqué. Ella rompió la corta distancia y me besó. No me importó que mi hermana y mi cuñado estuvieran mirando mientras entrelazaba mi lengua con la suya.

—Estaba tan preocupada por ti. —Se apartó, buscándome con la mirada. Mi pelo estaba mojado por la ducha y mi piel estaba limpia, al igual que mi ropa, pero los ojos de Gabriela acabaron en mis manos—. ¿Qué te ha pasado?

Mis falanges estaban rojas y cortadas en algunas partes, pero la adrenalina seguía tan alta que no sentía nada.

—Le di una paliza a un idiota.

—¿Por qué?

—No te preocupes. —Levanté una de mis manos y le acaricié la mejilla mientras le guiñaba un ojo disimuladamente.

—¿Pero estás bien? ¿Te han disparado o herido?

—Estoy bien, Gabriela. No te preocupes.

—¿Estás seguro? —Seguía con los ojos muy abiertos y no podía ocultar su tensión.

Asentí con la cabeza.

—Vamos a casa. Te quiero en nuestra cama.

—¡Giovane! —Sus mejillas se sonrojaron.

Gabriela se despidió de mi hermana y de Vicenzo, agradeciéndoles la hospitalidad, y vino conmigo hasta el auto. Apenas llegamos a la cochera, la lancé en el asiento trasero sin esperar a llegar a casa.



Capítulo cincuenta y tres

—¿No te molesta? —me preguntó Giovane cuando la doctora introdujo el ecógrafo.

—Un poco. —Le sonreí, buscando sus ojos mientras mi marido tomaba mis manos entre las suyas—. Pero no pasa nada.

Me besó el dorso de los dedos y me sonrió.

Cuando la doctora llamó nuestra atención, nos giramos hacia la pantalla del ecógrafo. En ella apareció una manchita gris, tan pequeña, pero distinguí lo que parecían ser brazos y piernas. Tenía alrededor de once semanas de embarazo, pero ese momento no podía hacerme más feliz.

Volví a encontrarme con los ojos de Giovane, que sonreía emocionado. Pude ver el mismo sentimiento en sus ojos antes de que se inclinara para besarme en la frente.

—Nuestro bebé —me murmuró.

—Sí, nuestro.

Casi se me salen las lágrimas cuando la doctora nos hizo escuchar un sonido que recordaba al galope de caballos.

—Es el corazón de su bebé.

—Tan rápido. ¿Está todo bien con él?

—Sí, es la frecuencia cardíaca esperada para un feto de esa edad. Por lo que puedo ver aquí, todo está bien.

—Qué alivio. —Solté un suspiro cargado de emoción.

—¿Ya puede decirnos si es niño o niña? —Giovane estaba ansioso.

—Todavía es demasiado pronto para confirmarlo con una ecografía, pero si tienes prisa hay un análisis de sangre que puede identificarlo.

—¿Es seguro? —Su preocupación me sorprendió.

—Sí, es bastante sencillo. Solo se necesita una muestra de la sangre de la madre, que se puede tomar junto con los análisis de rutina.

—Lo haremos más adelante —le dije, acariciándole la mano.

Giovane asintió con la cabeza.

—Igual, no importa si es niño o niña, estoy feliz de cualquier forma.

—Yo también. —Suspiré y me incliné sobre la camilla para darle un beso corto en los labios.



Epílogo

Un año después...

—¿Solo duerme, tío? —preguntó Valentina, la hija de Nina, inclinándose sobre el cochecito donde descansaba mi bebé.

—Marcela todavía es muy pequeñita —respondió Gabriela, sentada a mi lado.

Valentina miró de un lado a otro, como esperando alguna reacción de su prima, pero al final se aburrió y salió corriendo hacia donde estaban los otros niños en la casa de mi abuela.

Como era tradición los domingos, estábamos reunidos para comer con la matriarca de la familia y la casa estaba muy llena. A excepción de Dante, cuya prometida era aún una adolescente, todos los demás nietos estaban casados y tenían hijos.

Puede que el tío Marco no estuviera muy contento con las decisiones que habíamos tomado algunos de nosotros, sobre todo mis hermanos y yo, pero lo más importante era que fuéramos felices.

Hace poco más de un año, no habría imaginado estar sentado en el patio, mirando el cielo azul y meciendo un cochecito con mi hija de apenas unos meses.

Gabriela había llegado a mi vida y, en un principio, mi única intención era divertirme con ella, disfrutar de una mujer sin ninguna obligación. Pero con nosotros nunca era tan simple: siempre terminábamos atrapados en nuestra propia ambición.

O quizás... enredados por el amor.

—Ven aquí. —Rodeé los hombros de Gabriela con mis brazos y tiré de ella para acercarla.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño y se giró hacia mí.

—Nada, solo quiero mirarte.

—Está bien. —Soltó una risita.

—Sabes que te amo, ¿verdad, preciosa?

—¡Giovane! —Me empujó el pecho, nerviosa.

—¿Qué? —Me encogí de hombros, divertido.

—Yo también te amo —respondió, riendo al final.

—¡Vengan a almorzar! —llamó mi abuela, atrayendo a todos hacia la mesa.

Al final, por más que intentáramos lo contrario, siendo un Bellucci siempre acababas rodeado de familia.

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

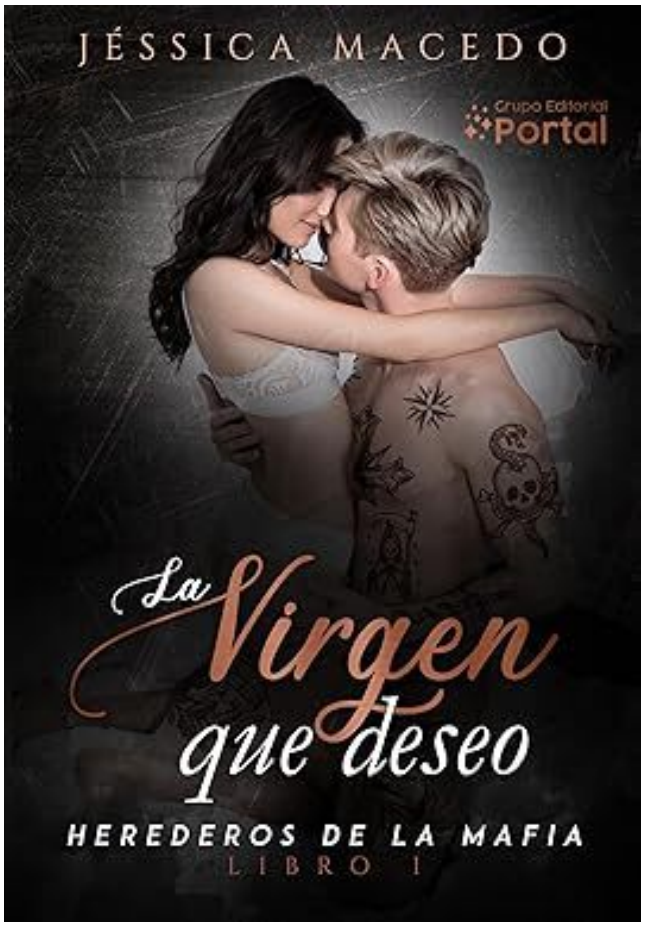
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/dfEtEl4

Sinopsis:

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia.

Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.



Link: https://amzn.eu/d/djoagu8

Sinopsis:

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.



Link: https://amzn.eu/d/9lyMHMn

Sinopsis:

Gutemberg Toledo, más conocido como Guto, siempre se destacó por su talento con los números. Convirtió un pequeño mercado familiar en una cadena de supermercados con presencia en todo el país. Astuto, determinado y un empresario excepcional, consiguió todo lo que se propuso, excepto lo que más anhelaba: una familia. Tras su divorcio, ese sueño parecía más lejano que nunca.

Sin vínculos familiares fuertes, lo más valioso que tiene es la amistad de décadas con su socio. Lo que nunca imaginó fue que la hija de su mejor amigo, dieciocho años menor, sintiera algo por él, un amor prohibido.

Guto hará todo lo posible por resistirse a la tentación. Entre todas las mujeres del mundo, Rosi debería ser intocable; estaba prohibida para él. Sin embargo, a veces es difícil escapar de las trampas del deseo.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br